CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID
JULIO 1962

151

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

LA REVISTA

que integra

al MUNDO

HISPANICO

en la

cultura de

NUESTRO

TIEMPO

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M. 3.875-1958

151

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 244 0600
MADRID

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro*, Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia). — Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Santo Domingo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Boyacá y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras). — PP. Paulinos. Casa Cural. Apartado número 2. *San Pedro de Sula* (Honduras).—Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México*, D. F. (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua).—Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú).—Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico). — Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gercontrasse, 25 - 29. *Koln* 1, Postfach (Alemania). — Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat, 15 rue Vital Charles. *Burdeos* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal). — Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (S T H.) *Dublín* (Irlanda)

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

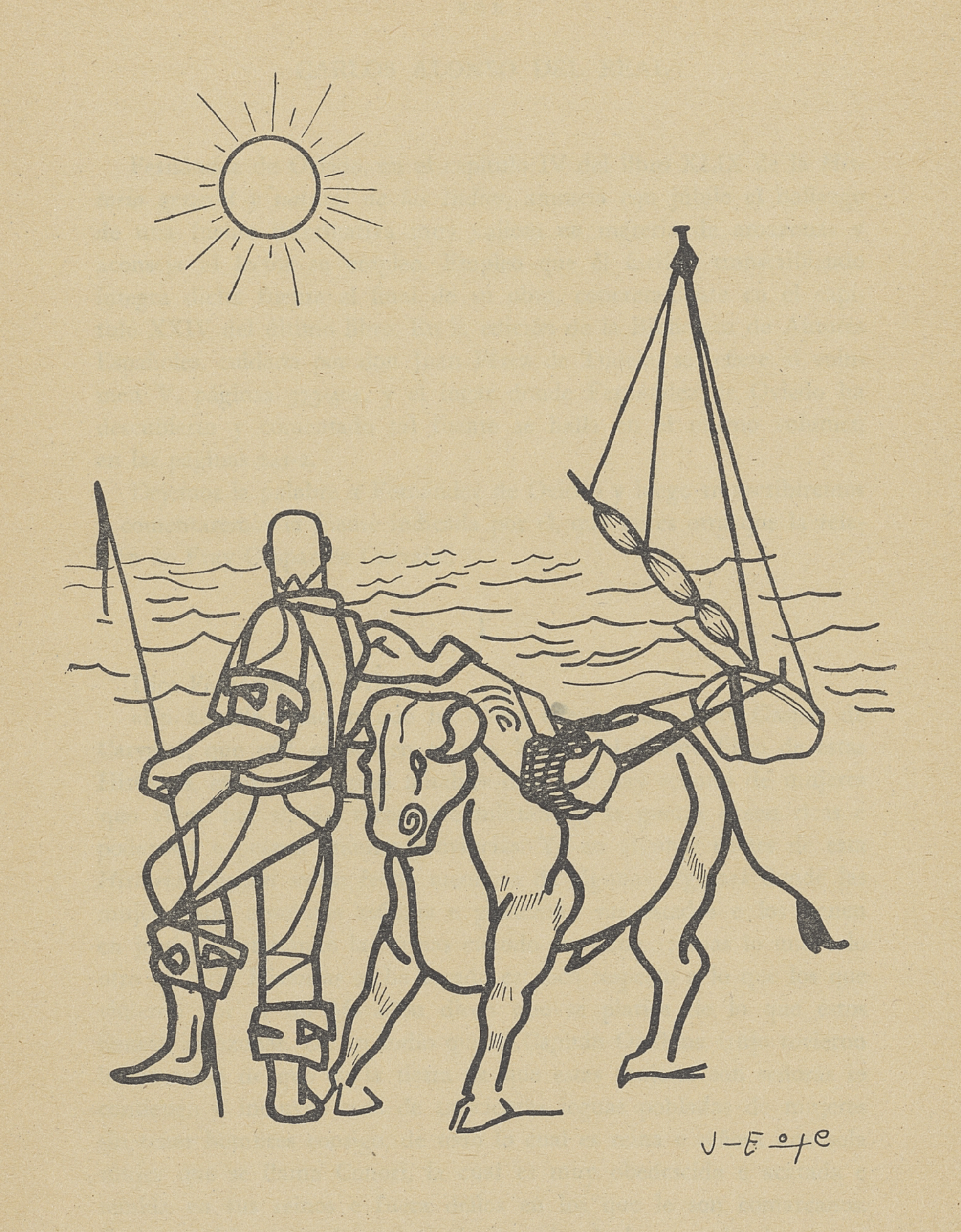
Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 244 0600

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas
Suscripción anual... ... ... 190 pesetas

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO. TRAFALGAR, 29. MADRID-10



ARTE Y PENSAMIENTO

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español Romea.

FRAY GASPAR DE CARVAJAL Y LAS AMAZONAS *

POR

CARLOS ALONSO DEL REAL

Fernández de Oviedo, en el capítulo IV del libro XLIX de la *Historia general y natural de las Indias,* anuncia con júbilo el hallazgo de una fuente informativa muy valiosa en materia de amazonas y aconseja al lector su empleo. Empleo que él facilita transcribiendo íntegra dicha fuente al final de su obra, concretamente en el capítulo XXIV del último libro. En la edición de la Biblioteca de Autores Españoles, cuidada por don Juan Pérez de Tudela, se refiere al volumen V, páginas 373-404, y el lugar donde Fernández de Oviedo ha descubierto y comentado tal fuente se halla en el mismo volumen en las páginas 241-2.

Dejemos la palabra a Fernández de Oviedo y luego transcribiremos y comentaremos la fuente indicada por él, que no es otra que la relación de Fray Gaspar de Carvajal.

I

Dice Fernández de Oviedo:

«En aquella relación que he dicho que escribió Fray Gaspar de Carvajal, que está puesta en el cap. XXIV del último libro de estas Historias, entre otras cosas notables dice que hay señorío de mujeres que viven por sí, sin varones, e militan en la guerra e son ricas e poderosas e poseen grandes provincias. Ya en algunas partes de esta *Historia General* se ha fecho memoria de algunas regiones donde las mujeres son absolutas señoras e gobiernan sus estados e los tienen en justicia ejercitando las armas cuando conviene...; mas lo uno e lo otro en estas Historias se ha tocado es poco respecto a lo que los que vinieron por el río Marañón dicen que se platica de lo que éstos llaman amazonas. De un indio que el Capitán Orellana trujo tovieron información de que en la tierra de que estas mujeres son señoras se contienen e incluyen más de trescientas leguas pobladas de mujeres sin tener hombres consigo, de todo lo cual es reina e señora una sola mujer que se llama Conori, la cual es muy obedescida e acatada e temida en sus reinos e fuera dellos en los que le son comarcanos. E tiene subjetas muchas provincias que la obedescen e la tienen por

* Este trabajo forma parte de un libro en preparación. CUADERNOS HISPANOAMERICANOS publicó otro capítulo del mismo en su número 142.

señora e la sirven como sus vasallos e tributarios; los cuales están poblados, así como aquella región, que señorea un grand señor llamado Rapio; e otra que tiene otro príncipe que se dice Toronoy; e otra provincia que tiene otro señor que se llama Yaguarayo; e otra que tiene otro que se dice Topayo; e otra que señorea otro varón, Cuenyenco; e otra provincia que ella o el señor cuya es se llama Chipayo; e otra provincia que tiene otro señor que se dice Yaguayo.»

«Todos estos señores o príncipes son grandes e señorean mucha tierra e son subjetos a las amazonas (si amazonas se deben decir) e la sirven e a su reina Conori. Este estado destas mujeres está en la Tierra Firme, entre el río Marañón y el río de La Plata, cuyo nombre es Paranaguazú» (lib. XLIX, cap. IV, vol. V, págs. 241-2).

Ahora, siguiendo el consejo del propio madrileño, pasemos al capítulo XXIV del último libro.

II

El título completo de este capítulo, que ocupa en esta edición y en el mismo tomo, como ya se ha dicho, las páginas 373-404, es nada menos que el siguiente:

«Cap. XXIV. El cual es más que naufragio, porque tracta de un maravilloso acaescimiento, en que se da particular relación del famosísimo e muy poderoso río llamado Marañón, que el Capitán Francisco de Orellano e otros hidalgos navegaron, por el cual río andovieron ocho meses hasta llegar a tierra de cristianos, más de dos mill leguas, e vinieron a la Isla de las Perlas (alias Cunagua), que está en esa región océana, e desde allí el dicho Capitán vino a esta cibdad de Santo Domingo, en la Isla Española, con algunos mílites de su compañía, participantes de sus trabajos e testigos de todo lo que aquí será contenido, segund la escribió un devoto e reverendo padre de la Orden de Predicadores, llamado Fray Gaspar de Carvajal, e a todo se halló presente en su persona, del cual dice la presente lección o breve historia de aquesta manera.»

El título, naturalmente, puesto por Oviedo, tiene una longitud directamente proporcional a las millas navegadas y a los trabajos pasados. Pero lo hemos transcrito entero, porque de su redacción se desprende que Fernández de Oviedo lo consideraba documento serio y de confianza. Esta confianza la reitera aún más al añadir al fin del mismo capítulo una coletilla en la que dice:

«He deseado ver a aquel religioso..., y estos hidalgos me dijeron que se había quedado a descansar en la Isla de Margarita. E digo que holgara de verle e de conoscerle mucho. Porque me parece que

este tal es digno de escribir de cosas de Indias e que debe ser creído más que aquellos que sin entender qué cosas son Indias ni haber venido a ellas, desde Europa hablan o han escripto muchas novelas.»

Tenemos, pues, que Oviedo, que en general es muy gruñón y desconfiado, considera que nos hallamos ante un trabajo de fiar.

Transcribiremos aquí sólo lo referente a las amazonas y por el mismo orden que va en el texto. Al final de cada párrafo indicaremos sólo la página, ya que no es necesario repetir los números del libro, capítulo y volumen:

a) «Las mujeres de estos machiparos echaban tierra e polvo en el aire, de manera que lo juzgábamos por especie de hechicería» (pág. 385).

b) «Aquí se vieron indias con arcos e flechas que hacían tanta guerra como los indios o más, e acaudillaban e animaban a los indios para que peleasen; e aún cuando ellas querían daban palos con los arcos e flechas a los que huían, e hacían oficios de Capitanes, mandando aquella gente para que pelease, e poníanse delante e detenían a otros para que estuviesen firmes en la batalla, la cual se trabó muy resciamente. E porque este exercicio es tan apartado de las mujeres como el sexo femenil requiere, e podrá parescer gran novedad al lector que viere esta mi relación, digo para descargo de mi conciencia que yo hablo de lo que vi. De lo que pudimos entender e se tuvo por cierto es que aquestas mujeres que allí pelearon como amazonas son aquellas de quien por muchos y diversos relatos mucho tiempo ha que anda una fama extendida por estas Indias o partes, de muchas formas discantada, del hecho destas belicosas mujeres. Las cuales, en esta provincia o no lejos de allí, tienen su señorío e mero e misto imperio, e absoluto señorío, distante e apartado e sin conversación de varones, e aquestas que vimos eran algunas administradoras o visitadoras de su estado, que habían venido allí a guardar la costa. Son altas e de grand estatura, desnudas, con una pequeña braga que solamente traían delante de sus más vergonzosas partes; pero en paz andan vestidas de mantas e telas de algodón, delgadas e muy gentiles» (pág. 392).

c) «Allí se tomó un indio que decía muchas cosas e particularidades de lo de la tierra adentro, como se dirá en su tiempo, al cual indio el Capitán recogió en su bergantín porque era de buen sentido e cada día decía cosas maravillosas» (pág. 392).

d) «Preguntó el capitán al indio qué es dicho de la calidad e dispusición de la tierra, e dijo que dentro de allá hay muchas poblaciones e grandes señores e provincias, entre las cuales dijo que hay una provincia muy grande de mujeres; que entre ellas no hay varones

e que todas aquellas tierras las sirven e son tributarias; e que él había ido allá muchas veces a servir, e que tienen las casas de piedra e que por dentro de las casas, hasta medio estado de altura, tienen alrededor de todas las paredes planchas de plata, e los caminos de una banda a otra, murados de paredes bien altas, e unos trechos arcos por donde entran los que allí contractan, e pagan sus derechos a las guardas que para ello están deputadas. E decía este indio que hay mucha cantidad de ovejas de las grandes del Perú e muy grand riqueza de oro; porque todas las que son señoras se sirven con ello e las otras mujeres plebeas e de más baja condición se sirven con vasijas de palo, e andan todas vestidas de ropa de lana muy fina.»

«Mas decía este indio, que de lejos tierra, de provincias donde estas mujeres guerrean traen por fuerza a los indios a su tierra dellas, en especial los de un gran señor que se llama el rey blanco, para gozar con ellos de sus carnalidades e para su multiplicación; e los tienen con ellas algún tiempo hasta que se empreñan, e después que sienten han concebido envíanlos a su tierra; e si después paren ellas hijos varones o los matan o los envían a sus padres; e si es hija la que paren, críanla a sus pechos e enséñanla las cosas de la guerra.»

«Destas mujeres siempre trujimos muy gran noticia en todo este viaje, e antes de que saliésemos del real de Gonzalo Pizarro se tenía por cierto que había este señorío destas mujeres. Entre nosotros las llamamos amazonas impropiamente, porque amazona quiere decir en lengua griega «sin teta», e las que propriamente llamaron amazonas quemábanles la teta derecha, porque no tuviesen impedimento para tirar con el arco, como más largo lo escribe Justino. Mas aquestas de que aquí tractamos, aunque usan el arco, no se cortan la teta ni se la queman, e por tanto no pueden ser llamadas amazonas, puesto que en otras cosas, así como hayuntarse a los hombres cierto tiempo para su aumentación y en otras cosas, parescen imitar a aquellas que los antiguos llamaban amazonas.»

«Este indio, en la relación que dió destas mujeres, no discrepaba de lo que antes en el real de Gonzalo Pizarro e antes en Quito o en el Perú decían otros indios; antes acullá decían mucho más, porque desde el cacique de Coca, que está cincuenta leguas de Quito, que es el nascimiento del río, mill quinientas leguas, poco más o menos destotros pueblos que el indio decía, traemos esta noticia por muy cierta y muy averiguada, porque todos los más indios que se han tomado lo han dicho, algunos sin ser preguntados. Este indio decía que dejamos aquestas mujeres en un río muy poblado que entra en este que navegábamos, a la mano diestra de como debíamos» (pág. 394).

e) «E los indios daban grita e las mujeres e los niños herían el viento con unos ventalles a manera de moscadores e saltaban e bailaban, haciendo muchos ademanes e meneos con los cuerpos, mostrando mucha alegría e regocijo como gente que quedaban victoriosos de nos echar de su tierra» (pág. 396).

Hasta aquí Gaspar de Carvajal.

III

Como claramente se ve, Fernández de Oviedo depende en líneas generales de Carvajal y, probablemente en algunos detalles, de los anónimos hidalgos.

Tratemos, pues, de entender al buen capellán de Orellano y recordemos las muchas garantías sobre su autoridad moral que nos da Oviedo cuando le llama muy devoto y reverendo Padre, que a todo se halló presente en persona, digno de escribir de cosas de Indias y tan distinto de los que desde Europa escriben novelas.

Es claro y evidente que en el interior de la prosa carvajalesca, tan garbosa en medio de su machaconería algo infantil, hay que distinguir tres cosas: lo que el indio contó, lo que Carvajal vió y las reflexiones de éste. Empezaremos por lo que él vió.

Lo que vió es muy poco. Hay dos sucesos que tienen acaso alguna relación con el asunto, una participación más bien mágica de las mujeres en la lucha, en el caso de los machiparos, cuando echaban polvo al aire, y otro de intervención femenina en lo que hoy llamaríamos una manifestación popular de júbilo por una victoria. Todo esto se puede dar en sociedades muy distintas, ginecrocáticas, matriarcales o simplemente de derechos iguales, y tenemos referencias de cosas así en lugares muy distantes, por ejemplo entre los bereberes. Dado todo lo que sabemos de las sociedades indígenas de la América tropical, excepto las altas culturas, resulta extremadamente probable que nos hallemos ante sociedades de este tipo. Por lo demás, incluso en sociedades muy patriarcales o andriarcales, muy masculinas, la presencia de la mujer o del niño puede excitar el valor guerrero de los hombres. Piénsese en el papel de Helena o de Andrómaca en la guerra de Troya, o en la bellísima escena del poema del Cid cuando éste se encuentra con su mujer y sus hijas.

Lo verdaderamente importante es el relato del combate. Ante todo, porque Carvajal cuenta lo que vió y no hay motivo de ponerlo en duda, y luego, porque se parece tanto a testimonios antiguos nada

sospechosos de fantasía —por ejemplo, las campañas de Décimo Junio Bruto entre los bracarenses— y está tan de acuerdo con lo que etnográficamente podemos suponer, que si no fuese ya bastante a convencernos de su verdad la ética del buen fraile, nos convencería su verosimilitud histórica y etnográfica. Por otra parte, es tan modesto comparado con las fantasías del indio, que esa misma sobriedad nos lo hace más creíble. Estamos, pues, en que es un relato veraz; pero aún aquí se necesita aclarar algo.

Dentro del texto *b)* hay un párrafo que termina con la expresión «hablo de lo que vi», que es sobrio y totalmente verdadero. Pero a continuación vienen ya las hipótesis del propio Carvajal, sus interpretaciones o suposiciones. Así lo de cómo visten cuando no van a la guerra. Mi conocimiento de la sintaxis castellana de la época me deja en un cierto equívoco, lo de «delgadas e muy gentiles», ¿se refiere a las indias o a las telas que vestían? En todo caso, ahí, delgadas supongo que quiere decir delicadas, finas, no flacas. Y siempre da una sensación de elegancia, ya sea lo elegante el cuerpo o la ropa. Y lo que dice luego de la estatura, nos las presenta con una cierta belleza olímpica de mujeres guerreras, que nos recuerda, por ejemplo, a las heroínas de la poesía épica irlandesa. Después de todo, puede ser que fuesen guapas, uno no es racista y reconoce que puede haber indias guapas y hasta ha conocido alguna. Puede ser pura fantasía del cronista, y esto a su vez por dos razones: o reflejo de la tradición clásica o simplemente el gusto del cronista y del conquistador por embellecer lo que cuenta. Y si no se tratase de un fraile tan respetable, aun añadiríamos una cuarta explicación, lo que Enrique Larreta, en un caso parecido, llamaba «hambre».

Hay un hecho que no podemos dudar: el día de San Juan de 1542, en un lugar que con cierta aproximación podemos situar en la confluencia entre el Marañón y el Tapajoz (sigo la minuciosa reconstrucción de don Ladislao Gil Munilla).

Los españoles de la expedición de Orellana encontraron mujeres guerreras.

Vamos a ver ahora lo que contó el indio. Sin duda, a través de esto y de otras alusiones, recogemos un folklore muy extendido y muy conocido por los conquistadores. Recordemos las alusiones que Carvajal y Fernández de Oviedo hacen a que de estas mujeres tenían noticia por muchos y diversos relatos, a que este indio no discrepaba de lo que contaban los demás, etc.

Aquí Oviedo añade algunas cosas que no cuenta Carvajal y sobre las que volveremos luego. Nombres de regiones y provincias, nombres de jefes, tanto femeninos como masculinos; la descripción de una

especie de feudalismo, etc. Supongo que esto se lo contarían los anónimos hidalgos, quienes a su vez lo habrían recogido del mismo indio, añadiéndole bastante fantasía por su parte y sobre todo interpretándolo desde sus propias categorías políticas y sociológicas.

A nosotros, el indio no nos parece tener tan buen sentido, sino que hay en su relato mucho cuento, en incluso para decirlo con prosa de un gran historiador español de aquel mismo siglo, mucha «trufa o mentira paladina», o para decirlo en el más familiar lenguaje de los conquistadores, mucha «bernardina». Hoy diríamos mucho camelo.

En este relato del indio hay también que distinguir varias cosas y ciertamente muy interesantes todas: en primer lugar una refracción del Incario. Todo el esplendor del Incario está visible ahí, las murallas, la organización aduanera, los caminos, la abundancia de plata y oro, la gran extensión territorial y la mucha gente. También viene de ahí la lana y sus tejidos (opuestos a los más verosímiles de algodón de que habla Carvajal) y las ovejas del Perú. Cierto es que esto no viene directamente y que llega a los conquistadores bastante exagerado. Pero para nadie es difícil de entender de lo que se trata, es la refracción en la mente de un «primitivo» de una periferia remota y bárbara, que no entiende demasiado bien las noticias que le llegan de una civilización superior. Cada vez vemos más claro que toda la zona de selvas tropicales de América del Sur refractaba, de manera más o menos tosca, la civilización de los incas. Baste pensar en las cerámicas o en la domesticación de aves. Con razón se ha dicho que el papel del Perú, en relación con esta zona de selvas, fué muy parecido al de Egipto, en relación con el Africa Negra.

Hay en segundo lugar la exageración inevitable. Aquí juegan mecanismos psíquicos muy diversos, los mismos que hemos señalado al hablar de los informantes indios de Fernández de Oviedo. El deseo de deslumbrar la defensa del indio por el procedimiento del dedo o simplemente la combinación de datos diversos, quizá verdaderos en el fondo, pero que al combinarse dan resultados muy curiosos. Por ejemplo, la institución del matrimonio de visita e incluso la de la crianza por separado de hijas e hijos, y, por otra parte, la belicosidad de las mujeres, son en sí y por sí verosímiles, y el último de los datos citados, indudable, puesto que Carvajal las vió combatir. Pero todo esto mezclado da la curiosa imagen de que se van a las tierras del Rey blanco a coger prisioneros o de que matan a los hijos, etc.

Por último queda un modesto residuo de verdad cotidiana: las vasijas de madera.

Geográficamente, tanto Carvajal invocando al indio como Oviedo al hablar del río de la Plata, cuyo verdadero nombre es Paranaguazú, la

sitúan al Sur del Marañón y en relación con algún gran afluente de la orilla derecha de éste, seguramente el Tapajoz. Bien entendido, ni allí ni en ninguna parte ha existido nunca esa versión hipergenocrática del Incario que les inventó el indio ni esas combinaciones feudales que inventaron los hidalgos; pero en cambio que allí hubiese sociedades de derechos iguales con mujeres combativas, matrimonio de visita, etcétera, y, en suma, todo el ajuar de un contacto entre andriarcales y matriarcales, más alguna onda expansiva de alta cultura, parece cosa cierta. Creemos que basta con haber transitado por alguna calle que haga esquina a otra en la que exista un taller de encuadernador, donde se haya encuadernado alguna vez un manual de etnografía, para estar de acuerdo.

Esto en cuanto a las informaciones del indio, las cuales resultan muy fantásticas de por sí y mucho más refractadas en la mente de los españoles, y ya hemos visto por qué motivos. Pero no podemos decir que sean sin más mentira. Exageran, interpretan mal, combinan de mala manera datos reales, pero esos datos no dejan de ser reales.

Veamos ahora lo que el buen fraile pone de su cosecha.

Sentimos tener que andar haciendo tantas subdivisiones, pero no hay manera de evitarlo. Aquí también conviene distinguir. Hay la pequeña pedantería de hombre del renacimiento que ha leído a Justino y la falsa etimología bien conocida. De este asunto no vale la pena de hablar más.

Distinto es lo que sucede con las inducciones, deducciones, reflexiones y especulaciones. Así, la suposición de que las indias guerreras que encontraron el día de San Juan no eran más que las «administradoras e visitadoras de su estado que habían venido a guardar la costa». Así también la creencia en que en toda su manera general de vivir «parescen imitar a aquellas que los antiguos llamaban amazonas», o, como ya se ha dicho, la suposición sobre los vestidos que llevarían en tiempo de paz, no digamos ya la exageración en cuanto al terreno y al número de personas o la afirmación de haber un imperio, o incluso lo que tiene de actitud personal del fraile el creerse todo lo que contaba el indio. Hay aquí una excesiva credulidad, muy disculpable de quien vivía en el ambiente de puro absurdo hecho realidad, que fué la conquista, y, además, había leído, sin duda, libros de caballerías y luego un buen razonar en abstracto muy de dominico, aunque a veces algo desconectado de la realidad. Todo esto resulta interesante y hasta simpático. Lo único que da náuseas es la obstinación en citar a Justino. ¡Qué autoridades! Le dan a uno ganas de aplicar, sólo que en sentido inverso, pensando en que esta gente nunca citaba a Herodoto ni

a Arriano, aquellos mal intencionados versitos de Quevedo sobre San Jerónimo:

Los ángeles a porfía
fieros azotes le dan,
porque a Cicerón leía.
¡Cielo Santo!, ¿qué sería
si leyera a Montalbán?

Lo del razonamiento en abstracto lo decimos por lo siguiente: si hubiese existido tal imperio amazónico, tendría razón en considerar a las pocas amazonas que él vió simplemente como una especie de policía de fronteras. Esto se puede apoyar incluso en la propia experiencia de la conquista del Perú, recordando las pequeñas patrullas o las guardiciones tan inexplicablemente inactivas que habían encontrado antes de topar con la hueste de Atahualpa en persona. Pero da la casualidad de que no hay tal imperio. Y ni los razonamientos por a + b, propios de un venerable miembro de la orden de predicadores, ni la experiencia peruana pueden hacer que exista un imperio donde no hay más que unas pobres tribus y aldeas. Como no había tal imperio, esas «administradoras e visitadoras» no administraban ni visitaban nada, y bastante hacían con defender sus hogares.

En cambio la comparación con las amazonas clásicas revela un fuerte sentido etnográfico: mujeres belicosas, ginecocracia, matrimonio de visita, criazón separada de hijas e hijos, combate con arcos, etc., He aquí unas cuantas correlaciones funcionales, formales y realmente importantes, comunes a muchos pueblos de amazonas antiguas o modernas, y no sólo a sus versiones estilizadas por la literatura, sino a su verdadera realidad. Al mismo tiempo que hay que rechazar la estúpida etimología pectoral hay que afirmar la intuición no sólo de Carvajal, sino de otros cronistas de indias, incluso Oviedo, que se dan cuenta de que para definir el carácter amazónico de un pueblo no tiene gran importancia la falta de caballos. Es evidente que allí y entonces ni los había ya ni podía haberlos todavía. Por lo demás no está fuera de lugar el recuerdo de que las más antiguas amazonas, las de Homero, tampoco podían combatir a caballo, sino a pie o en carro. Lo curioso es que Carvajal no afirma la difusión de esto de que las amazonas de indias deriven, como dirá luego Tirso de Molina, «de las Excitias remotas». El se limita, por un criterio más funcionalista que difusionista, a decir «parescen imitar». He aquí una señal de buen sentido por parte del fraile.

De todo lo cual se desprende que fray Gaspar y sus compañeros vieron mujeres guerreras y que los indios les contaron enormes fantasías sobre el tema. Fantasías nacidas de una combinación de datos

reales, pero muy exagerados y deformados y de una trasposición del Incario. A su vez, los españoles transfiguraron esto a partir de sus propias lecturas, categorías sociales, experiencias de la conquista e incluso buenos razonamientos en abstracto, apoyado todo ello en la credulidad que les daba para tales cosas esa misma experiencia y esas mismas lecturas. De todos modos algo había, y con un poco de pedantería etnográfica nos permitiremos decir que lo que había era: sociedades mixtas de plantadores matriarcales y cazadores andriarcales, con refracción de elementos dispersos de la alta cultura incaica.

IV

Unas notillas sobre lo que Fernández de Oviedo añade a Carvajal, tomándolo, sin duda, de los hidalgos.

Lo que añade son precisiones sobre la ordenación político-social y un dato geográfico. Este, coincidiendo sustancialmente con la orientación de Carvajal, es, sin duda, exacto. Lo más curioso es lo otro, y ahí sí que (excepto en los nombres propios) fantasea a toda orquesta. En efecto, ¿cómo ve Fernández de Oviedo la sociedad amazónica?

Por una parte mucho más extensa y rica que las otras aldeas, pueblos, tribus o lo que fuese de que nos habla en el resto de su obra. Mucho más grande y rico es este hipotético imperio amazónico que Ciguatán, o que las tierras de la Reina Orocomay, o que la provincia de las Cuevas, etc. El mismo dice que comparado con éstas es poco lo que en los demás sitios de indias se hablaba de amazonas. Y lo concibe con una ginecocracia muy absoluta en que las mujeres son absolutas señoras y gobiernan y ejercitan las armas, a diferencia esto último del pacifismo de Ciguatán o del hecho de que Orocomay mande a combatir a los hombres, etc. También es mucho más absoluta la separación entre mujeres y hombres, por ejempo, no hay aquella restricción sobre la tierra de Orocomay de que no mandaban los maridos aunque los tuviesen o los «allegamientos» de Ciguatán, ni tampoco la igualdad de mando entre cacicas y caciques en Urabá. Hasta aquí se trata de exageraciones, tanto de cantidad como de intensidad, pero no de algo totalmente distinto.

Lo distinto y sumamente curioso es la idea de un imperio, que no es sin más un reflejo del Incario; por ejemplo, no es centralizado, burocrático ni totalitario, como era de hecho el Perú; ni tampoco una especie de basta confederación tribal como Méjico, sino una estructura feudal o señorial, que recuerda a los esquemas teóricos del Sacro Romano Imperio o de ciertos momentos de la misma Edad Media española, por

ejemplo, cuando Alfonso VII, o del llamado imperio latino de Constantinopla y del reino de Jerusalén en tiempo de los cruzados, etc. Existen ahí unos arquetipos políticos que le pueden venir a Oviedo de la teoría política de su tiempo y de los libros de caballerías, no creemos que de un conocimiento serio de la historia de la Edad Media. Lo más curioso es que supone que estados andocráticos o, al menos, de derecho iguales y donde, en todo caso, el rey o señor es un hombre, funcionan como vasallos colectivos de la reina de las amazonas. Y, además, no nos indica cómo se las arreglaban éstas para no extinguirse. Porque Carvajal cuenta que cogían prisioneros de guerra para estos efectos, lo cual ya vimos que era una deformación del matrimonio de visita, pero Oviedo ni eso. ¿Supondría acaso que entre los servicios que había que prestar o entre los tributos que había que pagar estaba eso? ¿O raptarían las hijas de sus vasallos o les obligarían a entregárselas? Es curioso que no nos cuente esto en lo que podía haber una especie de reflejo de la entonces muy importante institución turca de los genízaros.

Ahora, algo sobre los nombres. Es notorio el talento de los conquistadores para deformar las palabras indígenas, y esto, unido a las dificultades de transición y a los errores de los manuscritos, hace muy difícil saber cómo se llamaría realmente aquella gente, que significarían esos nombres e incluso a qué lengua pertenecerían. Sería preciso un Tovar o un padre Castellví para intentar algo en ese sentido. Por razones geográficas uno piensa que la mayor parte deben ser palabras arahuacas o quizá caribes, a lo sumo tupi-guaraní. Me atrevo, como en voz baja, pidiendo perdón a los especialistas, a decir que a mí algunos nombres como Yaguarayo y Topayo me tienen un vago aire runasini. En cuanto a Paranaguazú, suena a guaraní. En fin, espero lo que digan los especialistas.

En todo caso hay una cosa segura: los nombres son indígenas, muy deformados, pero indígenas; a ninguno se le ocurre aplicar un nombre griego, como haría más tarde el bueno de Tirso al llamar Menalipe a una india que dialoga con Orellana. En cuanto al nombre del río, quiero decir a llamarle Amazonas, en vez de Marañón, o Río Grande o Mar de Agua Dulce, etc., hay quien supone que se trata de una confusión a partir de una palabra indígena, que significa algo así como rompe barcas, aludiendo a lo peligroso de la navegación por el río. No me parece necesario, en todo caso había coincidencia entre una realidad y esta confusión de palabras. Dada mi ignorancia de lenguas indígenas, ni entro ni salgo.

V

El botín es suculento, tenemos una base real y tenemos aclarados los mecanismos de su información. Por parte del indio la tendencia universal a transfigurar radicalizando todo lo sorprendente, la refracción de la imagen del Incario y la defensa por el dedo. Por parte del conquistador español estas dos primeras cosas y, además, sus propias categorías históricas y sociales y la lectura de Justino y de los libros de caballerías. Y estos ejemplos nos pueden servir para aclarar otros casos parecidos. Por ejemplo, los escitas, cuando les contaban a los colonos griegos de Olbia la historia de las Oyorpata, y los mismos colonos cuando se lo contaban a su vez a Herodoto y éste cuando nos lo cuenta a nosotros. Siempre opera la fantasía, las categorías propias, las mismas experiencias. Así la historia de Herodoto sobre la rebelión a bordo de las amazonas, refleja experiencias de navegantes griegos; igual que la hipótesis de Carvajal sobre las visitadoras refleja sus experiencias con las guarniciones incaicas. Y la lectura de Homero o de Esquilo es para Herodoto lo que la lectura de Justino o de los libros de caballerías para Fernández de Oviedo. El gusto racionalista de Herodoto discutiendo contra los más antiguos geógrafos se parece a los razonamientos escolásticos de Carvajal, y así hasta el infinito.

Gracias, fray Gaspar.

Carlos Alonso del Real y Ramos
Universidad de Santiago de Compostela
La Coruña (España)

LA MANO DE DIOS PASA POR ESTE PERRO

CADENA DE BLANCO-SPIRITUALS PARA MATAR EL TIEMPO
COMO DIOS MANDA

POR

ARTURO SERRANO PLAJA

HAY UN PERRO SENTADO

A LA PUERTA

De pronto se interrumpe su toque de guitarra
su pata rascapulgas queda en vilo
levanta un poquitito las orejas
tuerce un poco la jeta
y se queda de muestra Señor tras de tu puerta

Señor my Lord don Dios aquí le tienes
alégrate Señor que ya he llegado
a tu puerta
sabiendo que has de abrir porque ahí te duele
en la espera en la puerta
de su espera tan ansia
tan boca grande abierta que parece
que se te ha derramado la esperanza
para que se la beba el solo
de un trago
para encender la sed
de empezar ya a tener sed como Dios manda
aquí junto a tu puerta
y a tu espera
de muestra
porque ya tiene el rastro caliente de tu Pie

Alégrate de veras Dios y Padre
porque así como suena
y suena mucho a un sonar de campanas que no se sabe [dónde
suena como suena te digo
que aquí está

que te alegres
que es tu hijo
tu perro si tú quieres
pero tuyo
por la gracia de Dios que ya es muy tuyo
y aquí ya no hay tu tía
tuyo tu perro tuyo te repito
y aquí ya no hay tío paco ni rebaja

Que la cuenta está pagá para todos
y todos somos unos
perros
unos más y otros menos pero todos
por Dios
hijos de Dios

ESTE PERRO DE DIOS

HABLA SOLO

Aquí estoy a tu puerta con mis pulgas
con todas las patadas que me han dado
y las que no me han dado todavía
con algún estacazo
con ese ruido seco que brota como chispa
de encoger el trasero dolorido
cuando me dan un palo
ya lo ves aquí estoy
lleno de mataduras y miseria
más al fin aquí estoy
Ya sé no me lo digas te conozco
tienes mucho trabajo tienes
apenas tiempo para andar de cabeza
cuanto más para echar un rato a perros
mordidos a mordiscos de las buenas
mordeduras que da la perra vida
con su colmillo largo largo largo
cuando hace buena presa y no la suelta

Ya lo sé yo no creas
me han enseñado mucho
sé ponerme en dos manos cuando mandan

hacer gracias si quieren
y sé que lo primero es lo primero
menos cuando es lo último

Sé levantar la liebre
y sé
que la obligación que no debiera
a juicio de perrísimo cabal
es antes que la liebre
y que la devoción
que no debiera ya lo sé yo no creas
que se me olvide pronto
que bien me lo enseñó en aquel convento
un perro fraile hermano pero poco
al tiempo que me daba
no mendrugos ni sopa
no vayas a creer
sino patadas

Por eso te decía
con perdón de la mesa del convento
por mí no te molestes
no vayas a creer que tengo prisa
no
no la tengo y sí tengo
pulgas
que rascar y paciencia
y además una vida
toda una larga vida que rascar por delante

Para esperar
no verte claro pero olerte
para esperar siquiera olfatear
el aire que pasó cuando pasaste
para esperar la espera
aquí junto a tu puerta
toda la vida tengo por delante
todo el hambre y mis pulgas por delante
toda la vida enorme
dando diente con diente
toda la vida corta
toda la perra vida
toda la largamente breve y perra vida

efímera o fugaz como mis pulgas
o chispas de miseria
para decir Señor que no te apures
por mí
que lo que importa importa
que lo que yo tengo no es prisa sino hambre
un hambre con perdón
de morder a Dios Hijo para sacar tajada
Padre
y quedarme con hambre
de perdón y de hambre

VIVAN LAS CADENAS

DE LIBERTAD

Qué rica qué rica esta cadena
qué rica esta cadena
que Dios me ha echado rica
qué rica sabe a hueso
sabe a hueso de taba de las duras
sabe a muerte me digo mendigo
paseando por ahí cuando paseo
atado a mi cadena perpetua
oliendo ricas cosas es la vida
no todo ha de ser malo
oliendo cosas ricas
una mierda
una cazuela rota con perfume de ayer y su zapato
unas cuantas judías vomitadas
mientras me doy la vuelta a la farola
pensando en lo que estaba pensando y que se ha ido
mientras alzo la pata
y me orino altamente
con la pata tan alta como la dignidad
o la frente que es molesto mojarse
la dignidad o la pata por el hecho meramente existencial de
[orinar altamente
pensando en la cadena
de pensamientos sueltos
como mi amigo suelto hecho un esclavo
con toda su libertad a cuestas

mientras una perra perrita rica ella
se me acerca y me huele comedida
nos olemos
le huelo yo el trasero
y un poco más abajo
y digo con el rabo que me gusta
pecar
de vez en cuando
la muy tonta se aleja y yo me quedo
atado a mi cadena
con tantos eslabones que parecen de piedra
y son de humo
o de una pena negra efímera y perpetua
pero que sabe a hueso
o tal vez a obediencia Dios sabe
que la obediencia a veces sabe a hueso
y es muy duro pensar
y muy amargo
y corta mi cadena perpetua
de huesos o evidencias ya tan fieles
que va echando miseria inoxidable
carlanca de la buena
que ya más que cadena
ésta es la mía
me parece yo digo es mi opinión modesta
que es mi fidelidad
que ser pudiera
fidelidad perdida
la mía
está perdida
es una fidelidad que está en los huesos
por eso duele tanto al encontrarla
flaca fidelidad color de hambre
que sin embargo pesa
como una verdadera cadena de pecados
columna vertebral de haber tardado tanto
en llegar a esta puerta de Hambre
vaya por Dios
y todo sea por Dios
y gracias a Dios que ya me ha echado
esa doble cadena por el cuello
una fiel y otra infiel

que son tres
y entre las cuatro me dicen que ya suman
la libertad
y llevo una
libertad
la cual según se mira como su nombre indica
indica que es un hueso
de pura libertad
muy duro de roer
que sabe tibiamente
a morirse un viernes por la tarde frente al lago
Monona
que quiere decir Tarde
el de la Tarde
el lago de los indios por la Tarde.

¡AIVA QUE PERRO!

¡POR DONDE VA ESE PERRO!

¡Aivá por donde va!
Ese perro pulguiento parece un verdadero
perro pulguiento
aivá
aivá por donde va
se va matar se va
a caer se cae
¿quién no lo hace?
se cae y se levanta
aivá
pero ahí se ve
la mano de Dios
la mano de Dios
ahí se ve ahí
se ve en ese perrucho
en ese perro pulgas
se nota que sois hombres
se ve
la mano de Dios
en que se cae el perro
se nota en que se cae
la mano de Dios

se ve en que se levanta
la mano de Dios
pasa por este perro
pasa por Nueva York por este perro
pasa por ése y pesa
y eso se ve muy claro
pesa como un mal paso
que pasa y que no pasa
no acaba de pasar esa es la cosa
y en eso se ve ya lo que pesa
la mano de Dios

ESE PERRO

TIENE GRACIA

La gracia es que ese perro
se cree que tiene gracia
puede pecar y peca
vaya gracia

Se hundía se hundía
en sus pecados como se hundía
en sus pulgas
la mano de Dios
la mano de Dios
pasa por ese perro
y aunque pasa benigna
pesa más de la cuenta
que ya no puede más
pesar lo Suyo

(Se ve la mano en que peca
el perro
y peca porque le pica
que pecar es morder la mano
que peca por poco fuerte
que de dura no peca mucho
y aquí que no peco muerde
se muerde la libertad como se muerde
el rabo
ahí le duele

en el rabo
en la cola de libertad
que eso trae cola
y pasa por eso pese
a quien pese
y en eso se ve la Mano
que pasa por ese perro
y le echa su cadenita
que peca porque no pesa
como Dios manda que debe
pasar y pesar lo Suyo)

La mano de Dios
la mano de Dios puede ser
sabe Dios si es un río
pasa por este perro
lame a ese perro que se lame
su tristeza de perro abandonado
que es muy suya
la mano de Dios
ahí está
ahí lo tienes
pasa por ese perro
ahí se ve la mano de Dios
porque ese perro muerde
ahí donde le veis pues también muerde
la mano de Dios
y no la suelta no que no lo suelta
lo otro
todo lo ya no puedo más
y puedo mucho
pasa por ese perro
y ahí se ve la mano de Dios.

MORIR AL POR MAYOR

TIENE MÁS CUENTA

Hay muertes que van de tumbo en tumba
rebotando en las cosas
en el hueso del hombre teocéntrico
en los trajes de luto

que van buscando por las calles
la llave que han perdido
de su sepulcro natural
es natural
morirse a todas horas
los viernes además de cuerpo entero
se puede uno morir
una vez más que de costumbre
si se cuenta con alguna sabanita para el caso
y alguna hora de más
para morir un cacho de propina
para morir un poco más que lo ordinario
para morir un poco más hacia la izquierda
para que se nos vea
lo guapos que nos ha puesto la muerte
se puede uno morir si se es modesto
y no se tienen grandes ambiciones
y no muchos ahorritos debajo del sobaco
se puede uno morir de madrugada
si no se tienen medios
o morirse por otro
que eso siempre resulta más barato
el caso es que hay tres muertes
tres o cuatro
que van de tumbo en tumba
rebotando en las cosas
en el hombro del hombre teocéntrico
que lo que el pobre quiere
y no es mucho a sus años bien mirado
es encontrar su tumba natural
es natural
para saber qué traje ha de ponerse
el día de su entierro
si es de noche
ya que morir
hay que morir a todas horas
no a cachos ni a pedazos
ni a crédito ni a cuenta
ni a céntimos de muerte cada día
ni a gramos ni aún a kilos bien hechos y derechos
sino morir de un trago
morirse de una vez como Dios manda

de cuerpo entero
y de alma aún más entera
trae más cuenta
morir al por mayor
es más barato.

EN DIOS

NI MÁS NI MENOS

(Homenaje a Valdés Leal)

Y hablando ahora de Dios
en Dios
ahora me acuerdo
de Dios
a buenas horas

Ni más ni menos
es una balanza
las alas calentitas de la muerta
guiñándonos el ojo TECONOZCO
con dos muertos podridos mano a mano
de podre natural
es lo que pasa

La muerte natural es lo que pasa
cada día
se va viendo más claro
lo que pesa
pasa y come
ontológicamente
de miseria
por do más pecado había
por el alma
nos come con el hambre susodicha
por do había menos pecado
por el páncreas
será
por el zapato
que también se le comen los gusanos

Morir
naturalmente
hay que podrir
por do pecado había
natural
quedando ya en sombrero
cuello duro y un gesto de decir
ya me comen ya me comen
por do no había pecado ni siquiera
imperativamente escatológico
me comen por las uñas
del reloj

Ese es el caso

Morir hay que morir
no hacerse el tonto
de una viditis súbita inflamada
de amor
ese es el caso
la cosa esa cosita
esa bendita
balanza de Dios.

Que da lo mismo digo
echarle corazón que echar un perro
porque un perro que pesa sus palabras
de amor
puede pesar lo suyo en la balanza
y hay días
que el corazón no pesa casi nada
y es el caso
que puestos a pesar en dos platillos
un corazón ya muerto
y un perrillo viviente
allá se va la cosa
allá se anda
el corazón del hombre virtuoso
y el perro miserable
perra vida
allá se van allá
que Dios está en el fiel de la balanza
y ve que los platillos son iguales

cargados de rosarios de la aurora
o de un perro y sus pulgas
si se rasca
con amor
o con saña
esa es la cosa
hablando ahora de Dios
en Dios
ni más ni menos

Que nada pesa en ti Señor
con peso firme
ni el mérito medido en merecido
es astilla en tu palo
ni hay blasfemia que pese
que pueda ser pesar lo que se dice
pesar
para tus propias pesas de ordenanza

Tú eres solo Señor
peso pesado y tanto
tonelada mayor de Hoy para siempre
ante la cual no hay gramo de mañana

Tú eres tu propio peso
y la romana
manera de pesar
medida de mirar no de medir
que Tú ves consideras
que todo es poca cosa
en los platillos
cosa que pesa y pasa
que pasa pronto a este paso
si no es tu propio pesar
Señor
si no es tu propio dolor
de abrir los ojos y ver
que todo es nada en Ti sin Ti no es nada

Así
me digo yo
NI MÁS NI MENOS

AHI TE QUIERO SEÑOR

Te dije que te amaba Señor
y eso no es cierto
amarte amor
es demasiado
hermoso
y yo solo soy perro

Yo nada más te quiero
Señor
te quiero hasta la muerte
con su bandera negra
te quiero sobre todo ya en la muerte
ahí te quiero yo a Ti
Señor
para morirme
te quiero ver yo a Ti
a ver si así consigo que me veas

Tú
aquí
ahora
perdido
en esta vida
en este callejón
en este caserón abandonado
tan malo de guardar con sus dos puertas
las dos siempre cerradas siempre abiertas
la vida con dos llaves con tres llamas la muerte
te quiero ver yo a Ti
Señor
tras de la muerte
tres pasos más allá junto a la esquina
del otro barrio amargo
te quiero yo a Ti ver
te quiero yo querer
como los perros quieren
que se quiera a sus amos
como a las niñas tristes de sus ojos de perro
triste perro solo
te quiero ver yo a Ti
junto a mi muerte.

Ahí te quiero ver yo
para vernos las caras
y decirte
que quiero dar la cara en esta vida
en el punto más alto de esta vida
en la muerte
muriendo cara a cara
con la Cara de Dios

PERRO ENCENDIDO

En un montón de perros apagados.
LORCA.

¡Si yo fuera ese perro!

Si yo pudiera ser
no el del padre no claro
ni menos todavía el de la madre
ni el del hijo aún más menos
eso se pasa ya de claro
el perro del cuñado por ejemplo

«A ti se te ha subido el hueso a la cabeza»

Cierto Señor
manías de grandeza que uno tiene
y ganas de monserga
que ya quisiera yo
y bien lo sabes Tú
darme con un canto en los dientes
en estos perros dientes que se han de comer los gusanos
que se han de comer otros gusanos
que se han de comer otros
y así los n + 1 gusanos de todo el álgebra del sótano en las tumbas
te digo que quisiera
hablando mal y pronto
que me contentaría
con ser el otro perro
el perro de la tía
del primo del portero
que vive muy cerquita de la casa

donde vive la nuera
ya me basta
ya me diera
con un canto en los dientes

¡Si yo fuera ese perro
el encendido!

PERRO ENDIOSADO

Para un hombre endiosarse es ser muy tonto
para un perro es hundirse
ya no guardar las viñas
ni el respeto
que debe a los mayores
en edad en saber y en zapatitos
no guardar ni siquiera las distancias
que se deben al hombre con su palo
hundirse solo eso
endiosarse es hundirse
poquito a poco en deudas
en la Deuda Interior
ser la Deuda Flotante
que se hunde
por no guardar las formas ni siquiera
ese perro endiosado
se ahoga que se ahoga
que ya no puede más
nadar más y se hunde
por perro ya endiosado se me hunde
se acaba ya de hundir en Dios hasta el cogote
ya le está entrando Dios por los hocicos
se está ya ahogando en Dios
ya casi está endiosado
pero aún colea aunque poco
le falta
para endiosarse vivo
y ya del todo

DA VERGÜENZA MORIR

A TODAS HORAS

Morir vas a morir todos se mueren
vas a morir de cáncer
o de anginas
de muerte natural eso está visto
de miedo de diarrea
medio muerto de frío
y muertecito de asco
y muerto y más que muerto de ganas
que tú tienes
de no tener ya ganas de vivirte
de rabia
Pero
con índice y dos puntos te lo advierto
morirse por la tarde da vergüenza
morirse por la noche a mediodía
morirse a todas horas
es la muerte el morirse el ya la hicimos
es morirse vivito y coleando
de fiebre de mancilla de derrota
así sin más ni más
morirse
es el morirse o el mearse

Y entonces ¿para qué?

¿Para que si no hay Dios como te dicen
como te lo demuestran
como te dan mascado a cucharones
de ciencia en cucharitas
de ciencia a palo seco
porque ni para qué vas a morirte tú
de pelos en la lengua o de queridas?

¿Por qué? ¿A santo de qué
te vas a morir tú
de miedo de vergüenza de intestino
delgado?

Morir es la derrota
si no hay Dios
da vergüenza morir y más de noche

morir sólo de pena de noche da vergüenza
da pena de morir sólo de noche
sólo morir de pena
de morir da vergüenza
de cosa indecorosa
de vida ya indecente
si no hay Dios
da vergüenza morir sólo de muerte
Por eso me decía
me lo venía oliendo
como huele el saber
que tres y dos son siete
por aquel pedregal hermoso de mi casa
por eso me lo sé y aquí te digo

Por eso sé que hay Dios
irremediablemente
porque voy a morir
desvergonzadamente
me voy a morir muy sin vergüenza
luego ahí está el canario
los toretes
también mis ilusiones
hechas ya mujercitas
porque voy a morir y no me da vergüenza
morir así a la izquierda
como hay Dios
como hay Dios que lo está viendo
estoy seguro.

Madison, 1962

A. Serrano Plaja
153, E. Gilman
Madison. Wisconsin
USA

EL LUTO

POR

DANIEL SUEIRO

Constantemente lo estaba viendo y no se había fijado, pero al pobre ya no había por dónde cogerlo. Cuando estamos acostumbrados a ver un traje, nos parece que está como siempre y no te paras en detalles. Y al coger la chaqueta y mirarla bien para limpiarla, ya vió la transparencia de los codos, los hilos sueltos por detrás, las solapas abarquilladas; igual que el pantalón, ahora que lo estaba planchando, por las rodillas y los bajos, desgastados o empezando a romperse.

Mario se había puesto, mientras tanto, el otro traje, el viejo, la chaqueta de cuadros y el pantalón gris quemado, que no usaba desde hacía tiempo; lo había desechado por completo. (Hacía meses, más de un año, que no *le veía* aquella ropa. Estaba «impresentable», como él habría dicho la última vez.)

—Tendrás que hacerte un traje—le dijo Tina, dejando la plancha y volviendo a inspeccionar el pantalón.

—Tú dale un buen repaso, que aún tiene que tirar.

—Puesto, no se nota tanto. Yo ni me había dado cuenta; pero ahora que lo veo...

—Debajo de la gabardina no se advierte—Mario alzó la vista y la miró, y contempló luego la chaqueta, colgada del respaldo de la silla, lista ya, y el pantalón, que ella estaba acabando de planchar.

—Para debajo de la gabardina aún puede pasar—asintió Tina—, pero luego...

—Luego ya veremos.

—Tendrás que hacértelo para la primavera.

—Ya veremos, Tina.

Tina plancha en la cocina, sobre la tabla, que está apoyada en la pila de fregar por un extremo, y por el otro, en la superficie de la alacena. Mario la acompaña, leyendo el periódico en zapatillas. La casa es modesta, tiene otras dos habitaciones, pero todo está muy limpio y en orden. Las tardes de los domingos se las suelen pasar siempre en casa; fuera no se para, no hay sitio en ninguna parte, y además se ahorra dinero o, mejor dicho, no se gasta. En casa es donde mejor se está. En el hogar de uno, con el hombre o la mujer a quien se ama (según se trate de cada cual) y con la radio. Mario ya ni siquiera va al fútbol, y Tina también se va aguantando las ganas de

ir al cine tan a menudo. Los domingos por la tarde se pasan en casa muy a gusto; se duerme, se adelanta el trabajo, se plancha o se limpia, hay tiempo para todo, para hablar y para estar callados.

—Porque el traje negro—añadió Tina con voz queda—, ése no te lo vas a poner.

Mario abatió el periódico distraído y la miró entrecerrando los ojos. Parecía pensativo, y alzó un poco los hombros indeciso

—El negro...—comenzó.

—Es una pena; está completamente nuevo.

—Ya, pero... así, sin más ni más... Me gustaría, desde luego.

—Menudo traje que es, menuda tela.

—Y nuevo que está, dímelo a mí.

—Debajo de la gabardina es como te lo debías poner, si no te gusta..., si no quieres...—vaciló Tina.

—¡Mujer!... Un traje así..., también es una lástima esconderlo. Si por lo menos la gabardina fuera una gabardina decente...

—No sé qué tiene esa gabardina.

—Está hecha una mierda, hombre. Se cae a trozos. No, si estoy bien equipado...

—Pues mírame a mí...—murmuró a duras penas Tina, aún en contra de su voluntad.

—Ya lo sé, ya—suspiró Mario.

Al cabo de un rato de silencio ella volvió a hablar.

—Desde luego—dijo Tina—, es un buen traje. Pero tal vez tengas tú razón. Para llevarlo bajo la gabardina, mejor es no gastarlo. Es un traje de vestir, de mucho vestir.

—Fué para lo que fué—respondió Mario—. Si llega a ser hoy... Hoy me caso yo de calle, y se acabó. Hicimos bien el primo. Ahora, un traje completamente nuevo y sin poder ponérmelo.

—Pues aquello había que hacerlo, hombre—Tina se asusta al pensar que ya han pasado casi cuatro años, y nada. (Un domingo por la tarde, los niños tienen que entretenerla a una mucho.)

—Con una camisita bien blanca... Pero en primavera tampoco pega un traje negro, y menos en verano. No, si no creas que no lo he pensado más de una vez. Ya tengo ganas de ponerme ese traje. Me quedaba bien, ¿no?

—Superior—sonríe Tina.

—¿Me lo pruebo?—Mario se levanta de la silla, sigue preguntando con la mirada.

Tina ríe aún sin responder; lista ya la faena del planchado, por esta tarde.

—Me lo voy a poner; a ver.

Estaba colgado de una percha, dentro del ropero, con las bolitas de alcanfor casi todas gastadas dentro de los bolsillos, envueltas en trozos de papel. Mario se quedó en calzoncillos y se puso rápidamente el traje negro, delante de Tina. Luego se contempló en la luna del armario.

El traje de la boda está completamente nuevo (no se lo ha puesto más que una vez, aquélla), y es de muy buen paño.

—¿Qué tal? —estirando el cuello ante el espejo y pasándose las manos por las solapas.

A Mario el traje negro le queda muy bien, tan alto y blanco como es, tan moreno de pelo.

Tina trae de la cocina el paño blanco de la plancha; se lo coloca dentro de las solapas, como si fuera una pechera almidonada o un pañolón de seda, sobre la camisa rayada y sucia, y el efecto es aún mejor. Mario tira de las mangas hacia abajo, alza las piernas, da unos pasos delante del espejo.

—Lástima de traje, ¿eh? —murmura, sin apartar la vista de su elegante imagen—. No, si aún he de ponérmelo alguna vez.

—¿Por qué no? Cuando pare de llover y venga el buen tiempo puedes salir con él perfectamente.

—De todos modos, uno nuevo no me voy a poder hacer.

Sin embargo, llegó la primavera y el buen tiempo, incluso el calor, y Mario no se puso el traje negro (nuevo, nuevo por completo) para salir a cuerpo a la calle. Dejó la gabardina, pero siguió con el traje que Tina le limpiaba y planchaba todos los domingos por la tarde; el traje que tenía.

—Pero ¿no te lo pones, Mario?

—No, no me lo voy a poner.

—Ya sabía yo que no te lo pondrías. No sé por qué, pero me imaginaba que no ibas a querer ponértelo.

—¿Te lo imaginabas?

Tina alzó ligeramente los hombros, disculpándose con una sonrisa algo confusa, aunque cariñosa.

Y para el verano, cuando llegó el calor fuerte, Mario sacó aquel traje clarito, tan liviano, mil veces lavado y planchado y casi transparente ya. Con él andaba fresco, iba tirando.

Pero en el otoño se planteó de nuevo el problema. Hacía aún demasiado calor como para ponerse el del invierno (que además no iba bien sin la gabardina encima, y lo de la gabardina era otra), pero ya no tanto como para aguantar con el de viscosilla. Mario, en el fondo, estaba deseando ponerse el traje negro (tan sobrio, tan elegante), pero no se atrevía.

Bueno, me pongo el traje negro, muy bien, y me voy a cuerpo gentil por la calle o llego tan campante a la oficina, y todos aquellos o el primero con el que me tropiezo van a preguntarme, de seguro: «¿Por quién lo llevas, Mario? No sabía nada, perdona.» «No, si no es nada», responderé para seguir adelante. «¿Que no es de luto? Entonces, ¿por qué te vistes así, si no se te ha muerto nadie?» No les vas a decir: «Es que no tengo otra cosa que ponerme, y como el traje de la boda estaba nuevo...» ¿Qué les dices entonces? Te van a dar una palmadita de cachondeo en la espalda, al tiempo que se van riendo: «¡Ah...! Es una cosa de por sí... Lo haces porque te sienta. Pues no te queda mal, ya ves... ¡Adiós, *arbiter elegantiarum!*» O cosas parecidas, que no se pueden aguantar; sin contar con las coñas que se van a traer luego, entre ellos, con sus mujeres, etc.

Pero, sin embargo, a Mario le gustaría ponérselo. No sólo porque no tengo otro mejor, sino porque tiene ése. Es un traje hecho a medida, a su medida; lo encargó y lo pagó. Además, le queda bien; él no ha engordado ni tampoco crecido; le cae redondo.

Por otra parte, su posición social y profesional no exigen, ni siquiera permiten, una indumentaria semejante. En la calle extrema del barrio todo el mundo anda como puede, o sea tirando a mal, y en la oficina se trabaja todo el año en mangas de camisa; en verano por lo que es y en invierno por la calefacción. Si tuviera otro oficio, si tuviera que visitar a las personalidades, por ejemplo en los Ministerios, o recibir a la gente en un antedespacho, entonces la cosa aún tendría una explicación. O bien si fuera una de esas personas llenas de compromisos ineludibles, compromisos sociales se entiende, que van de *cocktail* en *cocktail* y de fiesta en fiesta sin parar, y han de dejarse ver en los mejores sitios y en las salas de fiestas, bailar, beber, andar de un lado a otro con el vaso en la mano, lo que se dice alternar. En ese caso, sí. Pero ¿adónde iba él con un traje negro como el de la boda? ¡Ca, no podía ser!

Porque si se dieran aquellas circunstancias, la gente de su calle o los amigos comentarían al verlo pasar tan bien vestido: «Hala, otra vez al Ministerio.» O bien: «Tiene una recepción.» Pero siendo las cosas como eran, ¿qué iban a decir? Alguna de estas cosas:

—¡Míralo al señorito! No tiene pa tabaco y anda que parece un marqués.

—¿Adónde va ese chalao? ¡Mira qué coña de tío! ¡Como si lo fueran a recibir esta tarde en Palacio!...

—No irás a la calle de la Ballesta, ¿eh, Mario? Que para eso sobran las etiquetas...

—¿Has cambiado de empleo? No sabía que ahora trabajaras en una funeraria.

—¡Que si anda mal!... Ha tenido que ponerse el traje de cuando se casó..., figúrate.

No, el traje no tenía ninguna justificación.

Iba a sufrir si se lo ponía (lo sabía), pero también sufriría por no ponérselo.

Si hubiera algún motivo..., una respuesta que dar, una explicación... No la había. De momento no la había (y este pensamiento asustó un poco a Mario, aunque no quiso detenerse ni profundizar más en él).

Lo más natural, de todos modos (el pensamiento ocupó de nuevo su cabeza), es que al verte así, todo de negro y camisa blanca, te pregunten que si es luto. ¿Se te ha muerto alguien? ¿Quién se te ha muerto? ¿Muerto? Nadie. No se ha muerto nadie, gracias a Dios.

Pero ya sería una explicación, una cosa clara. Eso sí.

Y además estaba la gente que no le conocía de nada, todas las chicas que se pasean por la Castellana, las que te encuentras en una cafetería del centro y nunca se sabe...; que a lo mejor, casi seguro..., en fin, todas las mujeres que miran; y las demás personas, la gente, en general, a la que siempre gusta causar buen efecto y ver que se te quedan contemplando admirada: «Qué buen mozo, qué elegante; qué bien le sienta el negro...» El aspecto es muy importante, la primera impresión es la que cuenta. «¡Vaya tipo!» «Un poco triste, ¿no?» «Es el negro.» «Además, eso le da un aire muy interesante, ¿no te parece?» Pasas y se te quedan mirando. Cosas así, ésas son las que valen. ¡Y qué diferencia!... Vamos, como del día a la noche. Como que si lo pienso, no me atrevo a salir más de casa con esta mierda.

Y estando de luto, por otra parte, puedes ponerte todo lo serio que quieras, que nadie va a decirte nada; todo lo contrario. Cuanto más, mejor. Y un rostro pálido y serio, maltratado por el dolor o marcado por el escepticismo y la dureza que siempre sobreviene a la muerte de un ser querido, va que ni pintado como remate de un traje negro bien cortado.

—¿Por quién llevas el luto?

—Por Tal o Cual.

—Vaya, te acompaño en el sentimiento.

Y se acabó. Ni más preguntas, ni más explicaciones, ni más comentarios. Ninguna maledicencia ni el más mínimo motivo para el chisme; y yo, con mi trajecito puesto.

El de veranillo, por añadidura, se le caía a trozos y le hacía pasar

frío, tanto por las mañanas, cuando salía de casa, como por las noches (ya desde media tarde), al volver. De modo que al comienzo del otoño acabó por licenciarlo y ponerse el otro, el de invierno, con el que aún anduvo unos días a cuerpo, antes de enfundarse la gabardina, de la que no tenía pensado desprenderse ya por mucho tiempo.

Un frío anochecer, en que había llegado pronto a casa, se tumbó en la cama a terminar de leer el periódico mientras la mujer hacía la cena, en la cocina. En silencio, sin que ella lo viera ni lo oyera, abrió el armario y sacó el traje. Se lo puso y se estuvo contemplando delante del espejo. Pero esto lo hizo casi sin darse cuenta él mismo; de modo que se vió de pronto en la luna vestido de etiqueta o de luto; alguna de esas cosas era, y la sensación que sintió no era mala. Desde entonces hizo la misma operación muchas veces durante aquel invierno, con sigilo, cuidadosamente, en silencio, y cada vez se encontraba mejor. Se veía en el espejo y disfrutaba viéndose. ¡Qué traje! ¡Qué bien le quedaba! Pasaba sus manos por las solapas duras y tiesas, se ajustaba la chaqueta a las caderas, el juego de los hombros guateados; sentía calor en la cintura; el pantalón, justo en su sitio; la raya, pierna abajo, como una plomada, hasta el borde del zapato. Tomaba diversas actitudes ante el espejo, todas ellas dentro de la mayor sobriedad y elegancia, displicentes algunas; veía la representación y estaba de acuerdo con ella; le gustaba. Abría y cerraba la boca como si estuviera hablando, pero sin decir media palabra. (Tina estaba en la cocina), fumaba en boquilla, expulsaba el humo, mantenía un vaso de *whisky* en la mano derecha y metía la izquierda en el bolsillo del pantalón.

Pronto llegaría la primavera, y a Mario le gustaría mucho poder ponerse el traje negro para entonces. Salir a la calle con él, andar a cuerpo.

Una sincera emoción, casi un rubor le calentaba el cuerpo cuando pensaba en ello. Pero... ¿cómo? Mejor dicho, ¿quién?

Seguía necesitando una justificación.

Le dijo a Tina uno de aquellos días:

—Voy a escribir a casa, a ver cómo están todos. Y a tus padres, ¿por qué no les escribes? Tampoco sabemos nada de mis hermanos, ni de...

—¿Por qué te acuerdas ahora de eso?

—Nada... Es que de repente se me ha ocurrido... Hace tiempo que no sabemos nada de ellos. Puede ocurrirles algo, ¿no?

—Si les pasara algo lo sabríamos, precisamente.

—De todos modos, yo voy a escribir.

También escribió a la abuela y a los tíos de Cuenca.

Y mientras esperaba las respuestas fué a visitar a su hermano Gabriel, que vivía en el otro extremo de Madrid con su mujer y los chicos («Si uno no se decide, pasan años sin que nos veamos», etc.), y todos estaban bien y fuertes como robles. Juan, en cambio, el marido de su hermana, se había caído de la moto y estaba en el hospital... «Mañana le dan de alta—le dijo Rosalía—, menos mal que no le queda ninguna señal.» Un cuñado es como un hermano, ¿no?, en la cuestión del duelo.

Uno de los jefes de la oficina estaba enfermo desde hacía tiempo... A un compañero le habían desahuciado los médicos (él no sabía nada, andaba tan campante: «Cáncer», le había dicho a Mario otro que lo sabía, en voz baja). Pero con éstos no podía contar; éstos, como si nada, No iba a ponerse de luto riguroso por ellos.

Por una persona de la intimidad, un familiar muy allegado, está bien el extremado rigor del luto. Tal un traje negro, camisa y puños blancos, corbata negra o gris. Ahora la gente, además, incluso pasa por alto lo del luto riguroso, a veces, aunque se trate del propio padre. Claro. que casi siempre es porque no puede. Pero él aún podía, allí tenía el traje listo, esperando. Después está el medio luto, el alivio de luto, el luto sólo en la corbata o en la franja alrededor del brazo, etcetera, hasta llegar al pequeño e insignificante luto del botón recubierto de tela negra en el ojal de la solapa, o el luto pobre y tenaz de la franjita negra vertical en medio del bolsillo de la pescadora o de la guayabera. Pero no se trata de eso. Se trata del luto entero y verdadero, del traje de luto nuevo e impecable que está colgado de la percha en el armario. Secretamente, Mario estaba dispuesto a ponerse de riguroso luto por quien fuese, incluso por familiares de segundo o tercer orden, si bien le gustaría no sacar las cosas de quicio y adecuar la importancia del traje negro a la calidad del muerto, o de la muerta.

«En casa todos bien, a Dios gracias—escribía el hermano menor, todavía soltero—. Padre está mejor que nunca, y madre parece una moza, tan bien le sienta la montaña.»

La tía Clara (ella, como siempre) daba noticias de la abuela: «Anda todos los días varios kilómetros. No queremos dejarla trabajar, pero ella no para. Le hemos comprado entre todos un abrigo nuevo, para que se lo ponga los domingos, y parece una pollita por el paseo. Todos los demás, ya te digo, estamos como siempre, muy bien. Y vosotros, ¿qué tal?»

Tina también lo sorprendió, por entonces, al decirle:

—He recibido carta de casa, de mis padres. ¡Están mejor que de jóvenes...! Figúrate, sin tropa con la que pelear ni a la que dar de comer...

—Pero... bien, ¿no? —se oyó decir aún.

—¡Oh, muy bien! —respondió alegremente Tina.

De todos modos, esas noticias siempre llegan de golpe, cuando menos lo esperas. Un telegrama urgente, por ejemplo; eso a todos nos ha ocurrido alguna vez, o ha de ocurrirnos.

A veces, al verse en el espejo con el traje negro puesto, se mezclaban en el pecho de Mario la congoja por la persona muerta (el ser querido, la pérdida irreparable, etc.) y la gozosa emoción de la meta alcanzada (un porte distinguido, y, sobre todo, la liberación de todo aquello). Porque, en efecto, su lucha interior exigía con urgencia un desenlace, cualquiera que fuese, una solución que deshiciera aquel nudo en la garganta, clarificara su mirada y le soltara las manos. En una palabra, precisaba ponerse el traje negro, y ponérselo con la frente bien alta, por un motivo suficiente y con razón.

Pasaron días y semanas y ya había que ir empezando a pensar en desprenderse de la gabardina. El tiempo estaba bueno, pero el traje que llevaba puesto estaba cada vez peor. Ya no había por donde cogerlo.

Entonces fué cuando su madre se puso tan mala. De momento quedó como espantado, pero al imaginarse con el traje de luto, acongojado y lleno de tristeza en sus paseos solitarios por la Castellana («qué tipo más interesante»), se animó un poco y empezó a considerar el caso como algo inevitable, esas cosas de las que uno no es culpable ni tampoco puede evitar, aunque quisiera. Por las noticias que iban llegando, la madre se agravó, se agravó y luego experimentó una mejoría, sí, estaba mejor..., y se estacionó en esta situación, sin ir para adelante ni para atrás, siempre igual, guardando cama y sufriendo.

Y en esto Tina volvió a hablarle de ello:

—Vas a tener que hacértelo, Mario —le dijo, la tarde de un domingo, ya encima de la nueva primavera—. Este está... impresentable.

Mario la miraba, la oía, contemplaba el movimiento de sus labios, el ir y venir de la mano con la plancha, pálida muchacha, joven y amada, la más querida de todas las personas, sin la cual no sabría vivir aunque fuera justamente el ser por el que hay que llevar el más riguroso de los lutos, ahora y siempre, un año y otro y durante toda la vida.

—¿Qué te pasa? —le dice ahora Tina—. ¿Por qué me miras así?

El baja la vista, se estremece, parece que ha dejado de respirar, tan abatadio y vacío, muerto se halla.

—Te digo que no puedes dejar pasar más tiempo sin hacerte el traje nuevo. Aunque sea a plazos... Ya nos arreglaremos.

—Ese traje... —mueve la cabeza hacia la puerta de la cocina, alza la mirada, su voz es un hilo que se desenrosca desde lo hondo.

—¿El negro, dices? —Tina habla distraídamente.

—Sí, el traje negro. Véndelo. Véndelo por lo que te den. O quémalo.

—Pero...

Mario se levanta y se acerca a su mujer, trémulo y con los ojos húmedos.

—Por favor, Tina, deshazte de él.

Daniel Sueiro
Maudes, 36
MADRID

LOS DIAS Y EL AMOR

POR

FRANCISCO RICO MANRIQUE

PERFECTAMENTE SERIO

Todo muy comprensible:
en los visillos y en el humo
hay un deseo de tristeza
imprecisa, un contorno
que se resiste a la contemplación.

Queda dinero suficiente
para pasar más horas en el bar,
y permitir que los arroyos
sigan acariciendo indefinidamente
los cantos de su cauce
—importa
el mojarse lejano de tus labios—.
Y sobrevuela el recuerdo
perdido de las playas, su muerte leve
que desde siempre viene a ser
como volver a conocerte en madrugada.

(No sé, juraría que es miércoles
o viernes... Un golpe, un día,
perfectamente serio, en cualquier caso.)

De vez en cuando el ciego
atraviesa la calle,
o una niña
da una corrida por la acera
y regresa a su madre.
¿Intuímos acaso
por qué nos han dejado, y esta tarde
vuelve a correr el tiempo interrumpido?

En un momento ocurre
que las cosas retornan
a la inicial melodía acogedora.
La vida sabe una sola canción.

LA TARDE

LA VIDA SABE UNA SOLA CANCIÓN

Frente a una lluvia vacilante o frente al mar
sin remisión cansado,
a veces caigo en meditar acerca
de qué rápidamente tuve un título
de inteligente
                    y fuí a vivir al pueblo,
con humedad y viento todo el año,
y entonces, cuando
la tarde más se oscurece y el camino
se reconoce apenas en medio de la bruma,
entran ganas de hablarle a un compañero,
muy poco seriamente decir: «Me moriré
temprano, junto a los eucaliptos.»

Posiblemente, la libertad
es menos peligrosa. De antemano sabemos
también que la nostalgia
nos la haremos junto a determinados veladores.
        (Pasa que la fragilidad,
        la cabellera de una chica
        y el abanico de la abuela
        son los protagonistas de esta
        farsa...
                sentimental, es cierto.)
Las cosas no andan bien
y seguirán así Dios sabrá hasta cuándo.

Por ahora, hay que llevar la pena,
como de tango y hornacina,
y mantener un rato apariencias de humor
bañando los perfiles,
                        pues
si no bastan sucede que el muchacho
que acariciaba cielos, con oscuros designios,
acude al portal viejo de la casa
donde nació
—el criminal regresa siempre
al lugar del delito—.

HISTORIA DEL VERANO

Lugar del delito

Para nada sirven las horas
si no es para soñarlas en tu pelo
y respirar la luz vencida,
por la tarde, cuando senderos
apagados y pequeñas historias
de amantes
o una lágrima,
suelen significar para nosotros
que todo saldrá bien.

Los pasos se nos juntan en el suelo
y el tiempo se hace dulce.
Pueden oírse gritos en las plazas
y alborotar los niños
porque apenas importa;
en cambio, es buena
esa grava menuda en la dehesa,
con cortezas resecas, y el doblarse del aire
entre las ramas,
un poco lejos ya la catedral,
las cuestas empedradas que recorre
el automóvil del obispo.

Es una edad la adolescencia, dicen,
notablemente rara y decisiva,
si bien no libre de peligros...
Pero hay más: queda el río
—y a estas horas
hace un poco de fresco, y es momento
de las chaquetas de algodón,
de los silencios—;
está la hierba amarga, tan suavemente dócil;
y yo voy junto a ti, inventando
el amor, anocheciéndonos
en esta encrucijada de esperanza y recuerdo.

CANCION

ENCRUCIJADA DE ESPERANZA Y RECUERDO

Qué agradable saber que aquellos días
—a medida que el sol iba a maduro
y se perdía el agua por la orilla—
no han sido los mejores, y tampoco
llegaste a ser lo que yo más quería.
(Es cómodo decirte adiós ahora
sin sentirse grosero o egoísta.)
Gracias por el camino que me dejas,
por lo que no me has dado.
Todavía,
pues, el mañana en blanco. Esperaré
—gracias por no haber sido la alegría—
nuevo sol, otra orilla; esperaré
los días más hermosos de mi vida.

BUENOS PROPOSITOS AL EMPEZAR EL AÑO

El sol, hermosamente, sabe a poco esta tarde,
y no es sino rocío de calor en la piel,
que pronto se evapora; como un convaleciente
de novela, uno busca la luz desperdigada
por árboles y piedras.
Son vacaciones dulces
las de invierno —estos días sin brillo, los paseos,
un libro nada urgente—. Sin embargo, se prestan
a conclusiones rápidas en exceso, y acerca
de materias complejas: la justicia o el tiempo,
por ejemplo, y aun más la posición concreta
de uno en este mundo. Demasiado optimistas
nos sentimos a ratos (la caída, después,
nos duele más).
Y el humo, sin remedio, entristece
el campo verde; blanda —con la humedad—, la tierra
se amolda a nuestra huella; y las celindas claras
son un recuerdo tras la verja.
Bien, así,
¿cómo no han de ser buenos los propósitos para

el año que comienza? Justamente la paz
de ahora nos engaña. Pensamos: la honradez,
el deber, las virtudes respetables... Amor
entre todos, de todos... Apenas otro fin
de semana, y apenas volver a ver las caras
de siempre y la estación por la mañana —cuando
el orbe es un bostezo, ya lo dije una vez—,
bastarán para echar en olvido deseos
honestos y esperanzas de una vida mejor.

Demasiado optimistas... En el fondo sabemos
quiénes somos y cuáles son las flores de invierno.

EL JOVEN AMANTE

*«On n'est pas sérieux, quand
on a dix-sept ans.»*
RIMBAUD

Correcto en sociedad,
muy hecho al trato de personas maduras
—innecesariamente sesudo, tal vez—,
nadie se explica por qué desaparece
y se da a los paseos y a la niebla.
A ese muchacho tan amable
le han visto en un jardín,
montando guardia al césped,
con la característica tristeza
de sus años.
También
se cree que ha olvidado los estudios
y de un momento a otro
escribirá poemas.
¡Ay!, pero el amor pasa
como muere un perfume.
Cuando mejore el tiempo
habrá baile en la pérgola;
y aquel día es probable
que quede cabizbajo ante algunas palabras
o una rosa: ese aire distraído
dará al amante joven nuevo encanto.

VIAJES POR LA MAÑANA

Tal vez lo menos malo es la premura
—para alcanzarlo a tiempo— y el bostezo
universal, eterno. Desperezo
los párpados, y leo: «La cultura...»

...occidental, muy bien, ya lo sabía.
(Pero este buen señor que, tan molesto,
expectora, las toses, todo esto
¿también entra en la cuenta?) Cada día

trae lo mismo, no entiendo por qué sigo
comprándolo. «Que cada pasajero
conserve su billete.» Ya un instante

y llegamos. —Abróchese el abrigo,
hará frío en la calle. *—Usted primero.*
—Oh, nunca, nunca, nunca: usted delante.

RETRATO DE N.

Alegremente mentira,
venido del mundo raro
de las calvas, los escudos
y los marcos,

con un reloj de juguete
y un pañuelo deshilado
—región de los estornudos
siempre blancos—,

como escapando de un lienzo,
llegaba a darme la mano,
y nos íbamos los dos,
contemplando

escaparates, iglesias,
sirvientas, guardias de tráfico
—mañana de sol y acera
palpitando—.

Chocolate en las granjas,
matinées, jueves y sábados...

El siempre con su sombrero,
sus zapatos

con botines, su bastón,
y el chaleco mojigato;
con nostalgias de bigotes
alocados.

Hasta que se fué de casa
—por anticuado y monárquico—,
mezclado con seis botellas
en un saco.

Y estará en la trapería,
ochocentón, empolvado,
mirando las calaveras
de los gatos.

SOBRE LA VIRTUD

Solían despertarle
los carros de verduras, en la calle
—con los gatos que huían
arrastrando
la noche a los rincones—, y tras de su persiana
la ciudad era igual que el cuarto de un enfermo:
con luz pobre a los ojos, y propicia
para ser desdeñada (bien envuelta
en piedad).
Al perderse
en los labios el amargor del sueño,
se sentía dichoso: trabajaba
con ingenua conciencia de superioridad.
Porque toda virtud, antes de nada,
viene de tal raíz (la virtud, digo)
que hace feliz a un hombre
al practicarla.
Siempre,
para el amor y el tiempo,
ha sido el alba decisiva.
Se sabe que la vida es como un árbol
y que las grandes decisiones brotan
de minúsculas madres...

Podía soportarlo todo, a cambio
de creerse el mejor alguna vez:
de madrugada, así,
con frío en los tejados,
y con pálidas manchas de humedad
en la pared, con grifos que goteaban sin pausa.

AULA 23, PATIO DE LETRAS

Es necesario saber
que sostienen el techo Praxiteles y Fidias y la aérea pincelada
del italiano Fra Angélico
—aquí no nos moja la lluvia—.
La convicción, la asiduidad en la asistencia
son los sillares que levantan
un porvenir:
hemos venido para
convertirnos en cera.
Y entre las baldosas del patio
ha crecido la hierba. Ved
por la ventana. ¿No es cierto que los árboles
responden con la docilidad de ayer
al abrazo del viento?
Parece ser que se aproxima un año nuevo;
y pregonan diarios
por las calles, y se entibia la luz
en los cristales.
(Algunos
no han advertido aún
lo decisivo de las fechas,

pero vale por hoy cualquier cuartilla
desfigurada, con apuntes,
e igual las que vendrán
como hojas amarillas del otoño,
casi sin hacer ruido.)
Los muchachos
podemos confirmar que en estos días
la niebla anda lamiendo los rincones;
que ni siquiera nos conmueve
el sucederse de los pasos
sobre los escalones de madera.

«... of comfort no man speak.»
RICARDO II (III, ii)

Las capitales de provincia son mal sitio
para la muerte de un inglés sensato,
casi albino.
Tal vez algunas rosas
—o solamente un pétalo en el agua
infecta del jarrón—
o, siquiera, música por la ventana
hubieran suavizado la asfixia,
la habitación a oscuras,
helada, el forcejeo
del cuerpo entre las sábanas.
Dos veces
se oreará el colchón esta semana.
Y el viento ha de llevarse
del corredor, también, de los resquicios del armario,
una cierta humedad —como el aliento
final del moribundo—,
para que el huésped último, de noche,
no tiemble en el umbral
de su cuarto, palpando
la pared, tal que borracho.
¡Ah!, fuera todo más limpio
en una esquina del paisaje
de su acuarela inacabada,
en el modelo de un apunte,
perdido, lejos de aquí...
Uno puede llegar a cualquier sitio.
A la pensión, ahora,
le quedan las maletas y el abrigo
del inglés; sin embargo,
nadie hable de consuelo,
que el problema
es si se le dará tierra sagrada.

Francisco Rico Manrique
Rusiñol, 31 bis
San Cugat del Vallés
BARCELONA

EL TEMA DEL CAMINO EN LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

POR

F. RUIZ RAMON

Hay un tema machadiano en el que no se ha insistido bastante y que, sin embargo, a mí me parece importante plantear. Se trata del tema de la vida como camino que se hace y del hombre como caminante, como ser itinerante.

Desde el principio conviene señalar que no tiene ningún punto de contacto profundo con la concepción cristiana del *homo viator,* del hombre que hace camino hacia Dios considerando esta vida como un pasaje hacia El. Para el cristiano, vivir, desde el nacimiento hasta la muerte, es un estar de paso en el mundo. La vida terrenal es tránsito hacia la vida eterna. Pero tránsito cargado de hondo sentido dramático, pues que de nuestros pasos, de nuestro transitar, depende que nuestra vida eterna sea bienaventurada o no. Para el cristiano, el camino es combate por la salvación, y en ese combate sabe que Dios está de su parte. En esencia, lo propio de su caminar, además de la conciencia de tránsito y de la necesidad del combate, es la noción de libertad como fundamento de su historia terrena. Su camino no está trazado de antemano, no es vivido como destino, sino como elección. De ahí que sea posible errar el camino o andarlo bien. Pero además el camino no es «un» camino cualquiera, sino Cristo, que convierte todo camino en Camino. El es el Camino y, siguiéndolo, no es posible descaminarse.

Para Machado el esquema es muy otro. No es un caminar «desde» «hacia», un pasar de un punto a otro, sino un puro pasar:

Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

(C. XXXVI[44].)

en el cual nunca se goza del final del camino, ni se lleva brújula que nos oriente, ni se descansa en las orillas. Lo propio de este caminar es la amargura esencial al caminar y el doloroso peso de la distancia, la cual nunca se acerca, nunca es cercanía, sino distancia siempre, patria inalcanzable. Son estos poemas, como veremos, poemas de nos-

talgia, pero nostalgia con temor. El tema del camino en Machado tiene en su poesía varias formulaciones de muy diferente importancia, que oscilan desde el camino como elemento del paisaje —elemento natural o simbólico— hasta el camino como elemento metafísico.

El hecho —mínimo si se quiere— de que el primer poema de su primer libro se titule «El viajero», y de que dos de las partes de que consta en la edición de 1907 se llamen *Del camino y Galerías,* sustantivos ambos de tránsito, no debe pasarnos inadvertidos. No es necesario pensar que ello tenga una importancia capital, pero sí que puede ser sintomático y, como tal, sin mayores exigencias, debe ser considerado.

Para no desencaminarnos nosotros con consideraciones e ideas generales que luego no pudiéramos demostrar, dividiremos el tema en varios epígrafes, encabezados por un poema o una estrofa de Machado, que nos servirá de guión, y cuyo contenido desarrollaremos, dentro siempre de un sistema de referencias al resto de su obra, puesto que un poema, aunque sea criatura completa, mundo él mismo en sí, es también miembro de otro cuerpo más amplio, planeta de un sistema solar, el libro, dentro del cual adquiere pleno sentido, el cual se aumenta y completa a su vez al integrarlo en la obra completa del poeta, entero firmamento. Esto, por muy conocido, no debe olvidarse, y menos aún en Machado, poeta cuya concepción del mundo —concepción poética, naturalmente— es esencialmente problemática y compleja.

I. El viajero y su vuelta al hogar

Estrofa 1:

Está en la sala familiar, sombría, (1)
y entre nosotros, el querido hermano (2)
que en el sueño infantil de un claro día (3)
vimos partir hacia un país lejano. (4)

La primera estrofa del poema es, en realidad, el final del viaje, la vuelta del viajero al hogar de donde partió. El punto de partida del contenido del poema es su punto de llegada. Desde el principio sabemos que el ciclo está cerrado, que no asistiremos al desarrollo vital del viaje, sino a su clausura. El viajero no es el que parte, sino el que vuelve, el que «está» otra vez en la sala familiar, entre objetos conocidos, habituales, y entre seres también conocidos, habituales, de los cuales un día lejano, un claro día de infancia, de sueño nuestro de infancia, le vimos apartarse.

Frente aquel claro día de nuestra lejana infancia, en que sólo sabíamos que partía hacia un país lejano, hacia algún punto fuera de nues-

tra experiencia del mundo, ignorando por qué partía, y sin hacerse cuestión de ello, la sala familiar, principio y fin del viaje, está «sombría» hoy como lo estuvo ayer. El protagonista central, si así podemos expresarlo, de esta estrofa no es ni el viajero, del cual se nos dan dos aspectos, el partir y el llegar, o mejor, el haber partido y el acabar de llegar, confundidos en uno solo, convertidos en simultaneidad, ni el narrador del poema que «en el sueño infantil de un claro día» lo vió «partir hacia un país lejano», sino la sala familiar, sombría: lo inmutable. Usando la terminología orteguiana, la circunstancia adopta el carácter de la inmutabilidad, es inmovilidad, y el yo, sujeto de un acontecer, de un cambiar, queda apresado en su circunstancia, preso en lo inmutable. El sujeto del cambio queda dramáticamente convertido en sujeto de inmutabilidad. Antes de que empiece el viaje se nos presenta ya el retorno no en términos de sucesión, sino en términos de identidad. Pasado y presente quedan identificados y adquieren también carácter de inmovilidad. El tiempo ha sido sustituído por el espacio; el movimiento, por la quietud. Vivimos en un ámbito inmóvil.

Estrofa 2:

Hoy tiene ya las sienes plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Con la segunda estrofa comienza la descripción de la experiencia del viaje, contada no desde dentro, sino desde fuera. No como vivida, sino como observada. Los datos que se nos dan del viajero son, primero, físicos: tiene ya las sienes plateadas y un mechón gris sobre la frente. «Ya» es el índice temporal, la huella del tiempo transcurrido. Segundo, espirituales: su mirada inquieta, con inquietud fría, manifiesta que su presencia es sólo presencia del cuerpo, pero su alma está casi toda ausente. El está allí, su cuerpo está allí, pero no su alma. Aunque en la sala «está» el mismo que estuvo, sin embargo no «es» el mismo.

Estrofa 3:

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, en el fondo del espejo.

Esta estrofa tiene una doble función. De una parte, situarnos en un espacio más amplio: el ámbito que circunda la sala; y en un tiempo:

una tarde de otoño, reflejada en los cristales y en el fondo del espejo, dentro de la sala. Toda la estrofa está impregnada de tristeza: los árboles se deshojan, las copas otoñales, la humedad de los cristales, el parque mustio y viejo. Lo sombrío de la sala se refuerza con la invencible tristeza que desde afuera penetra en ella. Todo lo que es espacio es constitutivamente triste. De otra parte, la introducimos en el alma del viajero, en esa alma «casi toda ausente», al convertírnosla en presencia. El parque mustio y viejo, los árboles deshojándose, la humedad de los cristales, la tarde pintada en el espejo de la sala sombría son la imagen de esa alma casi toda ausente, la imagen triste de esa alma que es tristeza. El paisaje es la forma exterior del alma.

Las estrofas 4, 5, 6, 7 y 8 son esa misma alma vista por dentro.

Las tres primeras adoptan la forma de una pregunta, que se responde en la 6 y la 7.

Estrofa 4:

El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

Al conjuro de esta tristeza que constituye la estrofa anterior, el rostro del viajero se ilumina suavemente, tan suavemente como la luz de la tarde en el espejo, con una iluminación que es «mirada hacia adentro», contacto con la propia alma, con el fondo de la persona.

Desde fuera, desde el narrador, vienen las preguntas con intención discriminatoria. ¿Por qué esa suave iluminación del rostro? ¿Acaso floridos desengaños que el alma recuerda? ¿Acaso el pasado que revive? ¿O acaso el porvenir? ¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

Estrofa 5:

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

Tal vez la juventud perdida. No, esta juventud quedó muerta, lejos. No es la juventud vivida. Entonces la juventud que nunca vivió, la que soñó vivir al partir. ¿Teme volver a empezar el viaje, es decir, volver a querer vivir la juventud que soñó, la que nunca vivió? ¿Su vida, entonces, ha sido perder su vida? ¿Teme ahora volver a empezar?

Estrofa 6:

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

¿Acaso sonríe a la ilusión que le hizo partir, a la ilusión de una tierra soñada, de una meta que, al fin, después del viaje, después de haber vivido, no ha encontrado? ¿Sonriendo ve su nave, se ve a sí mismo, hender el mar sonoro, recorrer su propia vida, empezar a vivir, a navegar, llena el alma de ímpetu, de esperanza, hinchada la vela de viento y luz?

La pregunta, que empezó hacia el pasado, en la memoria; termina en la memoria, hacia el pasado. La vida del viajero, su camino, ha sido un caminar para volver al mismo punto, sin nada entre las manos, con toda el alma llena de tristeza. Porque lo que ha visto, lo que constituye su «evidencia», es:

Estrofa 7:

El ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas.

Lo que ha visto es lo mismo que acaba de ver, apenas vuelto: el otoño, las hojas amarillas rodar, la tristeza, lo que siempre se repite, idéntico a sí mismo..., y ha visto las ramas del eucalipto llenas de olor, los rosales que enseñan sus blancas rosas, otra vez. Sí, otra vez lo mismo, en otras formas, bajo otras apariencias. Por eso:

Estrofa 8:

Y este dolor que añora o desconfía
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Por eso la suma de su vivir, al final del viaje, es esa lágrima reprimida, esa lágrima cuya fuente es el dolor que añora en sueño no vivido, el sueño que nuestra vida quiso ser y que no fué, nuestra vida perdida según la hemos ido viviendo; y es el dolor que desconfía del nuevo sueño, que teme volverlo a empezar. El dolor de haber perdido nuestra vida y el temor de volverla a empezar otra vez, es la experiencia de nuestro caminar, la experiencia del viajero. Sólo cabe ya componer el rostro y guardar nuestro sufrimiento.

Estrofa 9:

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tic-tac del reloj. Todos callamos.

La impresión de inmutabilidad de la primera estrofa se nos acentúa al llegar a esta última. En realidad no se trata de dos estrofas, primera y última, sino de una sola estrofa, de dos aspectos de una misma estrofa. El movimiento temático del poema no es un movimiento lineal, sino de ondas concéntricas. Las estrofas inicial y final son, formalmente, las paredes del recipiente donde las otras están contenidas y el eje en torno al cual giran.

La sala sombría se concentra en dos puntos: el retrato y el tic-tac del reloj. La clave emotiva de la estrofa y de todo el poema es el «todavía», un todavía que nos es «siempre». El tic-tac es el ritmo enloquecedor de ese siempre. Todos callamos (1).

Este poema primero de la obra poética machadiana, cuyo análisis descriptivo acabamos de hacer, me parece contener algunas de las esenciales implicaciones del tema del «camino» y del caminante: la amargura del caminar, la gratuidad del camino, la imposibilidad de alcanzar la meta. Que el poema forma parte de una visión de la vida como camino me parece indudable y creo que salta a la vista. Su misma cargazón emotiva, la angustia inexplicable que provoca en nosotros, no podría explicarse sin ver en él una concepción del mundo, una concepción de la experiencia del vivir, que supone una metafísica hondamente arraigada.

Si recordamos que para Machado el pensar poético era siempre un acto vidente, deberemos concluir que los supuestos de su metafísica son siempre «videncias». Debemos, pues, preguntarnos cuál es la videncia que fundamenta el poema, que está en el origen del poema.

Debo antes aclarar un pormenor importante. El camino en Machado —en este caso el viaje— es un símbolo, y como tal símbolo no se constituye de una vez ni adopta el carácter de la invariabilidad, sino que se forma sucesivamente y se va enriqueciendo poco a poco, hasta cristalizar en un contenido complejo. En su formulación más simple el camino es, como he dicho al principio, la vida o, dicho en activo, el vivir. Pero el vivir es contemplado y sentido desde diferentes ángulos. La imagen del vivir no es simple, no tiene un solo valor, sino que es una suma de valores. La suma total es lo que constituye la totalidad del símbolo. Nosotros en nuestro análisis debemos averiguar los sumandos,

(1) Vid. el análisis que del poema hace Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*. Madrid, Edit. Gredos, pp. 119-23.

detectarlos, para que la suma nos sea comprensible y podamos entender la estructura y el funcionamiento del símbolo. Todo análisis es, en el fondo, descomponer las figuras de un caleidoscopio en sus elementos simples.

Intentemos responder a la pregunta que hemos hecho.

En otro poema de Machado encontramos todos los datos fundamentales que hemos hallado en éste, con la ventaja de que el mismo poeta nos da a conocer la videncia del poema, su fundamento:

Pasan las horas de hastío
por la estancia familiar,
el amplio cuarto sombrío
donde yo empecé a soñar.

Del reloj arrinconado,
que en la penumbra clarea,
el tic-tac acompasado
odiosamente golpea.

Dice la monotonía
del agua clara al caer:
un día es como otro día,
hoy es lo mismo que ayer.

Cae la tarde. El viento agita
el parque mustio y dorado...
¡Qué largamente ha llorado
toda la fronda marchita!

(LV, pp. 70-71) (2).

Los elementos de uno y otro poema se corresponden casi literalmente. Estancia familiar, amplio cuarto sombrío, infancia soñadora, tic-tac del reloj, reloj que clarea (el otro, retrato), caer de la tarde, el parque mustio y dorado otoñal, la fronda marchita... Los objetos idénticos corresponden a una situación idéntica. Sabemos que es típicamente machadiano el que a una misma situación existencial corresponden siempre los mismos objetos y casi las mismas palabras. Pero esta vez, la experiencia interior, la videncia, aparece explícita: el hastío.

Al analizar la primera estrofa decía que vivíamos en un ámbito inmóvil. Ahora ya sabemos que la razón de ese ámbito es el hastío. El tema hondo de «El viajero» será, pues, la vida como hastío, o mejor, la vida en cuanto hastío. ¿Significa esto que la vida es fundamentalmente hastío? No, sino que el hastío es un aspecto del vivir, pero

(2) La edición que manejo es *Poesías Completas*. Madrid, Espasa Calpe, 1946.

no el vivir. En seguida lo veremos. Por otra parte, el hastío no es algo que se es, sino algo en que se está o se puede estar: un estado. Por tanto, el hastío no se puede entender sin ser referido al tiempo. ¿Cuál es en el poema que comentamos el modo de la relación entre tiempo y hastío?

Machado distinguía entre el tiempo interior y el tiempo exterior, a los que llamaba, respectivamente, el «tiempo psicológico» y «el tiempo del reloj». Detengámonos un poco en su descripción. El hombre —dice Machado— es el animal que mide su tiempo, que necesita medir su tiempo, necesidad que nace de creencia en su mortalidad al mismo tiempo que de su aspiración a la eternidad. El tiempo del reloj es el tiempo matemático, en el fondo un sofisma, porque pretende que «una hora bien contada no se acabaría nunca de contar». Es un tiempo que nada tiene que ver con el tiempo del hombre que es «realidad última de carácter psíquico, que tampoco se cuenta ni se mide».

El tiempo del reloj desvirtúa la realidad del tiempo psicológico, convirtiéndola —«ñoñificándola», dice Machado— en «una trivial impaciencia por que suene el tac, cuando ha sonado el tic» (*J. de M.*, páginas 274 y 291) (3). Si aplicamos este «tiempo del reloj» al tic-tac del reloj de nuestro poema y añadimos el «día es como otro día», «hoy es lo mismo que ayer», del poema «Hastío», obtendremos el siguiente resultado: el tiempo que el viajero ha vivido, el tiempo de su vida que evoca al entrar dentro de sí mismo, el tiempo psicológico, que es el verdadero, se ha convertido en tiempo del reloj. Sólo su tic-tac suena en el hogar. Las horas de este reloj son horas de hastío, porque miden un tiempo vacío. (Vid. pág. 185.)

Ahora podemos entender por qué el hastío no es el vivir, sino un aspecto del vivir. La vida sólo es hastío cuando se vive con y en «el tiempo del reloj». O en fórmula bergsoniana, la vida es hastío vivida como tiempo exterior. ¿Qué será, pues, cuando vivida como tiempo interior? Esta ya es otra cuestión, que no cae dentro de nuestro tema.

Pasemos ahora a otras formulaciones del tema del camino.

II. La experiencia del camino

La experiencia del camino es una visión del hombre y de su vida. No ya experiencia interior, referida al propio vivir, sino al de los demás. Este camino desde donde se otea el ajeno vivir es suma de caminos, pluralidad de experiencias:

---

(3) *Juan de Mairena.* Madrid, Espasa Calpe, S. A. 1936.

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

A dos tipos de humano vivir se reduce la experiencia del ajeno vivir. De un lado, los que viven encerrados en sí mismos, ebrios de su propia oscuridad:

soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y los que creen saber porque están al margen de la vida, porque se han negado a participar en ella:

y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Todos ellos forman

caravanas de tristeza

y son

mala gente que camina
y va apestando la tierra.

De otro lado, gentes sencillas, cuyo vivir transcurre apegado a la tierra sin levantarse de ella, sin otra preocupación que divertirse, cuando pueden, y trabajar:

gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Gentes que ni preguntan ni exigen, sino que aceptan cuanto les llega, ni tienen prisa de llegar a algún sitio ni les importa el sitio adonde llegan:

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son gentes, en el fondo, buenas, cuya existencia es un pasar, sin pena ni gloria, trabajando y soñando, hasta que les llega la muerte y vuelven a la tierra, un día cualquiera que no se diferencia de los demás:

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos
descansan bajo la tierra.

(II, pp. 11-12.)

Es indudable que por debajo de esta amarga visión del humano vivir hay una visión más concreta del hombre español de su tiempo, tal como, trágicamente, la sintió la generación del 98.

III. El camino y la meta

¿Adónde va el camino? ¿Qué buscamos al final del camino? He aquí las dos preguntas que Machado se hace y a las que se responde de muy diversos modos, sin acabar de saber, hundiéndose, unas veces, en la angustia y en la desesperanza, y ascendiendo, otras, a la esperanza y a la ilusión. El hecho de que a las mismas preguntas se responda de distintas maneras no nos autoriza a pensar que para Machado fuese verdadera una respuesta y la otra no, y, por tanto, que lo condenemos o lo salvemos. Machado fué, como al principio he dicho, un hombre problemático. Solucionar nosotros el problema, eligiendo una o la otra solución, sería ir más allá de Machado o quedarnos más acá. Se trata, pues, de estudiar su poesía, como poesía problemática, sin virar a un lado ni a otro, mas navegando por dentro de ella.

A) *Las preguntas*

La primera pregunta la encuentro en un poemita de forma simple y fácil simbolismo, en apariencia, pero en realidad complejo, como los mejores poemas machadianos. El gran milagro de esta poesía es la simplicidad con que se nos aparece, la rapidez e intensidad con que nos impregna el corazón, a donde va directamente, no obstante la difícil estructuración interna que le dió origen. Porque lo típico de Machado es que siendo un poeta difícil, se nos aparezca fácil. Lo leemos como si bebiéramos un vaso de agua fresca, y, sin embargo, cuántas capas impiden nuestro paso cuando queremos descender hasta su hondo mar, hasta el centro de donde mana. Es sencilla como la sencillez del agua que vemos correr o del pájaro que vemos volar. ¡Pero qué hondo secreto

y qué complejo equilibrio en el agua y en el vuelo del pájaro! ¿En qué radica este equilibrio de complejísima raíz? Para mí fundamentalmente en esto: en la perfecta fusión entre realidad exterior y realidad interior, entre mundo y persona, entre lo que el poeta encuentra y lo que pone, entre materia y alma. Copiemos el poemita en cuestión, muy conocido:

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...

(P. C. XI, pp. 22-23.)

¿Qué encontramos aquí? Los mismos elementos que en casi todos los poemas de Machado: el paisaje, mundo exterior, y el corazón, mundo interior. De un lado, materia; del otro, alma. Sólo que no son indiferentes uno al otro. Aparecen trabados, entrando uno en el otro, trasvasando sentidos. Se necesitan mutuamente para estar completos. El poeta va soñando caminos de la tarde en medio del campo. Desde el camino ve colinas doradas, verdes pinos, polvorientas encinas. Y se pregunta a sí mismo adónde irá el camino y, por tanto, adónde irá él al seguirlo. A lo largo del sendero, el poeta va cantando. Su copla es copla del alma, honda copla, copla de amor y dolor:

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón.

Y apenas la copla dicha, el campo, silencioso y sombrío se queda meditando. ¿Qué ha pasado? De las colinas doradas, de los verdes pinos y polvorientas encinas hemos pasado al campo mudo y sombrío, y un campo que ya no es materia, sino alma: medita. Entre las colinas doradas y el campo sombrío hay la tarde que cae, pero justamente en ese momento, no antes ni después, la copla ha sonado. Y es esa copla, y no la tarde que cae, la que nos ha llevado al campo sombrío. No estamos ya en un paisaje natural, simple, sino en otro muy distinto, cargado de simbolismo, afectado de alma. Ya no lo contemplamos con los ojos del cuerpo, mas con los del espíritu. Tal es la razón de que ese viento que suena en los álamos del río suene en nuestro mismo corazón, estremecidamente. Pero hay más. Hay la respuesta, llena de misterio, a la pregunta primera: ¿adónde el camino irá?

El camino no va; se enturbia y desaparece. Sólo queda la copla cantando:

Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.

La pregunta ha quedado sin contestar. El poema es esa pregunta.

En cuanto a la segunda pregunta: ¿qué buscamos al final del camino? La podemos encontrar en otro poema de clima mucho más angustiado. Y es también una pregunta que no se responde. Las respuestas están en otros poemas que en seguida analizaremos.

Ya no entre colinas doradas, sino por una tierra desnuda, el poeta avanza, llena de lamento el alma, lamento tristísimo, más que lamento aullido, como de loba famélica, lanzado al horizonte. Aullido que se resuelve en una pregunta: ¿qué buscas en el horizonte?

Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido,
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

¿Qué buscamos al final del camino? Si es amargo el caminar, porque el camino pesa en nuestro corazón, y sólo hay viento helado, y la noche que nos asalta, y la distancia que nos llena de amargura:

Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón. ¡El viento helado
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia!...

Si sólo encontramos signos de muerte en nuestro camino, yertos árboles negros, y allá lejos, en los montes la luz ha muerto, y no queda más que su rastro, oro y sangre, ¿qué buscamos al final del camino?

... En el camino blanco
algunos yertos árboles negrean;
en los montes lejanos
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

(P. C. LXXIX, p. 90.)

Otro poema, pues, que es todo él una pregunta.

B) *Las respuestas*

1.ª *El camino y la muerte*

Interesa por ahora dilucidar cuál es la relación camino-muerte, sin entrar en la consideración de qué sea la muerte en sí.

De todas las presencias que acompañan al caminante a lo largo de su camino o que le esperan en una revuelta de él, ninguna tan intensa, tan cercana, tan continua, como la presencia de la muerte. Presencia misteriosa, con el rostro medio oculto al que asoma un gesto de desdén, pegada al hombre como su sombra, y fugitiva siempre. Una presencia que nunca responde, que aguarda siempre:

Siempre fugitiva y siempre
cerca de mí, en negro manto
mal cubierto el desdeñoso
gesto de tu rostro pálido.

y de la cual no sabemos nada:

No sé adónde vas, ni dónde
tu virgen belleza tálamo
busca en la noche. No sé
qué sueños cierran tus párpados
ni de quién haya entreabierto
tu lecho inhospitalario.

Nada sabemos sino que es el vocativo más estremecedor, el Tú de compañía siempre muda:

Conmigo irás mientras proyecte sombra
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

Nuestra relación con la muerte es un diálogo buscado y nunca conseguido. Todas nuestras preguntas quedan sin respuesta y nunca acertamos cuál es el sentido de su presencia, qué significa en nuestro camino:

¿Eres la sed o el agua en mi camino?
Dime, virgen esquiva y compañera.

(XVI, p. 29.)

Es decir, ¿eres algo en mí, algo que me constituye, eres esta ansia que yo soy de algo que no tengo, o fuera de mí eres la satisfacción de mi ansia, donde podré calmar mi sed? ¿Eres la sed que tengo o el agua que no tengo?

Preguntas sin respuestas todas las que se le dirigen. De la muerte sólo podemos afirmar su presencia y su silencio. ¿Y en relación al final del camino? ¿Será la muerte lo que buscamos?

No se trata de saber si la encontramos al final del camino, porque nuestra vida la encontrará en la meta, puntual a la cita:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.
(XXXV, p. 44.)

Se trata de saber si sólo la encontraremos a ella, a la muerte, y si la muerte será acabamiento, absoluto final de camino, definitiva meta. ¿Es posible este saber?

... Saber, nada sabemos,
de arcano mar venimos, a ignoto mar iremos.
(CXXXVI, p. 208.)

En realidad, la relación camino-muerte no nos ilustra nada acerca de lo que la muerte sea, sino que nos aboca a la pregunta esencial: ¿Qué es la muerte? ¿De la fórmula machadiana «ya nuestra vida es tiempo», podemos concluir, como hace Serrano Poncela, la identificación con «el hombre—para la muerte—heideggeriano»? ¿Es para Machado la muerte fin absoluto? He aquí las preguntas que intentamos contestar al ocuparnos en otro trabajo de la muerte. En este apartado mi intención era mucho más modesta: la muerte desde el camino. Y la muerte desde el camino es una realidad que no responde cuando se la interroga, que desdeña respondernos, y de la cual sólo sabemos que indefectiblemente nos acompaña y nos aguarda. Sabemos que vamos a ella, que nuestro caminar, como tiempo que es, es un ir a la muerte. El hombre que camina es un ser hacia la muerte. Pero nada más sabemos. Entre el misterio de donde venimos y el misterio a donde vamos está el grave enigma:

Y entre los dos misterios está el enigma grave.
Tres arcas cierra una desconocida llave.
(Idem.)

Es decir, no desde la muerte, sino desde la existencia hemos de resolverlo; no a la muerte, que no responde, sino a algo o alguien, que no es la muerte, hemos de preguntar. La llave que abra las tres arcas —la de nuestro origen, nuestro fin y nuestra existencia, camino entre las dos—podría desvelarnos el enigma y aclararnos los dos misterios.

2.ª *El camino y el salmo*

Si la muerte es una presencia constante e insobornable que nos acompaña tanto como nos aguarda al final, pero muda presencia y cerrada a toda pregunta, hay, sin embargo, otra compañía, no tan

constante, sino visible sólo en muy contados casos, que aparece súbita e inesperada en una revuelta del camino, o al final, haciendo signos, ademanes, y a la cual no se le pregunta, sino que se le responde desde el mismo centro del corazón. Es una presencia que no dice su nombre, pero que nos llama, y a su llamada responde el poeta con un salmo, apenas dicho, más bien rezado. No obtiene de nosotros un canto, sino un rezo humilde, hondo, que nos pacifica y suaviza la amargura del caminar.

La hora de esta presencia no está marcada por la angustia, sino por la paz. El tiempo deja de conducirnos a la muerte, para conducirnos al interior de nuestra alma, y brota como un florecer. Es una hora florida en nuestro camino, que nos asalta en una revuelta umbrosa, al desembocar en un humilde valle:

En la desnuda tierra del camino
la hora florida brota,
espino solitario,
del valle humilde en la revuelta umbrosa.

Apenas esta hora florida es como un espino solitario, y, sin embargo, nuestra voz, descargada de su angustia, de su amargura, es un salmo verdadero que de nuevo conquista nuestro corazón y sale tenue de él y nace de nuestra boca hecho palabra balbuciente, rota y temblorosa:

El salmo verdadero
de tenue voz hoy torna
al corazón, y al labio,
la palabra quebrada y temblorosa.

(XXIII, p. 36.)

¿Y qué es ese salmo verdadero? Es palabra en silencio, palabra musitada en lo profundo del alma, plegaria humilde y solitaria que nace cuando el alma llora y cuyo llanto no se sabe, en la raíz misma del alma, en sus más escondidas bóvedas, si es una voz o un eco:

Yo me asomo a las almas cuando lloran
y escucho su hondo rezo,
humilde y solitario,
ese que llamas salmo verdadero;
pero en las hondas bóvedas del alma
no sé si el llanto es una voz o un eco.

(XXXVII, pp. 45-46.)

¿Y cuál es el efecto de este salmo verdadero?

Por una parte tiene la virtud de adormecer las viejas angustias, de apagar las palabras gritadas que la angustia nos dicta, palabras que

sólo, como las otras, van a morir en una playa estéril, porque el final de toda angustia es la sequedad, la esterilidad:

Mis viejos mares duermen; se apagaron
sus espumas sonoras
sobre la playa estéril. La tormenta
camina lejos en la nube torva.

Por otra parte, alejada la amenaza, la tormenta del cielo del alma, ésta se llena de paz, y siente sobre sí un hábito bienhechor, protector, y en la soledad feliz, bienaventurada, ve aparecer una sombra, la sombra de una presencia:

Vuelve la paz al cielo;
la brisa tutelar esparce aromas
otra vez sobre el campo, y aparece,
en la bendita soledad, tu sombra.

(XXIII, p. 36.)

Es indudable el contenido simbólico del poema que acabo de describir. En la tierra desnuda del camino, en la aridez de nuestro camino, brota de pronto la hora florida, la hora fecunda, en que el alma desciende hasta sus senos y alejada la angustia se llena de paz, y puede el corazón y el labio decir un salmo verdadero y tembloroso. Y al decirlo, en nuestra soledad, aparece una sombra. ¿La sombra de quién, de qué presencia? «Tu sombra», dice Machado. ¿Quién es, pues, este tú, cuya sombra es el premio, el final de esta paz? ¿Quién es este tú anunciado en su sombra que parece acudir cuando el corazón dice su rezo humilde?

No sería lícito concluírlo del poema de Machado, puesto que en él no se nos dice abiertamente. Cierto que la emoción, el clima del poemita, nos hace intuir de qué presencia se trata; pero nuestra intuición debe ser afirmada, no en nosotros, sino en Machado. La prueba de nuestra intuición debe ser descubierta en su poesía. ¿Hay, pues, algún poema, algún verso siquiera que nos dé la respuesta? En efecto, lo hay, y su testimonio no creo que deje lugar a dudas. El tú que nosotros buscamos, ya no como sombra aparece, sino como mano: la mano del sembrador de estrellas. Mano que hizo sonar la música olvidada en el alma, como una nota de una inmensa lira, de una inmensa armonía, a cuyo son vino a nuestros labios el salmo, las palabras verdaderas, el mismo salmo que adormeció nuestra angustia, que nos hizo abandonar la palabra clamorosa y trajo a nosotros la paz:

Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

(LXXXVIII, p. 97.)

No creo deje lugar a dudas la similitud de clima, la identidad de la situación que une ambos poemas. La sombra del primero y la mano del segundo son sombra y mano de un mismo tú, de una misma presencia: la del sembrador de estrellas, que responde al salmo o que provoca el salmo.

¿Hay, pues, alguna repugnancia, alguna imposibilidad que impida identificar en este sembrador de estrellas a Dios? ¿No es acaso Dios quien responde al salmo verdadero, al que nace de lo hondo del alma, cuando ésta llora, con su Presencia, no plena, sino sombra de Presencia; y no es también Dios quien hace sonar la música olvidada en el alma, como nota de la total armonía, y hace brotar en ella el salmo, las pocas y humildes palabras verdaderas que son la esencia de toda plegaria?

Por otra parte, hay algo que afirma nuestra identificación. Ese breve, pero significativo inciso «en sueños», que aparece en el primer verso. Una de las vías de manifestación de Dios en la poesía machadiana es el sueño. No hace falta aducir textos, porque de sobra son conocidos.

* * *

Es indudable, y ya anteriormente lo he apuntado, que el paisaje, en muchos poemas machadianos, tiene un valor espiritual, no en consonancia con el mundo exterior, sino con el mundo interior. En este sentido es el paisaje un paisaje del alma, o mejor, el alma misma recorrida en profundidad y en extensión, hecha visible en el poema. Machado fué un poeta vuelto hacia el interior de sí mismo, buscando siempre ahondarse, dar a luz las más secretas cámaras del alma, sus galerías, sus pasadizos, sus más escondidos rincones. Su vocación de conocimiento de sí mismo le hacía necesaria la exploración incesante del alma, y, su vocación de poeta esencial, cantor de esencialidades, le llevaba a convertir en imagen, en desenvolvimiento explícito, cuanto constituía su vida espiritual. Toda su poesía es un estremecido y continuado empeño de hacer visible, por medio de la palabra cuanto, por esencia, era invisible. En realidad, la poesía de Machado, como la de todo auténtico poeta, atenta al alma, es un sistema de encarnaciones. Lo propio del poeta no es un decir abstracto, sino un decir encarnado;

por lo que todo poeta vive y realiza en su poesía un continuo proceso de encarnaciones. Toda la técnica poética, todos los procedimientos poéticos —metáfora, imagen, símbolo visión— son instrumentos para encarnar su pensamiento, su intuición, su sentimiento, su sensación de la realidad, sea ésta abstracta o sensible.

Machado es de todos los poetas españoles, junto a Juan Ramón Jiménez y San Juan de la Cruz, el que más intensamente ha encarnado en un cuerpo visible, completo de miembros, lo que en sí es invisible. La fuente, el agua, los rosales, las galerías, los espejos y otros tantos vocablos que continuamente aparecen en su poesía, no son realidades exteriores, sino signos, indicaciones, formas, objetos de su mundo interior.

Ante nosotros se produce el milagro, no de paisaje, que es un estado de alma, sino de un alma que se ha hecho paisaje, que se ha encarnado. Y así, viajar por ciertos paisajes machadianos, es viajar por los campos y jardines y huertas y cámaras y senderos de su alma.

* * *

Momentos hay en nuestra vida en los que pasa a nuestro lado la sombra de un amor santo, a cuyo paso sentimos necesidad de acordar nuestra alma a cuanto nos rodea y queremos decir un dulce salmo:

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.
Acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de abril.

un dulce salmo que plenifique cuanto en nosotros es aroma y música, cuanto en nosotros hay de inefable:

Madurarán su aroma las pomas otoñales,
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;
exhalarán su fresco perfume los rosales,
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.

y eleve hacia lo alto, hacia el altar, la razón de nuestra plegaria, suave y cándida:

Al grave acorde lento de música y aroma,
la sola y vieja y noble razón de mi rezar
levantará su vuelo suave de paloma,
y la palabra blanca se elevará al altar.

(XX, p. 34.)

¿A qué tipo de vivencia pertenece la que está a la base de estos poemas? Por los elementos que los forman, tan semejantes en todos

ellos, nos inclinamos a pensar que se trata indudablemente de una vivencia religiosa. En un hombre que de sí mismo dice ser uno de los pocos a quienes en España preocupa la cuestión religiosa, y para quien ésta es la cuestión central (4), ¿podemos extrañar que escriba algunos poemas cuyo origen sea una vivencia religiosa? Siempre que de la formación de Machado se trata, se habla de la poderosa influencia de la institución libre de enseñanza. Pero nunca se cita otra influencia que debió dejar huella en Machado: la de doña Ana Ruiz, su madre. En una poesía que tan hondo valor da al recuerdo infantil, al mágico mundo de la infancia, no falta, desde luego, un poema en que aparezca la presencia de la madre. El poema, además, lleva un título significativo: Renacimiento. Es un poema de nostalgia, ¡como tantos otros de Machado!, en el que el poeta añora el alma niña, llena de alegría y clara luz, y desea volver a nacer y andar de nuevo el camino, recobrando la perdida senda, conducido por la mano buena de la madre:

Galerías del alma... ¡El alma niña!
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...

¡Ah, volver a nacer y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!

Y volver a sentir en nuestra mano,
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre... Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva.

(LXXXVII, p. 96.)

Falta una biografía de Antonio Machado en donde pudiéramos encontrar datos precisos acerca de su madre. Tal vez nos explicaría en buena medida la razón profunda de esta vuelta constante de Machado a su infancia, como buscando algo que perdió, y que, a veces, siente despertar de nuevo. Esa vuelta a la infancia, que es un volver

(4) «Empiezo a creer que la cuestión religiosa sólo preocupa en España a usted y a los pocos que sentimos como usted.» «La cuestión central es la religiosa, y ésa es la que tenemos que plantear de una vez.» Ambos textos se encuentran en una carta a Unamuno (vid. *Los Complementarios,* Buenos Aires, Edit. Losada, S. A., 1957; pp. 163-68). ¿Qué valor y alcance podemos dar a estas palabras? El hecho de que aparezcan precisamente en una carta, género el más apropiado para expresarse con sinceridad, sobre todo si no es una carta literaria, sino privada, no destinada a la publicación, y el hecho de que vaya dirigida a Unamuno, que sí era una naturaleza religiosa profunda, inclinan a pensar sin reservas que podemos fiarnos de ellas. Pero, además, un texto de Machado viene a confirmárnoslo: «Empiezo a comprender el valor de las cartas: en ellas se dice lo que se siente, fuera del ambiente social, donde ni el hombre se oye a sí mismo ni oye a su prójimo» *(Los Complementarios,* p. 176).

a la luz y a la alegría, como él mismo repite una y otra vez, es en Machado insistente y tiene tan hondas resonancias en su obra.

La madre, a la que recuerda en otro poema, una tarde de primavera temprana:

tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en sus macetas.

(VII, pp. 17-18.)

debió dejar marcada su huella en la infancia del poeta. Repito que faltan datos que permitan afirmar cuál fué la índole de esta influencia. Pero, ¿no es lícito sospechar que ésta fuera esencialmente religiosa?

Hay veces en que nuestras intuiciones de lector no encuentran pruebas suficientes que las corroboren, pero tampoco pruebas que las destruyan, con lo cual permanecen como en estado pasivo en nosotros, como mercancía de contrabando, que no nos atrevemos a denunciar ni a abandonar. Tal es para mí el caso de la relación entre la nostalgia machadiana de la infancia y la nostalgia del sentimiento religioso. Ni puedo afirmar ni puedo negar. Pero sí puedo apuntarla, por aquello de que *forse altro cantera con miglior pectro.*

No obstante, antes de terminar este apartado, abramos un brevísimo paréntesis.

En la última estrofa del poema número III de «Soledades» está escrito:

¡Alegría infantil en los rincones
de las ciudades muertas!...
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

Aquí esta nuestro punto de partida. ¿Qué es ese «algo nuestro de ayer, que todavía vemos vagar por estas calles viejas»?

En otro poema (LXV) titulado «Sueño infantil», en la segunda estrofa, escribe:

era luz mi alma
que hoy es bruma toda.

Es la respuesta a nuestra pregunta.

Y en el poema LXVII, al alabar unos ojos, dice de ellos:

... vuestros ojos tienen
la buena luz tranquila,
la buena luz del mundo en flor, que he visto
desde los brazos de mi madre un día.

Si a estas citas juntamos la del «Renacimiento» y añadimos ese dolorido verso del final de «Muerte de Abel Martín», en el que después de gritar ese magnífico «¡Oh!, sálvame Señor», y antes de apurar «el limpio vaso de pura sombra lleno» de la Muerte, dice:

Ciego, pidió la luz que no veía.

¿Podemos negar a nuestra intuición una razón de ser? Y con esto queda cerrado el paréntesis (5).

El salmo es, pues, respuesta, pero también salutación gozosa y humilde —unas pocas palabras verdaderas— a esa luz que estaba en lo hondo del alma, desde la infancia, y surge de pronto en una revuelta del camino. Luz que, otras veces se manifiesta en sueños, anunciando al peregrino acaso el fin de su caminar, iluminándole la última etapa del camino:

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.
Luz en sueños. ¿No tiemblas, andante peregrino?
Pasado el verde llano, en la florida loma,
acaso está el cercano final de tu camino.

IV. La otra ribera

Para concluir nuestro recorrido todavía quedan dos formulaciones del tema del camino en relación con su final. Una, esperanzada, que deja una puerta abierta a la ilusión, y desesperanzada la otra, que cierra sombriamente todas las puertas a la ilusión y a la esperanza. Una que aboca a la posibilidad de Dios como término del caminar; otra que nos conduce inexorablemente a la Nada.

La primera solución fué, probablemente, uno de los sueños más constantes y hondos de Antonio Machado, con ese soñar que en él no fué apartamiento de lo real, evasión, ni tampoco compensación de su angustiada vigilia ni refugio para las horas tristes, sino un nuevo y personal modo de vigilia, un procedimiento para conectar más profundamente con lo real, un instrumento de conocimiento poético.

El tema me parece encontrarlo en el poema XXVII de «Soledades»:

La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizás el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria.

---

(5) Véase también lo que Dámaso Alonso dice a ese respecto en su trabajo *Poesías olvidadas de Antonio Machado* (Cuadernos Hispanoamericanos, p. 369, Madrid, sept.-dic. 1949, pp. 335-381).

Mas no es tu fiesta el Ultramar lejano,
sino la ermita junto al manso río;
no tu sandalia el soñoliento llano
pisará, ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,
la tierra verde y santa y florecida
de tus sueños; muy cerca, peregrino
que desdeñas la sombra del sendero
y el agua del mesón en tu camino.

Esta tierra de promisión y este cenit del nuevo día aparece en Machado en otra ocasión, con nombres distintos, que veremos en seguida, como un premio dado al caminante que no se detiene a gozar de cuantas solicitaciones gratas le ofrece el camino, o unido a la presencia de unas hadas bienhechoras, hadas que acunaron la infancia del poeta.

Así en el poema XXXIV de Soledades la primera y la última estrofa:

Me dijo un alba de la primavera:
Yo florecí en tu corazón sombrío
ha muchos años, caminante viejo
que no cortas las flores del camino.

....

Pero si aguardas la mañana pura
que ha de romper el vaso cristalino,
quizás el hada te dará tus rosas,
mi corazón tus lirios.

Este negarse a «cortar las flores del camino», este «desdeñar la sombra del sendero y el agua del mesón en tu camino», creo que podría ser interpretado, con las necesarias reservas, guardando, naturalmente, las distancias, en el mismo sentido en que San Juan de la Cruz comenta en su «Cántico Espiritual» el verso 3 de la estrofa tercera:

ni cogeré las flores.

«Y en éste dice que no cogerá las flores que encontrare en este camino, por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida, que le podrían impedir el camino, si cogerlos y admitirlos quisiese.»

En este camino de perfección interior, de búsqueda que Machado recorrió en todos sentidos, el poeta nos aparece como alguien que, con

un gesto ascético, mantiene vecía su copa de cuantos goces le ofrece la vida:

y guardar el secreto
de nuestros rostros pálidos,
porque en las bacanales de la vida
vacías nuestras copas conservamos.

(XXVIII, «Soledades».)

Y así se nos presenta a sí mismo, buscador de Dios, errando perdido como un niño que no participa de la fiesta, porque su corazón está demasiado lleno de pena y de nostalgia:

Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo...

(LXXVII, p. 88-89.)

También las hadas, protectoras de la infancia y hacedoras de alegría, aparecen al término feliz del caminar, término que es visto desde el sueño:

... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida,
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día.

Por último, cabe encontrar «más allá la alegre canción de un alba pura» (XVII, «Soledades»). Más allá de la muerte le responde el silencio a don Antonio, cuando éste cree llegada su hora:

encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.

(XXI, «Soledades».)

Desde la esperanza, morir puede ser, pues, ir «hacia otra luz más pura»:

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fué por una senda clara...,
y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alma...

(«Poesías completas», XXXIX.)

Frente a esta «luz más pura» y esta «otra riberá», término feliz del caminar, la Nada aparece, en otras ocasiones como una amenaza, matando todo impulso esperanzado:

Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera.
(P. C., XIII.)

De los varios sentidos simbólicos que el mar tiene en la poesía machadiana es éste de la muerte como acabamiento; como Nada, el más frecuente:

I

Oh, tú, que vas gota a gota,
fuente a fuente y río a río,
como este tiempo de hastío
corriendo a la mar remota...
(P. C., CXXVIII.)

II

... El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.
(P. C., XVIII.)

III

Dulce goce de vivir:
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.
(P. C., LVIII.)

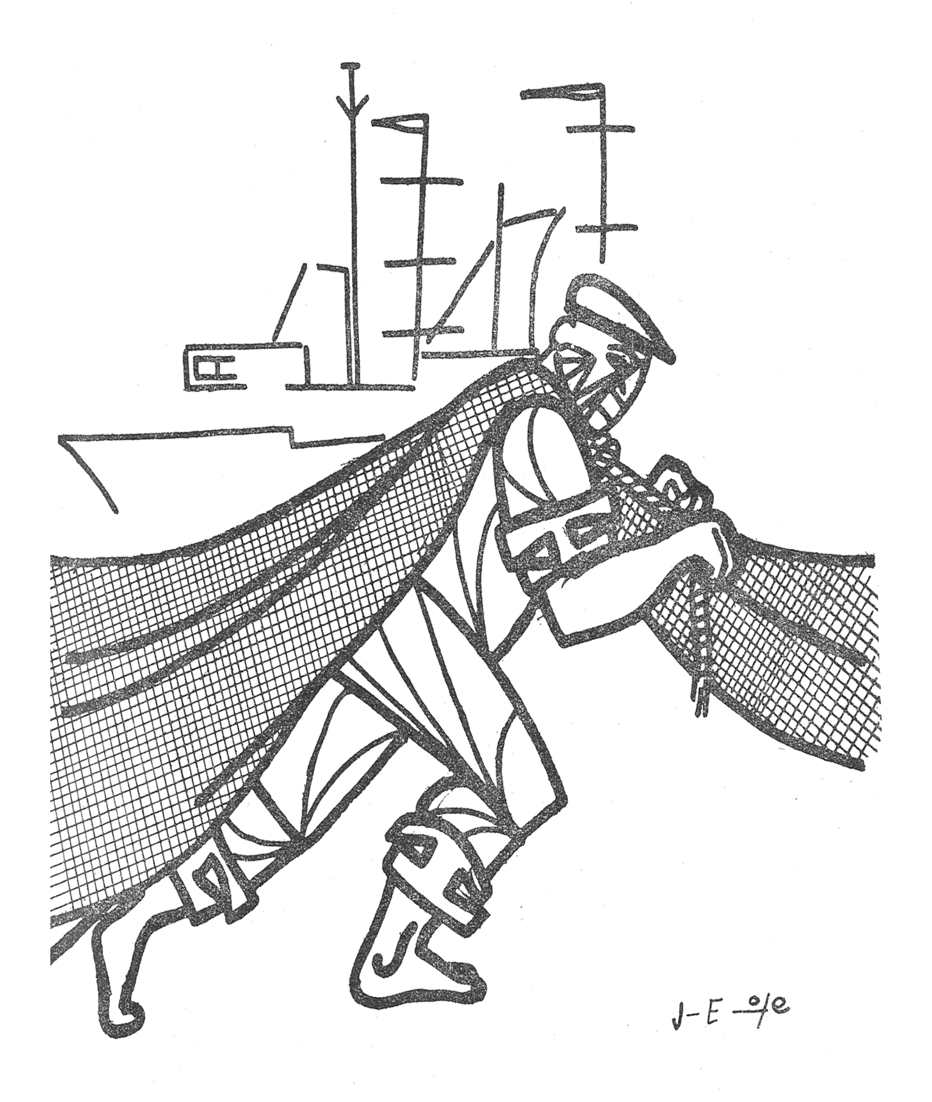
Y, sin embargo—¡siempre el sin embargo cuando de Antonio Machado se habla!—, la afirmación del morir como final absoluto del camino no fué nunca constante en su poesía. Siempre a esta amarga posibilidad cabe encerrarla entre interrogantes, y oponerle otra:

Morir... ¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo?
(CXXXVI[45], p. 217.)

No he pretendido agotar el tema del camino y del caminante en la poesía de Machado, sino señalar algunos de sus aspectos. Aspectos que nos han revelado algo que es esencial a toda la obra machadiana: su esencial problematismo. No en vano el poeta, en uno de sus hondos y dolorosos momentos de sinceridad, escribió:

«Yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos.» (*Juan de Mairena*, I, pág. 32.)

F. Ruiz Ramón
Maridalsveien, 32, 3.ª
Oslo



HISPANOAMERICA A LA VISTA

HONDURAS

POR

CARLOS HIDALGO H.

I. PANORAMA GENERAL

A) Geografía

El conocimiento de la tierra, la gente y la historia de Honduras es fundamental para entender la realidad socioeconómica del país en sus varios aspectos.

Aunque la superficie de Honduras no ha sido todavía medida con exactitud, se estima ser aproximadamente unos 113.000 kilómetros cuadrados, o sea uno de los países más grandes del Istmo centroamericano. El país cuenta con unos 630 kilómetros de costa en el Atlántico, mientras que su costa en el Pacífico sólo es de unos 150 kilómetros (1).

Las mejores tierras para cultivo en Honduras se encuentran en la fértil llanura y en los valles a lo largo de la costa Atlántica, y en menor escala en la costa Pacífica. Por desgracia, Honduras no tiene grandes y anchas mesetas como las tienen Guatemala, El Salvador y Costa Rica.

La mayor parte de la población hondureña vive en la llanura litoral del norte y sur del país, como también en las montañosas regiones centrales y sudoccidentales. Las regiones montañosas no sólo son sumamente escarpadas, sino que también contienen tierras pobres y gastadas por la erosión, lo que hace díficil su explotación agrícola.

La agricultura de subsistencia constituye el método de cultivo predominante en tales regiones. El sudeste de Honduras tiene tierras muy similares; sin embargo, entre las altas y escarpadas sierras de Honduras hay varios y extensos valles que podrían cultivarse con buenos sistemas de irrigación.

La región de la costa del Atlántico es la que goza del mayor intercambio comercial, tanto hacia el interior como en el campo internacional. La relativa superioridad de esta región litoral se debe a que las compañías fruteras tienen en esos lugares un sistema de

(1) *Anuario Estadístico* (Tegucigalpa D. C., Honduras: Dirección General de Estadística y Censos, 1960), pág. 5.

transporte propio para acarrear sus productos. Las líneas férreas del país se limitan a esta región y los principales puertos marítimos se encuentran allí.

Aun hoy día, Honduras sólo posee cerca de 4.500 kilómetros para el transporte terrestre, en los cuales van incluídos unos 1.300 kilómetros ferroviarios. Cabe mencionarse que de este kilometraje ferroviario sólo unos 130 kilómetros son estatales; los restantes pertenecen a las compañías fruteras, que principalmente los utilizan para el transporte de sus productos a lo largo de la costa Atlántica; es decir, que no contribuyen en mayor grado a la penetración del país.

La topografía accidentada del país constituye un formidable obstáculo al desarrollo económico de Honduras, ya que presenta grandes dificultades para la construcción de carreteras e impide el movimiento de la fuerza de trabajo. Así se perpetúa el aislamiento de la población, la cual no ha tenido la oportunidad de gozar del intercambio comercial y sólo podrá hacerlo mejorándose la red de transporte del país (2).

El clima de Honduras está, en gran parte, determinado por los vientos alisios. Los vientos alisios del sudeste soplan en la costa pacífica y en toda la región del sudoccidente. Durante los meses de verano y otoño, de mayo hasta octubre, estos vientos son intensificados por el ímpetu del viento monzonal, que es el determinador de la lluvia en la costa pacífica. En el invierto y la primavera, los vientos alisios del noroeste, procedentes del Atlántico, penetran en el interior del país y soplan hasta la costa del Pacífico, perdiendo en ruta la humedad, con lo que resulta, por lo tanto, un clima seco. Otros vientos norteños causan baja de temperatura y producen lluvias en la costa norte y en los declives de las montañas.

Los huracanes del Atlántico afectan raramente el interior del país. Los ventarrones están en su mayor parte limitados a la costa norte y a las islas cercanas. La producción de banano para exportación está expuesta a los desastres que puedan ser causados por estos vientos (3).

La temperatura en Honduras varía según las regiones del país. En las regiones altas el clima es fresco y llega a veces a 10° centígrados y hasta menos; y en las regiones bajas es ardiente, completamente tropical. La temperatura media anual en las costas del Atlántico y del Pacífico es de un poco de más de 27° centígrados, en la zona central de 24° y en las zonas elevadas del país alrededor de 15° (4).

En lo que se refiere a la cantidad de lluvia, el promedio anual de lluvia es alrededor de 254 centímetros en la costa norte, disminuyendo

---

(2) José Angel Bobadilla: *El transporte en Honduras* (Tegucigalpa D. C., Honduras: Consejo Nacional de Economía, 1960), pág. 5.

(3) *Anuario Estadístico,* pág. 22.

(4) *Ibid.*, pág. 11.

en el interior del país a unos 102 centímetros en la zona occidental, 127 en la zona central y 152 en la región del sudeste del país (5).

B) Demografía

Honduras es un país de mezcla étnica, casi uniforme, y no ha tenido los problemas de la creación de una homogeneidad cultural basada en fondos étnicos diversos, lo que hasta hace poco ha constituído un obstáculo para el desarrollo de varios otros países hispanoamericanos.

Lo que impide más que todo el desarrollo del país es su configuración geográfica. Por sí mismo esto explica las condiciones de atraso de una gran parte de la población, que desde siglos vive aislada en un verdadero estado de abandono sin tener acceso ni aún a la educación primaria. Todavía hoy día un 65 por 100 de la población es analfabeta. Sin embargo, además de la geografía ha habido causas históricas que han impedido y atrasado el progreso cultural, económico y social de Honduras. Durante el período colonial, Honduras no era sitio atractivo para hidalgos españoles, pues no siendo un centro administrativo de importancia, sólo individuos de poca educación iban a radicarse allí en busca de oro y plata. Esta circunstancia tal vez facilitó la mezcla de la raza autóctona con la europea, pero en cambio impidió que se despejara una verdadera vida cultural, hecho que retardó la organización política del país.

La población total en 1950 era de 1,4 millones; ahora se estima en 1,9 millones, y crece a la dinámica tasa anual del 3 por 100 (6).

El número de personas económicamente activas, según el censo del año 1950, era de 675.000 personas, y se estimó (que llegaban a) 738.000 para 1955 y 820.000 para 1960; se proyecta que para 1970 será de 1,04 millones, y para 1980, de 1,3 millones; es decir, tendrá un aumento anual de 2,25 por 100 (7).

El ingreso nacional *per capita* ha crecido a 1 por 100 anual. Aunque esto parezca mostrar cierto progreso no hay que pasar desapercibido el hecho de que el ingreso *per capita* en 1959 haya sido sólo de unos 370 lempiras, el más bajo de Centroamérica y menos de un tercio del de Argentina y la mitad del de Chile. Sin embargo, el sector agrícola, o sea el 80 por 100 de la población económicamente activa, sólo tiene un ingreso *per capita* de 240 lempiras anuales; además, ya que en su

(5) *Ibíd.*, pág. 14.

(6) *Anuario Estadístico* (Tegucigalpa D. C., Honduras: Dirección General de Estadística y Censos, 1959), pág. 40.

(7) Louis Ducoff: *Los recursos humanos de Centroamérica, Panamá, México y sus aspectos relacionados con algunos aspectos del desarrollo económico* (Naciones Unidas, 1959), Cuadro 49.

son: el ministro de Economía y Hacienda, el ministro de Comunicaciones y Obras Públicas, el ministro de Recursos Naturales, el presidente del Banco Nacional de Fomento y dos representantes de la iniciativa privada, quienes son nombrados por el Gobierno.

El Consejo es directamente responsable ante el Presidente de la República y está autorizado para estudiar reformas administrativas y los convenios internacionales. El Consejo Nacional de Economía ha sido, en gran parte, responsable de las leyes tributarias progresivas que existen hoy día.

El Consejo Nacional de Economía, en 1955, ayudó al Banco Central a redactar un plan para la estabilización y el desarrollo económico del país; dicho plan iba a ser de cinco años e importar 328 millones de lempiras. En vista de otras necesidades, dicho plan fué reducido a un costo de sólo 188 millones de lempiras. La mitad presupuestada en este plan iba a ser para la construcción de carreteras, y el resto, para la construcción del proyecto hidroeléctrico del río Lindo, la agricultura, la educación, la salubridad y la vivienda.

En 1957, el plan fué reexaminado para que cubriera hasta 1963, y se recomendó que los gastos para el renglón carretera debían ser de 108 millones de lempiras; educación, 48 millones; salubridad, 40 millones; los sobrantes 68 millones serían dedicados a rubros, tales como energía eléctrica y otras comunicaciones.

El Consejo, junto con el Banco Central, ha colaborado con la CEPAL en la elaboración de un trabajo de análisis y proyecciones del desarrollo económico de Honduras.

4. *Ministerio de Recursos Naturales.*—Este organismo está dividido en varias Direcciones Generales, Divisiones y Departamentos. La División de Agricultura tiene un Departamento de Agronomía y Sanidad Vegetal y un Departamento Especial para el Café, que ha llegado a ser, en los últimos años, el segundo sector de exportación. Este último Departamento distribuye plantas de café a los caficultores y maneja seis estaciones.

La División de Ganadería tiene Departamentos de Zootecnia y de Veterinaria. El Departamento de Tierras está encargado de la lotificación de los terrenos nacionales destinados a los lotes de familia. La Dirección General de Incorporación Agraria tiene talleres de maquinaria para la construcción de caminos vecinales.

El Departamento de Recursos Naturales tiene por principal labor la conservación de la selvicultura, el otorgamiento de concesiones de madera, el uso de las tierras públicas y de los recursos del subsuelo y las investigaciones sobre la utilidad de los productos agrícolas.

5. *Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas.*—A este Minis-

terio se le han asignado desde hace varios años más fondos que a cualquier otro; hasta el 30 por 100 de los fondos del presupuesto general de gastos (13). Pero aún así, esta cantidad es muy insuficiente para el establecimiento y el mantenimiento de una red de carreteras, que es de primera necesidad para el desarrollo económico del país.

6. *Instituto Nacional Agrario.*—Este organismo es de reciente creación, y hasta ahora su labor se ha limitado a la elaboración de una reforma agraria.

D) Medio social y cultural

> *El sistema de valores de estas sociedades generalmente era dirigido a lo que pudiera llamarse fatalismo a la larga; es decir, la suposición de que el alcance de las posibilidades abiertas a nuestros hijos serían más o menos las que habían tenido nuestros abuelos* (14).

El grupo social más extenso de Honduras es el campesinado, ya que constituye más o menos el 70 por 100 de la población total del país o el 90 por 100 de la población económicamente activa (15). Para mayor comprensión del estado actual y para ver cómo puede mejorarse la condición del campesino es necesario tener una idea del hombre que trabaja la tierra y del ambiente que le rodea.

Generalmente, el campesino hondureño nace en una humilde choza que apenas tiene un techo, unas paredes de adobe o de bahareque. La madre no recibe cuidados prenatales de ninguna clase. A su nacimiento, el chico campesino es amamantado por su madre, y en cuanto se le despecha comienza su régimen alimenticio, consistente en tortillas y fríjoles, y de vez en cuando, queso. El niño campesino muy pocas veces toma leche o cualquier otro alimento apropiado para estimular su crecimiento. Esta dieta la sigue durante toda su vida, que muy raramente se prolonga más de los cuarenta años (16).

El bajo promedio de vida se debe a las condiciones de nacimiento y crianza. La choza campesina no sólo es pequeña en espacio, sino que también carece de servicios sanitarios y de otras facilidades higiénicas, lo que trae como consecuencia que el niño padezca de paludismo y de parásitos intestinales. Desde temprana edad el niño comienza a

---

(13) *Análisis y proyecciones del desarrollo económico de Honduras* (Naciones Unidas, «CEPAL», 1960), pág. 58.

(14) W. W. Rostaw: *The Stages of Economic Growth: A non Communist monfrerte.* (Cambridge, England: Cambridge University, Press, 1960), pág. 5.

(15) Banco Central: *Estudios de población,* 1959, pág. 11.

(16) Dirección General de Estadística: *Anuario Estadístico,* 1960.

ayudar a sus padres en las faenas del campo, aunque verdaderamente su rendimiento está contrarrestado por su débil condición física, que continuará igualmente hasta su muerte.

Cuando este niño llega a edad escolar, su padre le impide que asista a la escuela, porque le es indispensable tenerlo a mano en casa para las faenas, especialmente durante la cosecha. Además, el número de escuelas al alcance de las secciones rurales es sumamente pequeño. En vista de estos dos obstáculos es natural que el niño campesino llegue a la mayoría de edad sin saber leer y escribir y sin ninguna idea de las ventajas materiales, intelectuales y morales que deben adquirirse para mantener la dignidad humana.

Por tanto, como hombre analfabeto, no le queda más al campesino que encerrarse en su choza y reproducirse, lo cual trae como consecuencia una alta tasa de crecimiento (casi 3 por 100 anual), dando como resultado una población campesina de edad escolar que asciende a los dos tercios del total de la población hondureña. De estos dos tercios, debido a la insuficiencia de las escuelas y del personal docente (que recibe bajísimos sueldos), sólo un 40 por 100 de los niños campesinos asisten a la escuela y sólo el 2 por 100 ha cumplido con la obligación escolar primaria (17).

En síntesis, se puede decir que este 80 por 100 de personas dedicadas a la agricultura o el 70 por 100 de la población en su gran mayoría tiene ingresos muy bajos y aspiraciones limitadas a la subsistencia diaria.

En lo que se refiere al otro 30 por 100 de la población total, al otro 20 por 100 de la población económicamente activa, éste se puede clasificar como compuesto de individuos de clase media y de clase alta, que virtualmente son casi homogéneos. Puesto que en Honduras, aun durante la colonia, nunca ha habido aristocracia ni una tradicional élite, el ascenso de la clase media a la alta es relativamente fácil de lograr. Pues los tres síntomas de la clase media latinoamericana: 1) desprecio del trabajo manual; 2) alfabetismo y posibilidad de prevalerse de los medios modernos de comunicación en masa; 3) decoro o aspiración a una vida decorosa, se encuentran en ambos grupos en Honduras. Por otro lado, el poder inherente del abolengo que suele diferenciar en la mayor parte de las sociedades hispanoamericanas la clase media de la clase alta casi no existe en el país (18). Por tanto, la diferencia entre estas dos clases es puramente una pequeña variación del nivel económico.

---

(17) *Estadísticas educacionales* (Tegucigalpa D. C., Honduras: Dirección General de Estadística y Censos, 1960), pág. 8.

(18) JOHN JOHNSON: *Political Changes in Latin America: The Emergence of the Middle Sector* (Standford, California, USA, Stanford University Press, 1958), página 40.

La mayoría de la clase media consiste en empleados asalariados particulares y públicos, los profesionales y técnicos y los pequeños comerciantes. Por un lado, el sector medio se confunde con el pequeño grupo de terratenientes, hombres de negocios y profesionales, que viéndolos únicamente desde el punto de vista económico, están en lo que en la mayor parte de las sociedades se tiene como la clase alta. Por otra parte, desde el punto de vista económico puro, hay que incluir a pulperos, artesanos, como miembros de la clase media, ya que éstos también gozan de cierta capacidad de ahorro.

En una sociedad como esta es muy fácil el movimiento de la clase media hacia la alta (en vista de que hay pocos millonarios y poca tradición de abolengo). La ocupación de un alto cargo en el Gobierno es muchas veces suficiente para elevar a un hombre a la categoría de la clase alta.

Puesto que toda la gente de la clase media y alta es urbana, tradicionalmente se han favorecido las medidas legales y administrativas que estimulan lo que favorece el desarrollo urbano; por tanto, lo rural queda desproporcionalmente descuidado. Esto es perjudicial para la educación rural y se hace difícil encontrar maestros rurales (cuyos sueldos son muy bajos). La situación médica rural también sufre por esta tendencia de protección al urbanismo. Así en 1955 había un total de 234 médicos en el país, de los cuales 93 trabajaban en la capital y los 141 restantes se hallaban repartidos entre veintinueve poblaciones y pueblos; un distrito de 64.000 habitantes carecía de médicos y otro de 99.000 habitantes sólo contaba con uno (19).

Dentro de la creciente clase media, el número de representantes de las profesiones de abogados y contadores es mucho mayor que la demanda. Esto ha tenido repercusiones negativas en el número de los trabajadores especializados como mecánicos y electricistas, quienes son sumamente necesitados y que con mínimos esfuerzos ganarían más dinero que este tipo de profesional.

A pesar de que hay escuelas vocacionales especializadas, la labor de estas instituciones se ve contrarrestada por la idea de que sólo los ineptos mentales son los llamados a recibir esta clase de educación.

La educación agrícola ha sufrido reveses similares. Sin embargo, con el mejoramiento académico y con mayores facilidades de tipo «recreación social», la Escuela Agrícola Panamericana ha llegado a tener mayor aceptabilidad y prestigio, lo que significa ingreso de más alumnos. Sin embargo, esta escuela es para toda Hispanoamérica y el porcentaje de hondureños es reducido.

---

(19) RAMÓN VILLEDA MORALES: *El problema social de la medicina hondureña* (Tegucigalpa D. C., Honduras: Colegio Médico Hondureño), pág. 8.

La enseñanza universitaria hondureña sufre de los mismos problemas de que adolece este tipo de enseñanza en otros países subdesarrollados. Los maestros, por regla general, no son catedráticos de dedicación completa, sino profesionales con cierta vocación intelectual que dan su cátedra por amor al arte, ya que la Universidad carece de medios para remunerarlos adecuadamente. Por tanto, pocos de estos profesores pueden disponer de tiempo suficiente para preparar sus cursos o hacer investigaciones de orden científico.

Conclusión

Honduras es un país pequeño. Su territorio, sumamente sinuoso y montañoso, solamente tiene 3.500 kilómetros de transporte terrestre, de los cuales 500 kilómetros son ferroviarios. La costa Atlántica, que tiene algo más de 600 kilómetros de largo, contiene la tierra más adecuada para la agricultura y es la que más facilidades de transporte posee. En el interior del país está la mayor parte de la población, a pesar de que las tierras son menos adecuadas para la agricultura; también es la región más montañosa y carece de facilidades de transporte. Esta diferenciación de potencial de producción, que existe entre el área de la costa norte y el resto del país, explica el porqué la primera área tiene un nivel superior de vida y la mayor cantidad de comercio de todas las regiones de Honduras. De esta descripción se desprende que la topografía hondureña presenta un gran obstáculo al desarrollo económico del país. La accidentada geografía impide el transporte terrestre y dificulta la movilización de la fuerza de trabajo; es decir, en general, evita la integración económica del país.

Aunque la población hondureña, 1,9 millones de habitantes, es relativamente homogénea étnicamente (un 90 por 100 una mezcla de indio y europeo), los hondureños no han podido vivir una vida de paz y de desarrollo. Desde su independencia, en 1821, el país ha experimentado una continua inestabilidad política. No se puede dudar que estas inestables condiciones políticas han tendido a desalentar inversiones privadas, tanto domésticas como extranjeras. El hecho de que todos los Gobiernos hayan tenido como preocupación dominante mantenerse en el poder ha llevado a descuidar el desarrollo nacional, tanto el económico como el de otros sectores; planes para necesitados y proyectos renovadores de cualquier clase nunca han pasado del papel. Las repercusiones de este problema se reflejan en el alto nivel de analfabetismo (65 por 100) que existe en Honduras, y, además, en la forma apática con que el hondureño ve el desarrollo socioeconómico.

Hasta 1950 los ingresos tributarios hondureños dependían en gran parte de impuestos sobre monopolios fiscales, pero en ese año se inició

el impuesto sobre la renta. Es también un hecho que los impuestos de importaciones de artículos suntuarios eran muy bajos. Esto, más el hecho de que siempre, cuando Honduras necesitaba ingresos recurría a incrementar los precios de las exportaciones en vez de aumentar la cantidad de ellas, le daba un aspecto desequilibrado a la economía hondureña.

Honduras es un país agrícola productor de materia prima, y como tal enfrenta problemas impuestos por fuerzas monocultivistas. Estas circunstancias hacen que el país esté sujeto a fuerzas de la naturaleza.

En tales circunstancias es natural que surgiera una institución que aconsejara al Gobierno y que le proporcionara los medios para la mejora de las dificultades del transporte, de la diversificación y aumento de producción del sector agropecuario, del nivel educacional, del impuesto sobre la renta y del sistema arancelario, así como la eliminación de los poderes y de la posición ventajosa en que se encontraban los Bancos comerciales del país (dos Bancos de tipo familiar que encontraban conveniente el prevenir la organización del Banco Central).

Así, el verdadero desarrollo económico hondureño comenzó en 1950 con la creación del Banco Central. Las obligaciones de este Banco se han expendido hasta cubrir ahora todas las fases de la economía hondureña. Por ejemplo, antes del establecimiento de esta institución, los impuestos se derivaban casi exclusivamente de importaciones y de gravámenes de los monopolios fiscales del alcohol y el tabaco. En parte debido a la labor del Banco Central como agente fiscal; el recientemente iniciado impuesto sobre la renta ha llegado a ser una importante fuente de ingresos públicos. Como asesor del Gobierno, el Banco fué, en gran parte, responsable del aumento de las tasas de gravámenes del impuesto sobre la renta declaradas efectivas en 1955.

El Banco Central de Honduras posee todas las funciones tradicionales de la banca central:

1) Derecho único de emisión.

2) Capacidad para actuar como Banco de última garantía para los Bancos comerciales.

3) Como agente fiscal.

4) Como prestamista al Tesoro Nacional.

5) Derecho de centralizar el oro y las reservas internacionales.

También está dotado de adicionales y amplios poderes de administración monetaria. El Banco puede establecer las máximas tasas de interés y fijar las tasas de comisión en las operaciones con el público. Puede también requerir de los Bancos comerciales al establecimiento de reservas para respaldar las obligaciones a pagar (capital pasivo). Además puede canalizar los préstamos bancarios en direcciones que

crea que son para el mayor interés nacional. Sus poderes se extienden hasta la recaudación de las cuentas de teléfonos y de ingresos provenientes de aduanas, y a la función de la venta de sellos postales.

La influencia del Banco Central en los Bancos comerciales y sistemas bancarios ha sido de gran importancia para la nación. Como ejemplo de esto podemos citar la cooperación del Banco en los asuntos de cooperación para financiar el déficit fiscal y las obras públicas, que han sido muy significativos.

La inherente naturaleza legal del Banco le ha permitido preparar planes de estabilización económica. La primera oportunidad de esta clase de planificación se presentó en 1955. Este plan no logró sus objetivos debido a la utilización de la presupuestada cantidad para esos fines en gastos administrativos. Tampoco el segundo plan logró sus objetivos debido a muchas razones, ninguna de las cuales refleja la practicabilidad o validez del programa original del Banco. Sin embargo, en general, a pesar de obstáculos, impredecibles, los planes de estabilización económica han aumentado los encajes de los Bancos y le han dado al Gobierno dirección u orientación en la reducción de gastos autorizados y en la supresión de los préstamos extranjeros a corto plazo. Los planes también han contribuído a aumentar los ingresos tributarios y a reducir el total de la deuda pública.

Por último, el Banco Central ha sido el adelantado para despertar el interés vocacional hacia una gran variedad de investigaciones científicas. Uno de sus grandes logros ha sido la organización de un excelente Departamento de estudios económicos en los últimos años. Este Departamento ha reunido materiales y ha publicado informes en los campos de la estadística, agricultura, sociología y, en general, en todos los problemas socioeconómicos.

A pesar de que se ha creído todo lo contrario por la mayoría de las gentes, el desarrollo industrial se hizo con una amplia política crediticia, o con lo que diríamos «un riesgo», que aunque a veces algo calculado no dejaba de ser riesgo. (Este riesgo lo tomaban los que querían las ventajas y goces de este sistema, y era proporcionado por el amplio sistema bancario que regía en los lugares donde se obtuvo esa clase de desarrollo.) Con esta amplitud del sistema bancario los industriales han adquirido los medios para incrementar su producción y diversificar sus productos. Cierto que una vez desarrollado este sistema, el crédito tendió a contraerse. Sin embargo, tal contracción crediticia y el conservadurismo, que generalmente es atribuído al sistema bancario, no comenzó a sentir su vigor hasta la llegada de la gran depresión norteamericana en los años treinta.

Después de esto las tendencias bancarias han marcado pautas conservadoras hasta tal grado que han tenido influencia en organismos internacionales bancarios de desarrollo. El Banco Central deberá abogar por la obtención de una expansión crediticia para facilitar medios a aquellos que quieran incrementar la producción (agropecuaria o industrial) y que no puedan acudir a organismos de tipo internacional. El problema estriba entonces, viéndolo puramente desde el punto de vista bancario, en que esto no es, según los organismos internacionales bancarios, seguir una sana política monetaria, pero verdaderamente sí es seguir una política de desarrollo. Por tanto, dentro del marco de su posibilidad, el Banco debe de tener en cuenta la expansión del crédito como medio para incrementar la producción, que en sí constituye un alto porcentaje del desarrollo económico.

El Banco Central de Honduras es una institución de gran valor, bien balanceada y siempre creciente. Ha ayudado significativamente en los intentos de traer orden económico al país, ha servido como freno para los Bancos privados tratando siempre de mantener las actividades de esos Bancos alineadas a una política necesaria para el desarrollo del país, ha promovido el desarrollo de las oportunidades económicas y ha mantenido intacto el crédito de Honduras en el extranjero. El Banco Central de Honduras está ayudando a la gente hondureña a compartir los beneficios de la revolución económica del siglo XX.

En Honduras, como hemos visto, casi todas las fases de la economía dejan que desear, lo que hace imprescindible un programa de desarrollo económico orgánico y coordinado, teniendo en cuenta la integración económica del país. Por consideraciones sociopolíticas ya no basta esperar que ésta se cumpla espontáneamente como consecuencia de unos cuantos proyectos específicos de desarrollo económico.

Si se quiere evitar el letargo continuo de una gran parte de la economía y los consiguientes peligros de orden políticosocial hay que comenzar a integrar activamente toda la economía y la comunidad nacional. Esto sólo se puede hacer con la elaboración de la estructura del país a un ritmo más acelerado, sobre todo aumentando las obras de capital social básico, la red de carreteras y plantas de energía eléctrica, todo apoyado por una adecuada política tributaria y bancaria que facilite una mayor productividad. Es decir, incrementando y diversificando el sector de producción del país.

Es natural que se le dé un interés particular a la agricultura, ya que más del 80 por 100 de la fuerza de trabajo se dedica a esta actividad, que constituye casi el 50 por 100 del producto nacional. Asimismo el desarrollo de la industria manufacturera será más efectivo

y más seguro sobre la base de una agricultura sana e intensiva, siempre que se continúe la construcción de la infraestructura necesaria y se conserve el marco legal que permita una actividad conforme a las necesidades de una economía libre moderna.

En la actualidad los productos agropecuarios están en desventaja en el mercado internacional con respecto a los productos fabricados, pues la elasticidad ingreso-demanda de los primeros es mucho menor que la de los productos elaborados; por tanto, una vez que estos productos agropecuarios hayan abastecido el sector de producción y el sector de inversión del país, es necesario, para mayor competencia en los mercados internacionales, diversificarlos y transformarlos en productos elásticos.

Como vemos, los países subdesarrollados están en desventaja y lo estarán aún aumentando su producción agrícola por el juego de las relaciones de intercambio, a no ser que se enfrenten con esta situación incrementando los rendimientos, pues en bajando los costos de producción se aumenta su poder de competición en los mercados internacionales. A esta política ayudaría también una estabilización de los precios internacionales de los productos básicos.

Por ende, el desarrollo de la industria de transformación de materias primas y de los subproductos de la agricultura es lo más adecuado para el «despegue» económico, pues fortalece la economía del país proporcionando un mayor grado de elasticidad ingreso-demanda para los productos resultantes. Asimismo los productos elaborados, además de proporcionar más ingresos a la economía nacional, no ofrecen el inconveniente enfrentado por los productos básicos: tener la obligación de vender en los grandes mercados controlados por los compradores.

Vista la importancia de la agricultura y el papel que ésta puede y debe jugar en el desarrollo del país, es menester ante todo resolver el problema básico del atraso de la producción agropecuaria. Esta es la condición *sine qua non* para poder cumplir la integración del país abarcando todas las capas de la población.

Existe una gran disparidad en las varias formas de tenencia de la tierra de la familia rural, lo cual acentúa la inseguridad social y obstaculiza el desarrollo industrial en un país que es eminentemente agrícola. Por tanto, actúa como inpedimento para la integración económica del país; aquí estriba uno de los problemas socioeconómicos hondureños más grandes.

El desarrollo económico del país debiera promoverse a base de industrias que usen los productos agropecuarios y de aquellos que faciliten un mayor despliegue de la infraestructura económica del país.

La industria constructora, especialmente aquella destinada a obras de infraestructura económica (carreteras, transportes, energía eléctrica, etcétera), merece una atención especial, puesto que ésta enlazaría varios sectores que necesitan ser eslabonados para llevar a cabo la integración económica de la nación.

Una contribución importante al desarrollo económico sería la instalación de una planta de papel y celulosa como la proyectada por el Gobierno y la FAO. Esta planta no sólo emplearía la mano de obra, sino también daría en el mercado internacional con su producto un mayor grado de elasticidad ingreso-demanda que el que tiene la madera.

Otra industria ya existente en forma rudimentaria que tal vez podría absorber una parte de la mano de obra disponible sería la de hilados y de textiles a base de algodón, lo que además ahorraría divisas que el país está gastando en las importaciones de estos productos manufacturados. Sin embargo, un mayor desarrollo de esta industria serviría, sobre todo, para ahorrar divisas y no para acrecentarlas, ya que una producción textil que se pueda exportar en el mercado internacional necesitaría el uso de personal técnico y la adquisición de licencia de patentes extranjeras, y ambas cosas serían tal vez demasiado costosas para resultados a relativamente corto plazo.

Es imprescindible, sobre todo, llenar el vacío existente entre los dos grupos de ingresos individuales; los de ingresos altos y los de ingresos extremadamente bajos; es decir, entre «los que tienen» y entre «los que no tienen», para así plasmar una sociedad homogénea que goce de un verdadero sentido de unidad nacional. Así se expandería y se fortalecería la clase media a la vez, dándosele una mayor capacidad para llevar a cabo un desarrollo económico mediante la iniciativa privada.

En países como Honduras, un aumento de la producción agraria y sus rendimientos llevado a cabo por medio de adecuados sistemas tributarios, de propicio crédito bancario y de obras para la mejora de la falta de capital social básicos (transporte, capacidad generadora de energía eléctrica), debería ser la base para la integración económica del país. La integración económica es la realización del ideal humanístico moderno de la igualdad de oportunidades para todos.

La aplicación práctica de este ideal es posible en la era moderna, de alto consumo en masa, pero sólo puede llevarse a cabo rompiendo las rigideces que están paralizando la libertad económica del individuo, la de poder escoger su modo de vida.

Las raíces del subdesarrollo hondureño yacen en la geografía del país y en la torpeza psicovegetativa en que se encuentra el campesino hondureño, que, como hemos visto, constituye una gran parte de la población.

Este es el mayor problema que hay que enfrentar; problema con aspectos sociológicos y políticos que impiden que en Honduras se abran, al fin, las puertas para todos hacia la libertad económica en la igualdad de oportunidades para poder alcanzar la plena dignidad de la persona humana.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

LAS DOS AMERICAS

La hora actual tiene un sentido trascendente para Hispanoamérica. En un mundo como el de hoy, donde todo problema se plantea a escala regional o internacional, y en el que las cuestiones particulares motivo de preocupación nacional ceden fácilmente ante las graves interrogantes futuras de cada gran agrupación étnica o cultural, es necesario enfrentarse con el enigma del continente iberoamericano. Es difícil vislumbrar su mañana; cegados por el bullir de las revoluciones y los bruscos cambios de las Repúblicas suramericanas, penosamente se percibe la evolución que experimenta todo el mosaico multicolor, pero único, formado por los países de Iberoamérica. La moderna América del Sur es un continente en ebullición (1); factores contrapuestos intervienen en la batalla ideológica que se traba en su suelo, y de la que en gran parte depende la Hispanoamérica de las próximas décadas.

De entre la problemática cultural, ideológica, política, económica y sociológica de las naciones del continente suramericano se destacan dos fundamentales cuestiones, compendio y síntesis de todo problema particular. Ambas afectan de manera básica a la evolución y a la situación actual del continente, e incluso no es aventurado afirmar que comprometen todo el futuro de Iberoamérica y que solamente a través de su consideración y detenido estudio pueden hacerse cábalas sobre ese mañana.

Ante todo, el avance del comunismo en la América hispana, cuyo panorama demográfico, humano y social hacen de ella un fértil terreno para la penetración comunista. Las muestras de oposición a la Iglesia católica y los rencores y resentimientos contra los Estados Unidos constituyen un factor importantísimo en la roturación del camino para la penetración del comunismo; hasta tal punto llega a adueñarse de las mentes, que los ataques a los Estados Unidos—aparte de su mayor o menor justificación a causa de los errores norteamericanos—

(1) Cfr. LEWIS HANKE: *Modern Latin America, Continent in Ferment*, publicado por Van Nostrand, Co., en la serie Anvil; 191 páginas.

constituyen hoy consigna del comunismo internacional (2). La cabeza de puente para una total conquista del hemisferio ha sido ya tomada, y Cuba es una herida roja en América, que amenaza con extender su gangrena más allá del Caribe.

El segundo problema básico planteado hoy en el ámbito americano concierne a las relaciones entre los Estados Unidos y los países de Iberoamérica. El régimen de estas relaciones ha variado profundamente a lo largo de siglo y medio de convivencia, y pueden distinguirse en ellas, en opinión del político argentino Mario Amadeo (3), cuatro períodos:

1. Hasta la creación de la Unión Panamericana (1890) y la guerra de Cuba (1898), los Estados Unidos e Iberoamérica vivieron prácticamente en la ignorancia y el aislamiento recíprocos. No se amaban ni se detestaban; simplemente, se ignoraban.

2. Entre fines del siglo pasado y 1933—fecha de la VII Conferencia Panamericana de Montevideo—los Estados Unidos practicaron con mayor o menor dureza la política intervencionista. Es la época del *big stick* y de la «diplomacia del dólar», cuyas principales expresiones fueron los desembarcos de marinería en el Caribe, la fiscalización de las Aduanas para el cobro compulsivo de las deudas, y la política de no reconocimiento a los Gobiernos «ariscos».

3. La Conferencia de Montevideo inauguró la era llamada de la buena vecindad, bajo el signo del principio de no intervención. Las intervenciones armadas, por tanto, terminaron. Pero los Estados Unidos continuaron gravitando efectivamente en América latina a través de sus frecuentes contactos con los Gobiernos dictatoriales y con las minorías dirigentes que, con pocas excepciones, dominaban al sur del continente.

4. A partir de 1958 parece haberse inaugurado una nueva política, basada en la amistad dentro de la igualdad y en una intensa cooperación económica para la promoción en Iberoamérica de mejores condiciones de vida. El Presidente Kennedy ha ratificado esta línea de acción, cuya expresión formal la constituye el programa de «Alianza para el progreso» que lanzó en el pasado mes de abril en presencia de los representantes iberoamericanos acreditados ante la Casa Blanca.

---

(2) Interesante informe de actualidad sobre la materia con seguras fuentes de información es el libro de J. F. C. *El comunismo en la América hispana.* Colección Empresas Políticas, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1961, 169 páginas.

(3) Mario Amadeo: *América, ante una opción decisiva.* «Revista de Política Internacional», Instituto de Estudios Políticos. Madrid, número 56-57, julio-octubre de 1961, páginas 217-227.

Todo lleva a pensar que esta actitud de los Estados Unidos señala el comienzo de una nueva era en la historia de las relaciones interamericanas, y que las nubes del pasado se han disipado definitivamente. Pero en el momento en que la gran República norteamericana se propone cambiar de rumbo, se produce el estallido de lo que durante tanto tiempo venía fraguándose. La revolución cubana y su consiguiente postura antiyanqui son simplemente el brote de unos sentimientos de hostilidad latentes en toda Iberoamérica. No es la primera vez en la historia que la erupción coincide con el comienzo de la rectificación de los errores y las culpas que provocaron la crisis.

Es necesario, pues, volver la vista atrás y observar las causas del debilitamiento de las relaciones entre los Estados Unidos e Iberoamérica. Varias causas pueden asignarse a este fenómeno (4): en primer lugar, el creciente nacionalismo latino-americano, comprensible e inevitable, típico de países en vías de autodeterminación política y de afirmación económica. Segundo, la progresiva infiltración de propaganda comunista en esta parte del Continente bajo la forma de un antiamericanismo a ultranza, al que más arriba se hizo referencia, y que reacciona igualmente contra la influencia de los Estados Unidos, constituyendo esta oposición la tercera de las causas citadas. La cuarta es la ausencia de tacto diplomático personal por parte de algunos nacionales norteamericanos—investidos de funciones oficiales o en el campo de los negocios—en sus relaciones con los vecinos del sur del Río Grande. La quinta causa se relaciona con las cuestiones económicas y financieras, campo en que existe una gran divergencia entre los Estados Unidos y los países iberoamericanos, con detrimento de sus relaciones culturales. Finalmente, la sexta causa es el temor de la creciente intervención de los Gobiernos en los asuntos que estaban hasta ahora reservados a las instituciones privadas.

Quizá por encima de estas causas concretas y materiales podría señalarse otra de carácter más espiritual, que vendría a ser como una síntesis de las anteriores o, si se prefiere, substrátum de todas ellas: la gran incomprensión mutua en las relaciones culturales. Las medidas políticas y económicas son insuficientes para hacer frente a las necesidades de la civilización moderna, pues la estabilidad política y económica de un régimen cualquiera depende de la solidaridad de los valores intelectuales y espirituales de un pueblo. No se llegará tampoco a la comprensión entre los países si no se obtiene el reconocimiento recíproco de sus valores característicos.

---

(4) Alceu Amoroso Lima: *Os Estados Unidos e a America latina.* «Revista Brasileira de Politica Internacional.» Río de Janeiro, año IV, número 13, marzo de 1961; páginas 17-26.

Este capítulo está prácticamente en blanco en las relaciones entre las dos Américas. Existe un tradicional prejuicio de los iberoamericanos contra el pretendido materialismo y utilitarismo de los Estados Unidos, cuya producción intelectual adolece de mala divulgación en el hemisferio sur del gran continente americano. Por otra parte, el pueblo de los Estados Unidos desconoce la tradición cultural y los valores de Hispanoamérica, de más profunda raíz que los de sus vecinos del norte. En esta mutua ignorancia difícilmente los Estados Unidos se harán eco de las aspiraciones de las Repúblicas iberoamericanas, que siempre han recelado de los poderosos yanquis.

En la X Reunión Internacional del CEDI (Centro Europeo de Documentación e Información), bajo el lema «Occidente en esta hora de Iberoamérica», hubo ocasión de tratar gran parte de los temas enunciados y a los que se ha aludido (5). Baste con hacer mención de los deseos de Iberoamérica en sus relaciones con los Estados Unidos; se citaron unas palabras de Mario Amadeo en las que se proponían las bases siguientes: 1.ª Una Hispanoamérica que quiere ser fiel a su propia esencia jamás podrá llegar a una intimidad entrañable con los Estados Unidos. 2.ª Una Hispanoamérica que quiere realizar en paz su propia misión en el mundo debe procurar por todos los medios compatibles con su dignidad un *modus vivendi* honorable con los Estados Unidos.

La única posibilidad para los Estados Unidos de llegar en plano de igualdad a esas ansiadas relaciones cordiales, incluso amistosas, es la de seguir adelante con su programa de «Alianza para el progreso», pese a la erupción de discordias dormidas y al estallido de nuevas diferencias. Pueden subsanarse, no sin dificultad, los errores, que tantas veces se han achacado a los norteamericanos, de ignorancia y falta de atención hacia los problemas continentales y de dar poca importancia al progreso social y económico en Iberoamérica, mientras se interesan extraordinariamente en el desarrollo de Europa y el Lejano Oriente.

Sin embargo, la clave para una futura Iberoamérica, mejorada en sus condiciones actuales, no debe y no puede buscarse únicamente en una modificación política en los Estados Unidos, de acuerdo con lo que promete el programa de «Alianza para el progreso» del Presidente Kennedy. No basta este viraje, ni tampoco el de la actitud de algunas compañías norteamericanas que operan sobre principios completamente opuestos a los de la genuina empresa libre. Lo fundamental, se afirma por los intelectuales iberoamericanos, es que se operen también cambios profundos en la estructura misma de Iberoamérica. Así, una acción conjunta podrá ayudar a transformar su actual estructura neofeudal

(5) Sobre la reunión del CEDI véase el completo trabajo de Fernando Murillo Rubiera en el número 139, julio de 1961, de estos CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

en una sociedad moderna que corresponda a la era industrial, base esencial para que pueda desarrollarse una economía creadora dentro de un régimen de justicia social.

El establecimiento y consolidación de regímenes constitucionales democráticos no es posible mientras no se encuentren soluciones justas a los problemas económico-sociales que afligen a Iberoamérica. La modernización de la sociedad iberoamericana beneficiará tanto a los pueblos de América del Sur como al de los Estados Unidos. Pero la justicia social debe ser lograda sin menoscabo de las libertades democráticas ni de los derechos humanos. Iberoamérica necesita pan y libertad. Solamente dentro de este marco se puede establecer una sólida unidad hemisférica, una fuerza continental basada en la libertad y la prosperidad y unida contra la miseria y la tiranía.

☆

Falta la interpretación de Iberoamérica desde el exterior; importantes documentos y estudios de más allá del Río Grande, unidos por el deseo común de lograr un futuro mejor para los pueblos del hemisferio occidental, aparecen en el volumen motivo de este comentario (6).

Se reúnen en el libro varios informes al Senado de los Estados Unidos y a la opinión pública norteamericana, debidos a la Escuela de Asuntos Interamericanos de la Universidad de Nuevo Méjico, al Centro de Investigaciones sobre el Desarrollo Económico y las Transformaciones Culturales de la Universidad de Chicago, al Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Oregón y a la Corporation for Economic and Industrial Research.

Los temas abordados son: 1.º Formación del pensamiento político iberoamericano (concepto iberoamericano de su misión en el mundo y aspiraciones de Iberoamérica con respecto a la dirección de su propio desarrollo político). 2.º La política iberoamericana antes de 1939 y después de la segunda guerra mundial. 3.º Las relaciones internacionales. 4.º El movimiento sindical. 5.º Los problemas interamericanos (seguridad colectiva, debate entre democracia y dictadura, la política económica, la «no intervención», las aguas territoriales, las Naciones Unidas, el Canal de Panamá). 6.º El movimiento obrero. 7.º La estructura fiscal. 8.º El desarrollo económico. 9.º Las relaciones con las grandes superpotencias (los Estados Unidos, la Unión Soviética). 10. El futuro de los países iberoamericanos.

---

(6) *Latinoamérica, más allá de sus fronteras.* Ediciones Combate. San José de Costa Rica, noviembre de 1960, 126 páginas.

Un último apartado recoge importantes documentos referentes a Iberoamérica: las declaraciones acordadas por la Primera Conferencia de Partidos Populares de Latinoamérica, celebrada en Lima en agosto de 1960, y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

Viene, pues, a reflejarse en este libro algo así como la opinión de la *élite* intelectual norteamericana sobre los graves problemas con que ha de enfrentarse Hispanoamérica. Como pórtico a los varios estudios del volumen se recoge un mensaje de Norman Thomas «a los amigos y vecinos de Latinoamérica», en el que se pone de relieve que la destrucción de la miseria y el analfabetismo y el fin de la explotación de las masas son metas particularmente razonables para pueblos con recursos naturales y culturales como los que poseen los países situados al sur del Río Grande. Afirma que los Estados Unidos, animados por el deseo de cooperación, necesitan la ayuda de los pueblos iberoamericanos para una mayor comprensión mutua, para defender las causas comunes y dar un significado práctico a los ideales que las naciones americanas han sustentado hasta ahora más con palabras que con hechos. Y no deja lugar a dudas que la cooperación inteligente impone el diálogo de pueblo a pueblo, franco y sin lastimar la amistad.

Los capítulos siguientes reúnen ideas de extraordinario valor, como informes y datos sobre el desenvolvimiento histórico de Iberoamérica y su realidad presente, y, lo que es más importante, un reflejo de la corriente ideológica orientadora de la clase dirigente de los Estados Unidos. En una época en que triunfan la estadística y la planificación, y pueden hacerse con gran aproximación cálculos previos sobre acontecimientos fortuitos, la información ha adquirido un nuevo valor: el de ser punto de apoyo de toda tendencia y actitud política no basada ya en la directriz del momento, en los deseos generales o ambiciones particulares y hasta en la intuición y el llamado «genio político». Quizá sea osado aseverar que la política ha pasado de arte a ciencia; pero, con certeza, el hombre político ha de buscar los cimientos de una veraz información para construir la teoría de sus decisiones.

Más guión que resumen son los siguientes párrafos sobre estas propuestas bases políticas de los Estados Unidos en sus relaciones con el mundo iberoamericano:

I. El pensamiento político iberoamericano se formó con las ideas de la ilustración, que inspiraron la emancipación de las colonias hispánicas del Nuevo Mundo. La masonería tuvo gran importancia, y a mediados del siglo XIX se comenzó a adoptar el positivismo. En el XX, nuevas ideas, más flexibles que el positivismo, enraizaron en América del Sur; el socialismo se desarrolló rápidamente. Los pensadores políticos iberoamericanos no han creado una nueva teoría básica del Estado

ni una forma de gobierno original. Las Repúblicas americanas desconfían hoy tanto de la democracia a ultranza como del totalitarismo. Por otra parte, las aspiraciones iberoamericanas se centran en los deseos de progreso y en el ansia de luchar por dirigir sus propios destinos empleando sus propios medios. Por tanto, los Estados Unidos, dice el informe de la Escuela de Asuntos Interamericanos de la Universidad de Nuevo Méjico, no deben insistir jamás en que a mediados del siglo XX la América latina configure su futuro político, económico y social de acuerdo con las directrices que siguió Norteamérica en el siglo XIX.

II. Hasta la segunda guerra mundial el poder político estuvo, en la mayoría de los países de Iberoamérica, en manos de los mismos grupos institucionales y sociales que habían dominado desde principios del siglo XX. Durante la guerra las presiones de la oposición popular contra el sistema político estático, dominado por los representantes del orden tradicional, llegaron al punto culminante. Durante el cuarto de siglo que precedió a la segunda gran guerra la sociedad y la economía de Iberoamérica habían sufrido transformaciones radicales que hicieron cada vez más anacrónico el control de la política por parte de los grupos tradicionalistas. El verdadero efecto de la guerra en la política iberoamericana fué congelar en el poder los regímenes tradicionalistas mientras la seguridad del hemisferio estuvo amenazada.

El fenómeno político iberoamericano de la postguerra ha sido la conquista del poder por el pueblo. En la mayoría de los países de esta región—afirma el informe de la Escuela de Asuntos Interamericanos de la Universidad de Nuevo Méjico—la antigua oligarquía rural y sus aliados, la Iglesia y el ejército, han sido reemplazados, por lo menos durante algún tiempo, por los nuevos grupos urbanos obreros, industriales y clase media, generalmente apoyados por jóvenes oficiales del ejército. Quizá sean estos hechos, puede comentarse, los que mueven a la política de los Estados Unidos hacia Iberoamérica en su ansiosa búsqueda de la popularidad, como base para el establecimiento de más íntimas relaciones y hasta de mayor influencia en los asuntos de cada país bajo el sistema de cooperación.

III. En cuanto a las relaciones internacionales, la mencionada Escuela señala que «mientras los Estados Unidos han insistido en considerar que la seguridad del hemisferio contra la amenaza comunista debe ser el principal objetivo de una política exterior común», los iberoamericanos «se han preocupado más bien por sus problemas socioeconómicos internos». Se pone de relieve la cooperación de Iberoamérica con los Estados Unidos en las Naciones Unidas; sólo ha habido discrepancia en algunas cuestiones económicas y coloniales. Para lograr una

mayor armonía entre las dos Américas en el seno de las Naciones Unidas se recomienda que los Estados Unidos apoyen la tendencia a reducir la hegemonía del Consejo de Seguridad y a dar mayor relevancia a la Asamblea General.

IV. La importancia del movimiento sindical en Iberoamérica es extraordinaria, pues las organizaciones obreras juegan un papel importante en la vida política. El sindicalismo iberoamericano no sólo tiene orientación política, sino que tiende a ser nacionalista y hostil a los extranjeros. Compara el informe la legislación social de los Estados Unidos con la de las Repúblicas de Iberoamérica, a la que considera beneficiosa, pero en algunos casos obstáculo para las inversiones extranjeras, sin duda necesarias para el desarrollo de estos países.

V. Las apreciaciones de los Estados Unidos en cuanto a los problemas iberoamericanos se resumen en una significativa afirmación: «Hoy, el problema más importante de Latinoamérica, y aún en un futuro previsible, es la revolución social. Toda la zona se debate en la angustia de un doloroso proceso de transformaciones sociales, económicas y políticas fundamentales.»

Objeto de preocupación por parte de los Estados Unidos es la seguridad colectiva del continente, y a este respecto el informe de la Universidad de Nuevo Méjico considera equivocada la política norteamericana de ayuda militar a Iberoamérica, pues la agresión exterior comunista no es para ella un verdadero peligro, y además con esta ayuda se favorece una estabilidad política artificial dentro del dinámico ámbito iberoamericano y se da a los comunistas la oportunidad de cooperar y hacer causa común con la resistencia civil al militarismo. Se propone en el informe que los Estados Unidos fomenten el desarme de Iberoamérica y reduzcan al mínimo la ayuda militar como medio para obtener un mayor apoyo popular, aunque no es difícil, añadiríamos, que se vea en esta medida un desentendimiento que resultaría extraordinariamente impopular.

Se fomenta también la aplicación de una política de no intervención por parte de Washington, al tener en cuenta que la amenaza militar contra la seguridad del hemisferio no es tan grave que sea necesario sacrificar por ella el interés de los Estados Unidos por el futuro progreso de la democracia. Una final referencia a las aguas territoriales, las Naciones Unidas y al Canal de Panamá, de cuya internacionalización se lanza la idea, concluye el informe.

VI. En un informe sobre el movimiento obrero, realizado por el Centro de Investigaciones sobre el Desarrollo Económico y las Transformaciones Culturales de la Universidad de Chicago, se señalan las diferencias materiales entre la situación de los obreros de los Estados

Unidos y los de Iberoamérica, a las que hay que sumar las discrepancias ideológicas existentes. Teniendo en cuenta estas circunstancias, se dice, el grado de cooperación real que se ha logrado es, sin embargo, sorprendente y revela que, a pesar de algunos retrocesos, las experiencias de los últimos veinte o treinta años han aminorado la hostilidad tradicional. Se señalan finalmente los principios necesarios para hacer efectiva la colaboración democrática entre las organizaciones obreras de los Estados Unidos y las de Iberoamérica.

VII. En cuanto a los problemas de la estructura fiscal, se considera primordial el de la organización de los impuestos para que no constituyan obstáculos para la formación de capital, pues pocos son los países iberoamericanos que han ajustado sus sistemas fiscales a estas exigencias del momento actual.

VIII. Se hacen en el siguiente informe algunas recomendaciones en cuanto al desarrollo económico. Se parte del supuesto de que la expansión de las inversiones privadas norteamericanas en Iberoamérica es un objetivo instrumental de la política de los Estados Unidos para acelerar el desarrollo económico y lograr luego la meta final de establecer unas relaciones económicas, políticas y culturales fuertes y duraderas entre los Estados Unidos y los países situados al sur del Río Grande. Se aconsejan, finalmente, varias modificaciones en la política que deben seguir las empresas privadas norteamericanas establecidas en Iberoamérica.

IX. En la esfera de la actuación soviética en Iberoamérica varios estudios nos ofrecen una completa visión de las actuales circunstancias. Un informe de la Corporation for Economic and Industrial Research recuerda que en «los últimos años la Unión Soviética ha estado intentando conquistar una posición de influencia y socavar el prestigio de los Estados Unidos en esta región». Esfuerzo que ha aumentado en los últimos cinco años y que parece haber obtenido resultados en el último.

El estudio resume las pruebas de lo expuesto: gestiones directas de la URSS y de los países satélites, acción de los comunistas locales, avances de la ofensiva económica, etc.

La objetividad del informe es manifiesta al afirmar que «la población y el poder político internacionales de los soviets son hechos positivos que deben mirarse de frente». Reconoce que las tensiones surgidas entre las Repúblicas iberoamericanas y los Estados Unidos no se han debido fundamentalmente a la perturbación comunista, sino a otras causas, desde la diferencia de temperamento hasta la distinta conducta política. «Los comunistas se limitan a explotar y a tratar de intensificar estos problemas fundamentales.» Se resalta después la consideración de varios países iberoamericanos sobre la complicación innecesaria de tales

problemas, debido a determinadas actitudes tradicionales de los Estados Unidos, como la concentración de su atención en Europa y cada vez más en Asia y Oriente Medio, descuidando a Iberoamérica. En realidad —acierta el informe— los Estados Unidos no han prestado suficiente atención a los países iberoamericanos ni han comprendido bien sus difíciles problemas económicos, sociales y políticos.

X. Las conjeturas para el futuro de Iberoamérica son claras. Por una parte se destaca que la importancia del continente en los asuntos mundiales irá en aumento en los próximos años, así como su peso en los organismos internacionales. No hay duda, pues Iberoamérica es una región de rápido crecimiento demográfico. Su población aumenta en la actualidad a un ritmo mayor que el de ninguna otra región del mundo; los 180 millones de habitantes de hoy pasarán de los 500 millones en el año 2000.

Por otra parte, la región se debate angustiosamente en un laborioso proceso de transformación social, económica y política. Los países que se encuentran ya en las fases avanzadas de la prueba son los menos, y la mayoría de ellos apenas están en las etapas iniciales de la evolución. Resolver la insatisfacción de las masas latinoamericanas será probablemente la cuestión más apremiante durante el final de este siglo, y el período de transición será difícil. El nacionalismo exacerbado sacará de nuevo la cabeza, y los grupos gobernantes tradicionalistas pretenderán resolver las dificultades mediante el concurso de las fuerzas armadas para tratar de conservar el orden tradicional; no será de extrañar que haya guerras civiles y sublevaciones populares violentas. La inestabilidad política dependerá del grado de extremismo de las fuerzas en lucha, nuevas y anacrónicas, y también de la manera con que los demagogos, los conspiradores comunistas y los aventureros de las fuerzas armadas intenten explotar la lucha en beneficio propio. Sin embargo, concluye el informe, los Estados Unidos probablemente estarán en condiciones, si se logra una política inteligente, de atenuar y hasta cierto punto amortiguar los extremismos peligrosos.

Finalmente se afirma que ante las crisis actuales y futuras del mundo Iberoamérica puede adoptar tres rumbos diferentes: aliarse con los Estados Unidos, aliarse con los rusos o permanecer neutral. Si los dos grandes adversarios en la guerra fría llevan el conflicto a disputarse la explotación de la región en beneficio propio, Iberoamérica, considerando que no tiene nada que defender, asumirá una posición neutral frente a las dos superpotencias. El porvenir será entonces de los comunistas si logran adueñarse del control de las revoluciones populares nacionalistas como resultado del abandono de este frente de lucha por parte de los Estados Unidos. O también, como beneficiarios directos

de una reacción antinorteamericana, si los Estados Unidos se identifican erróneamente con el orden anacrónico tradicional.

Quizá estas orientaciones valgan para que la política de los Estados Unidos, siempre fluctuante y más con objetivos inmediatos que con una clara tendencia hacia una determinada línea de conducta, encuentre el camino para unas cordiales y eficaces relaciones con los países iberoamericanos. Pero no hay lugar a dudas que todo régimen político interno y toda actitud internacional ha de provenir del elemento humano con que cada país cuente y de su propio acervo histórico. Nunca fueron buenas para ninguna nación las soluciones políticas y diplomáticas exteriores. En esta grave coyuntura histórica bien podría Iberoamérica volver sus ojos hacia la Madre Patria, aunque fuese sólo para ver cómo hombres de su misma raza, lengua y creencias se han debatido en semejantes circunstancias y han tratado de buscar una solución política y una norma de conducta auténticamente nacional.—ANTONIO ORTIZ GARCÍA.

CAMPOAMOR, SOBRE EL TAPETE

Que Campoamor hoy no es poeta vigente, es cosa bien sabida. Que no lo será mañana tampoco, es cosa por saber. No le negaríamos nosotros, como muchos críticos hacen, el pan y la sal futuros. Gira el mundo, giramos, giran los gustos, las modas. Puede volverse a un poeta —y de hecho se vuelve— con la misma facilidad que a un cuplé, a un sombrero, unos años atrás gastados, ridículos. Basta que un crítico inteligente —en el primer caso—, que una actriz o un modisto famoso —en el segundo— lo reivindiquen, popularizándolos. ¿Le ha llegado la hora a Campoamor? Pudiera ser. Al menos, de unos años a esta parte, el olvido de su nombre, el desdén por su obra, han desaparecido.

Hemos hablado de facilidad quizá con demasiada precipitación. No. La vuelta de Campoamor no va a ser fácil. No ha habido un solo crítico que se haya acercado a él limpiamente, sin prejuicios, con total entrega. Su obra tiene mucho lastre, medio siglo de polvo y olvido sobre sus páginas; se necesitaría, más que valor, convicción absoluta de su genialidad, de su maestría. ¿Y dónde encontrar, en esta segunda mitad del XX, el crítico que así piense? No obstante, la bola está rodando, y no sería posible determinar con certeza quién la puso en movimiento.

Buen impacto hizo, sin duda, Vicente Gaos con su libro *La poética de Campoamor,* que editara Gredos en 1955. Gaos no estudiaba a Campoamor como poeta, sino como teorizante de la poesía; hondo

caló el asturiano en el misterio poético; si sus frutos sobre el papel no fueron luego reflejo fiel de sus ideas, adivínense las razones —literarias, ambientales, históricas— que lo motivaron; mas nadie podrá ver en el autor de las *Doloras* a un pobre hombre que ignoraba lo que se traía entre manos. En ese mismo año —1955— firma Gaos su artículo *Campoamor, precursor de T. S. Eliot.* Goza el *Nobel* inglés de universal prestigio como poeta y como crítico; mas Gaos no se arredra en ponerle por delante a Campoamor, olvidado de sus mismos compatriotas. Gaos recoge este artículo en su libro *Temas y problemas de literatura española* (1), aparecido en 1959, bajo el auspicio de Sanmigüel, en Guadarrama. Dos años antes, la misma editorial había publicado *Estudios sobre la poesía española contemporánea* (2), de Luis Cernuda, en el que se dedicaba un capítulo a Campoamor; y un año después, *Poesía española del siglo XX* (3), de José Luis Cano, cuya *Revisión de Campoamor,* recogiendo ya los dos testimonios anteriores, era como un balance, hasta el momento, de la corriente favorable al poeta asturiano; corriente que deberíamos unir, en lo sucesivo, a estos tres nombres que una misma editorial agrupa.

¿Tiene alguna significación que estos tres críticos sean poetas? ¿La tiene también que dos de ellos sean andaluces? En uno u otro caso, nos alegra comprobar que Andalucía no estuvo ajena a la hora de *revisar* la obra de un hombre que se llamó a sí mismo «andaluz del Norte», y ello en un momento como el actual, en que muchos se empeñan en hacer de Norte y Sur parcelas poéticas antagónicas.

Volvemos —con una palabra: *revisar*— a lo que más arriba señalábamos: a la crítica con reservas, que hemos de reconocer necesarias. Dice Cernuda: «Los contemporáneos de Campoamor le tuvieron por gran poeta; hoy, al leerle, nos cuesta trabajo adivinar qué méritos justificaban aquella apreciación.» Y Gaos: «El estudio o revisión que Campoamor reclama no habrá de dar por resultado el de revalorar su poesía —poco susceptible de revaloración—...» Y Cano, a su vez, refiriéndose al libro de Gaos sobre la *Poética* campoamoriana: «Es un feliz intento de reivindicar no al Campoamor poeta, que tiene difícil reivindicación, sino al Campoamor teórico y meditador de la poesía.» Están de acuerdo, pues, los críticos en las dificultades que encierra su propósito; sin embargo, desde ángulos distintos, los tres, salvando

---

(1) VICENTE GAOS: *Temas y problemas de literatura española.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1959.

(2) LUIS CERNUDA: *Estudios sobre poesía española contemporánea.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1957.

(3) JOSÉ LUIS CANO: *Poesía española del siglo XX.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1960.

«el yerto mar de los años», se adentran en la obra del poeta con ánimo decidido.

Desde su sillón, cansado, no vencido, el poeta les ve venir, les deja llegar; su postura no es indiferente ni resignada; sí comprensiva. Les tiene preparados ya aquellos versos de una de sus *humoradas;* versos éstos sin humor, sin dolor tampoco; plenos, eso sí, de melancolía:

no se hace atrás un río
ni vuelve a ser presente lo pasado.

Desde su sillón, decimos; ese de cuero oscuro, de la amarilla fotografía. En él, don Ramón, la mirada noble, serena; el cabello, «como la piel del armiño», cano; las patillas abundosas, más propias de banquero que de poeta; en las manos, que se adivinan ya torpes, un libro abierto. Don Ramón, junto a la chimenea, la manta zamorana a los pies, piensa. No es el don Ramón de gesto de buho que retratara Emilio Sala —a un lado, la chistera; en la mano derecha, el bastón—, reclinado sobre un muelle sofá de raso. No es el don Ramón *con los demás,* sino el don Ramón *consigo mismo,* de vuelta del mundo y de los años. «Campoamor nunca parece haber sido joven», ha escrito Cernuda, ratificando la opinión de Rivas Cherif (4). Y, sin embargo, aquí paradójicamente lo parece. No es que parezca joven, sino que lo ha sido, que ha regresado ya de serlo. Mas todavía no es «aquella ruina venerable» que sus admiradores pretendían coronar y que Rubén visitara un 19 de febrero, cercano el fin del siglo (5); todavía no está entre el recuerdo y la tumba, aunque el recuerdo sea la espada. ¿Y la pared? Acaso ese silencio grande en que se sume, como cumplido.

Escribe Gaos: «De Luzán acá no sé de escritor alguno —Bécquer incluído— que haya pensado acerca del fenómeno poético con la originalidad, el vigor y el tino con que lo hizo Campoamor... Con las ideas poéticas de Campoamor se podía, se debía, haber hecho poesía auténtica. Y, efectivamente, se ha hecho, sólo que no por Campoamor

---

(4) «Puede decirse que, en cierto modo, no le concebimos joven, impetuoso, descuidado, sino viejo ya, en sus labios y en sus versos la sonrisa de apacible desengaño, característica de su mejor manera literaria.» (RIVAS CHERIF: *Campoamor,* pág. 16, en *Clásicos castellanos.* Espasa-Calpe, S. A. Prólogo de FÉLIX ROS a la segunda edición. Manejamos la fechada en 1956.) Ya en 1890, CLARÍN escribía: «El autor de las *Doloras,* cuando joven, pensaba un poco a lo *viejo...*» Recordemos que en uno de sus primeros poemas, la epístola «A mi madre», escrito entre los dieciocho y los veintitrés años, ya aludía a las arrugas de su frente, añadiendo:

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

(5) Vid. RUBÉN DARÍO: *España contemporánea,* págs. 63 y ss., 229, 230 y 232. Editorial «Biblioteca Rubén Darío». Madrid, s/f.

mismo, sino por otros poetas que vinieron después.» Y añade: «Campoamor ha anticipado las teoría de Eliot en buen número de aspectos cardinales.» (*Andrenio,* en 1929, va a llamar a nuestro poeta renovador, precursor, «ingenio que presintió las nuevas formas y los ritmos futuros».) Es importante ver cómo, al par que sale del olvido, se le reconoce su condición de pionero. Cernuda ve en él un antecedente de Bécquer (6) —en lo que coincidirá con Gamallo y Varela—, y en ocasiones, de Ferrán, de Machado, de las *greguerías* de ese otro Ramón, sin *don,* pese a sus muchos dones. Y señala sus dos pasos decisivos: el introducir lo subjetivo en la lírica y el reformar el lenguaje poético, desterrando tanta expresión preconcebida, tanta pseudofraseología, propia de neoclásicos y románticos (7). Y si Gaos le compara con Eliot, Cernuda lo hace con Wordsworth. Curiosos, sin duda, pese a que nuestro poeta salga de ambos un tanto malparado, tan singulares paralelos (8).

Cano, en su *Revisión,* hace un poco de historia de cómo la corriente de opinión, partiendo de sus contemporáneos —*Clarín,* Valera, la Pardo Bazán, F. P. Canalejas, Blanco García, el propio Rubén Darío—, que le admiraban, entró en claro declive con los del 98, se le volvió totalmente contraria con los del 27, que le ignoraron, y comenzó luego a serle favorable, prudentemente favorable, pasada la mitad del presente siglo. Es típico el caso de *Azorín,* a cuyo feroz ataque de *La voluntad* siguieron páginas (*Leyendo a los poetas, Clásicos y modernos*) elogiosas para Campoamor, al que llega a llamar «uno de los más grandes poetas de toda la literatura española» (9). Muy luego, *Azorín* ha vuelto

---

(6) «Campoamor era nueve años mayor que Bécquer, y éste pudo aprovechar en beneficio propio algo de la labor lingüística del otro, ya que las *Doloras* son de 1864.» *Ob. cit.,* pág. 37. CERNUDA comete dos errores en las fechas: 1.º Bécquer —nacido en 1836— era diecinueve años menor que Campoamor —nacido en 1817—. FERNÁNDEZ ALMAGRO, en su artículo *La vuelta de Campoamor,* aparecido en *A B C* (desgraciadamente conservamos el recorte sin fecha), cita este párrafo de CERNUDA sin rectificar el palpable error. 2.º Las *Doloras* son de 1846, no de 1864.

También AZORÍN, en el capítulo «Campoamor», de su libro *Leyendo a los poetas* (Librería General, Zaragoza, 1929), yerra al señalar el año 1824 como el del nacimiento del poeta. Recordemos las palabras del propio don Ramón en *El personalismo* (Obras completas, I, 282): «... desde el 24 de septiembre del año de gracia de 1817, en que por primera vez me ataron el cuerpo con una faja...»

(7) «Cuánto más popular y cuánto más nacional —escribiría don Ramón en su *Poética*— sería nuestra poesía si en vez de la elocución artificiosa de Herrera se hubiera cultivado este lenguaje natural de Jorge Manrique.» Y también: «... ha sido mi constante empeño el de llegar al arte por la idea y el de expresar ésta con el lenguaje común, revolucionando el fondo y la forma de la poesía; el fondo con las *Doloras* y la forma con los *Pequeños poemas.*»

(8) «Campoamor fué un poeta raro entre nosotros —escribe CERNUDA—; a veces se diría un poeta inglés (en lo posible) de la época victoriana, y acaso eso sea lo que sin proponérmelo haya suscitado en mi memoria el recuerdo y la comparación con ciertos poetas ingleses de dicha época, aunque algún desplante a la española, que en él se observa en ocasiones, dificulta la comparación.» (*Ob. cit.,* página 41.)

(9) En un artículo de *A B C,* fechado el 12 de noviembre de 1922, dice de *Colón:* «poema admirable, poema hermosísimo».

sobre nuestro poeta. Conservamos, aunque sin fecha, un artículo de «A B C», *Doloras,* en el que apunta un paralelo—«desde el punto de vista femenino»—entre Lope y Campoamor, lo que no deja de ser tema sugestivo para un año como éste, en que andamos a vueltas con el centenario del *Fénix.* «En Lope todo es sensual, ostentativo; en Campoamor todo es espiritual y discreto», escribe *Azorín.* Y añade a nuestro poeta, a quien él colmara de adjetivos—delicado, generoso, progresivo, innovador, dulce, bondadoso, ecuánime—, algunos más: «sencillo, natural, sin galas».

Al saltar a la generación del 27, Cano—siguiendo a Gaos—apunta algunos de los nombres más significados en la reacción anticampoamoriana: Valbuena, Barja. De Rivas Cherif, y refiriéndose a su edición de *Clásicos castellanos,* dice que «no muestra la menor simpatía por la obra de Campoamor». Nosotros añadiríamos que en esta falta de simpatía por el poeta asturiano no le va a la zaga Félix Ros, en su prólogo a la segunda edición del mismo libro. Cano no pretende ser exhaustivo; de aquí que no mencione algunos nombres que creemos merece la pena traer a colación. El de Ortega, por ejemplo. Ortega, el 5 de enero de 1920, publica sin firma en *El Sol* un artículo breve y afilado, en el que habla con afecto de Campoamor, al que llama «el tierno poeta», «el buen don Ramón», añadiendo: «Galdós era el genio. Campoamor, el ingenio» (10). Sin embargo, cinco años más tarde le llamará, con sorna, «nuestro perogrullesco Campoamor» (11). ¿Por qué? ¿Por seguir un poco la corriente? Recordemos que data de 1921 la primera edición de *El Valle de Josafat,* de D'Ors. En ella, Campoamor—como Gabriel y Galán, cuya figura más de una vez evocaremos al lado de la de nuestro poeta—no sale muy bien parado. D'Ors es rotundo: «El defecto radical de Campoamor es su anacronismo. Se equivocó en dos mil quinientos años». Y acaba uniendo su nombre al de Verne, y refiriéndose a «una promoción tercera, que dejó de leer al uno y al otro, en absoluto» (12).

Mas preferimos no seguir mirando hacia atrás y saltar hasta 1943. En ese año firma Pedro Salinas su artículo *La literatura española moderna,* que, vertido al inglés, sería luego incluído en el *Columbia Dictionary of Modern European Literature* (New York, 1947). Crítico justo, ponderado, su testimonio nos parece de la mayor importancia,

---

(10) Ortega y Gasset: *Obras completas,* III, 30. (Sus artículos sobre la polémica entre Campoamor y Valera, acerca de la utilidad de la metafísica y la poesía, datan de 1910 y en ellos nada deja traslucir contra nuestro poeta, salvo el tono de burlona superioridad en que se expresa. Vid. *Obs. comps.,* I, 155-163.)

(11) Ortega y Gasset: *Obras completas,* II, 428.

(12) Eugenio D'Ors: *El Valle de Josafat,* pág. 127. «Col. Austral», núm. 465. Espasa-Calpe, S. A. Segunda edición. Buenos Aires, 1946.

pese a venir de poeta tan distinto, tan desacorde con las ideas de Campoamor. (Salinas supera la realidad circundante campoamoriana, para buscar la *otra* realidad, la trasrrealidad del mundo y de las cosas.) «Campoamor —escribe— abre las puertas de par en par en sus *Doloras, Pequeños Poemas* y *Humoradas* al realismo y le rinde la plaza de la poesía. Temas y personillas de la llamada vida diaria; sentimentalismo en su forma más convencional, intelectualismo escéptico y formulitas pragmáticas al alcance de todas las fortunas, son los peores ingredientes del realismo poético suyo» (13). No es benévolo Salinas con nuestro poeta; tampoco esperábamos que lo fuera. Sí justo. De aquí que un momento antes, y refiriéndose a la década 1875-1885, subraye la importancia capital, en el terreno de la teoría, de dos obras aparecidas en dicho período: *La cuestión palpitante,* de la Pardo Bazán, y la *Poética,* de Campoamor, en donde éste —dice— «acerca teóricamente hasta un peligrosísimo punto de proximidad los conceptos de poesía y prosa». En su prólogo a *Ensayos de literatura hispánica* —libro que recoge el artículo que comentamos—, Juan Marichal cuenta cómo Salinas —consciente de su doble responsabilidad crítica y profesoral— indignóse con dos jóvenes hispanistas que, encargados de redactar unos cien artículos sobre autores hispánicos, le mostraron la lista provisional que habían confeccionado: «¡Se han olvidado ustedes de Campoamor!», exclamó sin vacilar. Sus severos juicios sobre la obra campoamoriana, sus comentarios burlones —en *Literatura española, siglo XX,* segunda edición, México, 1949— a algún verso prosaico de don Ramón, no le impedían, llegado el momento, dar al viejo poeta el sitio que se le negaba y que por derecho propio le correspondía.

En 1949 aparece el libro de Antonio Montoro, *Poética española* (14). Montoro coloca a Campoamor entre Bécquer y Gabriel y Galán; de estos tres nombres —«cada uno dentro de su pequeño jardín»—, es el salmantino-extremeño el que mejor escapa; a Bécquer, bien defendido por los del 27, no deja de reconocerle ciertos valores; mas a don Ramón, desvalido, le saca de su ceniza para vapulearle sin piedad. «Este cantor imposible —dice—, sin voz, sin arte y sin gana (15), inventó unas máximas con rima y las lanzó al espacio. Estos aeroplanos sin motor pronto caían a tierra». (La metáfora nos parece de lo más desafortunada.) A continuación, y en sus irónicos ataques, parece

(13) PEDRO SALINAS: *Ensayos de literatura hispánica,* pág. 288. Editorial Aguilar. Madrid, 1958. Vid. también págs. 286 y 17.

(14) ANTONIO MONTORO: *Poética española,* págs. 218/19. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 1949.

(15) Poco antes *(Ob. cit.,* pág. 217) ha dicho que Bécquer se le antoja «un corruptor del gozo de vivir, un deprimido y morboso vate *casi sin gana* de componer la estrofa, tristemente incorrecto». Ahí queda eso.

olvidar totalmente la fecha de aparición de las *Doloras* —1846— (16) y la de las *Humoradas* —1886—: «... temeroso de enfrentarse con el poeta del momento —Zorrilla—, empleó esos dados de marfil, duros, geométricos, fríos, y los entregó a sus admiradores. Volaron a ras de los tejados estas humoradas...» (Siguen los vuelos.) Pone aquí unos ejemplos y continúa: «Cuando el poeta quiere salir de la humorada y componer la dolora, se le nota el titubeo, la dificultad de encontrar la melodía y el lenguaje poético. El fracaso es ya ruidoso, cuando intenta el pequeño poema.» Considerar los *pequeños poemas,* dentro de la obra campoamoriana, como fracaso ruidoso, nos parece un error de bulto; porque, sin quizá, algunos de sus mejores momentos los alcanza el poeta en este rincón de su obra, donde él quiso hacer palpitar «algo de lo incondicional absoluto humano». Montoro termina así el tan breve como despiadado ataque: «Ya lejos de tal poeta, aún nos debemos asombrar de que haya sido levantado un monumento a este hombre entre las frondas aromáticas del Retiro, cuando tantos legítimos poetas no lo han alcanzado ni en el Retiro ni en ninguna parte.»

Es curioso comprobar cómo los detractores campoamorianos coinciden en este afán iconoclasta, en este resquemor por la piedra que perpetúa la figura del poeta. Montoro no debería asombrarse de una cosa tan fácil de explicar. Campoamor vivió en olor de multitud; su popularidad la reconocen hasta sus más enconados enemigos. «Fascina a la juventud, cautiva al público y es, sin duda alguna, el poeta más popular, más aplaudido y de mayor importancia del Parnaso lírico contemporáneo», escribía Canalejas en 1876. Y Rivas Cherif afirma que fué la suya «una popularidad rara vez alcanzada en España por escritor alguno». Recordemos cómo siendo Campoamor gobernador de Valencia (1854), la turba sublevada cede, como sobrecogida, al llegar a su presencia. Así lo cuenta él en su obra *El personalismo* (17): «... a pesar de la gratitud que debo al pueblo de Valencia, jamás me acuerdo sin rubor de haberme visto inerme y a la merced de una muchedumbre insurreccionada, en cuyos semblantes veía yo una sonrisa protectora que agradezco mucho, pero que me mortificaba algo, si bien era tan expansiva como la de un hermano y tan benévola como la de un rey...» Con razón escribió Leo Quesnel: «Nada iguala al entusiasmo, mejor dicho, al embobamiento de sus conciudadanos». En este *embobamiento* —si no en el entusiasmo— le sería fácil encontrar a Montoro la razón de sus monumentos —que no sólo el del madrileño Retiro

---

(16) La primera *Dolora,* según Ortega y Munilla, data de 1841. (Vid. Rivas Cherif: *Ob. cit.,* pág. 102.)

(17) Citado por Rivas Cherif: *Ob. cit.,* pág. 18.

le levantaron— y de que su nombre presida miles de calles en otros tantos pueblos españoles. Algo tiene el agua cuando la bendicen (18). No es por simple papanatismo por lo que el pueblo retiene en su memoria los versos de un poeta, o en su corazón. (Cuando los campesinos de Guijo de Granadilla, con escopetas y hoces, se niegan a que le arrebaten el cadáver de su poeta —Gabriel y Galán—, están obedeciendo a un impulso más alto, a algo que la fría mirada del erudito, del crítico, no es capaz —al menos, en un primer intento— de alcanzar, de comprender.) (19). Campoamor, sobre todo con sus *Humoradas,* pretendió grabar sus versos —secos, escuetos, breves como dardos— en las inteligencias, cultivadas o no, de sus contemporáneos; y no cabe duda que lo consiguió. Cuando, diez años atrás, mi hermano Antonio y yo —empapados de Juan Ramón, de Guillén, de Salinas, de *pura poesía*— nos reíamos de los poemas campoamorianos, rechazando su lectura, habíamos de soportar la indignación de nuestra madre que, buena degustadora de la nueva poesía, seguía, no obstante, fiel al Campoamor de su juventud, al Campoamor que, como el ave de una de sus *doloras,* podría lamentarse:

canté, sí, más canté tanto
que al fin me mató el cantar.

Cernuda pone el dedo en la llaga cuando, al final de su estudio, coloca, frente a la *Marcha Triunfal,* de Darío —«ya muerta», dice—, *¡Quién supiera escribir!,* conservadora todavía de «algún rescoldo vivo», pese a ser más lejana en el tiempo y pese a estar su autor —añadiríamos— considerado tan por debajo del nicaragüense.

Tres años después de la aparición del libro de Montoro a que acabamos de referirnos, Dámaso Alonso publica *Poetas españoles contemporáneos.* En él, y de pasada, en el capítulo dedicado a Manuel Machado, apunta una opinión sobre el poeta de Navia, que nos parece (Cano también la recoge) trascendente: «No estamos aún preparados para hacer justicia a Campoamor. La reacción, primero violenta, des-

(18) FERNÁNDEZ ALMAGRO, en el artículo citado en nuestra nota número 4, escribe, certero: «Cuando un poeta logra que sus versos prendan en el corazón y en el oído de sus lectores coetáneos y que esa preferencia se transmita a la generación siguiente, el fenómeno merece atento estudio. No basta a explicarlo el antojadizo gusto de la gente. Alguna vibración del espíritu de su autor, en este o aquel período o fase, ha sido captada por el poeta, cuyos versos se aprenden muchos lectores de memoria e incluso se hacen proverbiales: poesía *documental* que puede adquirir, por razones de psicología social, nueva vigencia.»

(19) PEDRO DE LORENZO ha hecho una revisión de Gabriel y Galán, con pasión y sin pasiones, en su reciente libro *Extremadura, la fantasía heroica* (Editora Nacional. Madrid, 1961), págs. 55 a 71, que recomendamos. En cambio nos parece menos afortunada la que LUIS DE TORANZO (Miguel A. de Argumosa) *pretende* hacer en el número 18 de la revista *Piedralaves* (Madrid, octubre 1961), con el título «Recordando a Gabriel y Galán».

pués despectiva y al fin de mera ignorancia, contraria a él, alcanza ya (con los sucesivos matices indicados) a tres generaciones. Espero que llegará un día en que se reconozca cuán original fué su posición dentro del siglo XIX español, cuán desigual fué la lucha entre su propósito (el poema filosófico en tres dimensiones: mínima, normal y larga) y los medios estilísticos que supo o pudo allegar para ello» (20). Y aunque a renglón seguido se apresura a aclarar que nunca confundirá a Campoamor con un genio de la poesía, parece estar en sus palabras la semilla reivindicadora. Aleixandre hablará luego de él con comprensión (21) y Díaz-Plaja (22) reconocerá que, aunque su obra no tenga valoración, enfocada según nuestro actual sentir estético, «Campoamor inaugura una manera personalísima de versificar, sin precedentes visibles ni seguidores afortunados». Richard, en sus notas para el *Diccionario literario,* es ecuánime (23), y el propio José María de Cossío —que en su libro *Poesía española* no dejara en muy buen lugar a nuestro poeta (24)— firma en dicho diccionario una nota sobre las *Fábulas* campoamorianas en las que, entre otros elogios, dice tienen éstas interés suficiente «para merecer la mención en la más estrecha historia literaria» (25).

Vale la pena, al llegar a este punto, hacer un inciso acerca de la nota que en el aludido libro, *Poesía española,* dedica Cossío a Góngora y Campoamor, con el título *Trasplante de imágenes.* Tomando como base la condición de incomunicable e inimitable, propias de la poesía lírica, subjetiva, y de cómo sus imágenes y metáforas pierden, aisladas, su eficacia y su vigor, Cossío recurre a un ejemplo para demostrarlo: la canción de Góngora, que comienza «Qué de envidiosos montes levantados...» (26), y de la cual son estos versos:

Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

---

(20) DÁMASO ALONSO: *Poetas españoles contemporáneos,* pág. 84. Gredos, Madrid. Manejamos la edición fechada en 1958.

(21) Vid. *Algunos caracteres de la nueva poesía española,* discurso leído en la Junta pública del Instituto de España, de 29 de octubre de 1955. Madrid, 1955.

(22) GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *El reverso de la belleza,* pág. 62. «Ed. Barna». Barcelona, 1956.

(23) GONZÁLEZ PORTO - BOMPIANI: *Diccionario literario.* Barcelona, 1959. Tomo IV, págs. 272/3 y 331.

(24) JOSÉ MARÍA DE COSSÍO: *Poesía española: Notas de asedio,* págs. 187/90. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1936.

(25) *Ob. cit.,* V. 11.

(26) Por cierto que también aquí encontramos variantes con la edición de poemas gongorinos que tenemos a mano: la *Antología,* que para la colección «Austral» preparaba ANTONIO MARICHALAR en 1939. Dice Cossío:

Qué de «empinados» montes levantados,
de nieves impedidos,
me «contienen» tus dulces ojos bellos...»

He aquí la imagen decisiva que Cossío encuentra luego dos veces imitada: por don Juan Valera *(En el álbum de María)* y por Campoamor *(La novia y el nido)*. Cossío esquiva comentar la de Valera; nosotros, no, aunque por un momento nos desviemos de nuestro propósito: Transcribimos los versos del cordobés:

El dedo colocado
sobre la dulce boca, adormeciendo
el velador cuidado...

El propio Valera, al pie de este poema, advierte en una nota (27) la semejanza con Góngora. «Si es un mal plagio o una feliz imitación —dice—, júzguelo quien leyere. Yo no lo creo sino una aplicación de la imagen de Góngora a una situación muy diferente.» Valera habla de *aplicación;* Cossío, de *trasplante.* «Campoamor trasplantó esta imagen a uno de sus triviales poemas», dice. Y añade: «En el final del poema, la novia, al penetrar en la alcoba nupcial, siente las emociones que son de rigor o, al menos, lo eran en la poesía fin del siglo XIX, y el poeta se niega a seguir narrando, para justificarse, lo cual invoca la autoridad del gran cordobés.» La verdad es que no entendemos bien por qué Cossío cree que las emociones que el poeta descubre en la Isabel de su poema sean las propias de la poesía *fin de siglo;* a nosotros nos parecen las propias de toda mujer en tal trance, en esa «del abismo de amor dulce pendiente»; ese rubor que experimenta por encima de —o además de— las sensaciones de ilusión, confianza, ignorancia, candor, fe y esperanza, es un rubor *sin fechas:* el rubor de toda mujer honesta en su noche de bodas. Pero citemos los versos que recoge Cossío:

Yo quisiera contarlo, mas no puedo;
pues donde hay sueño virginal o boda,
según Góngora, un ángel sonriente
pone gentil sobre la boca un dedo.

Y MARICHALAR (cuarta edición, pág. 178):

¡Qué de envidiosos montes levantados,
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!

También coinciden con MARICHALAR la *Antología poética,* de GÓNGORA, de la Editorial Pleamar (selección y forma de RAFAEL ALBERTI), Buenos Aires, 1955; y las *Obras completas,* de GÓNGORA, recopiladas y prologadas por ISABEL y JUAN MILLÉ (Aguilar. Madrid, 1956; pág. 574).

Mas no es ésta la variante que nos interesa comentar.

(27) Vid. *Poesías escogidas,* págs. 60 y 61, en *Obras escogidas de Juan Valera,* XII. «Biblioteca Nueva». Madrid, 1928. Al pie del poema citado, y bajo la nota del propio VALERA, hay otra de MENÉNDEZ PELAYO insistiendo en la semejanza: «En la tercera estrofa de esta linda y juvenil composición —escribe— hay una evidente reminiscencia de Góngora». Y al referirse a la canción gongorina, acaso

La edición consultada por el ilustre académico (28) difiere bastante de la que nosotros manejamos ahora: la de Rivas Cherif, en *Clásicos castellanos.* He aquí cómo se reproducen en ésta los cuatro versos:

Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
porque sé que a la puerta donde hay boda
«¡Silencio!», dice un ángel; y sonriente
pone después sobre la boca un dedo.

Como puede observarse, sólo el primero de estos cuatro versos permanece invariable. Cossío escribe: «La eficacia poética del remedo creo que es nula... Un pensamiento, una imagen robusta, se ha convertido por lo menos en una miniatura desdibujada.» A nosotros no nos merece tal *trasplante* tan duro comentario ni creemos que «de un alto asunto» pase la imagen «a una frívola ocasión burguesa». La postura de Cossío al escribir ese capítulo (¿1928?) no era precisamente de simpatía —o, al menos, de imparcialidad— hacia el poeta asturiano.

Cerremos este inciso y regresemos. Andábamos, por así decirlo, en 1959, fecha en que se edita el *Diccionario literario* aludido. Pues bien, en ese mismo año, una de nuestras revistas poéticas más prestigiosas, *Agora,* insertó, en su número 31/32, y en su habitual espacio, «Arte poética», un puñado de pensamientos de Campoamor, lo cual no dejó (los cuales no dejaron) de sorprender a más de cuatro. El *sí es-no es* de la margarita campoamoriana no ha cesado aún de deshojarse. Rafael Morales, en un artículo aparecido en *Punta Europa* (29), se manifestaba abiertamente en contra de los intentos reivindicadores:

«Yo siempre preferiré al genial, al magnífico Góngora —escribía— y no al ramplón Campoamor, a quien tantos defensores están saliendo en nuestros días, aunque es de esperar que todo ello no pase de ser una mala moda, consecuencia de cierto realismo, que desde hace unos años ha ganado muchos adeptos y está creando confusión.» En cambio, Gerardo Diego, en un reciente poema —*Barquillero*— aparecido en la revis-

---

por citar de memoria, Menéndez Pelayo comete dos errores: «Dormid, copia gentil de amantes bellos...», dice; y luego: «de nuestras almas dueño». Los errores son *bellos* por *nobles* (que ha de rimar con *robles)* y *nuestras* por *vuestras.*

(28) Cossío bien pudo valerse de la edición campoamoriana de Luis Tasso (Barcelona, 1900), *Obras poéticas completas,* tomo I. Es ésta la que nosotros hemos consultado en este punto (precisamente el ejemplar que perteneció a Rodríguez Marín, hoy propiedad —como toda su biblioteca— del Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y ratifica la versión de Cossío. Es curioso que Rivas Cherif no aluda en su edición a tan singular variante.

(29) *Realidad, realismo y poesía.* «Punta Europa», núm. 64, pág. 37. Madrid, abril 1961.

ta *Azor* (30), escribe de nuestro poeta con intención emuladora y resón de su gaitero:

Si yo fuera Campoamor,
barquillero,
qué dolora, qué primor,
rimaría en tu loor
camino del Sardinero...

Si yo fuera Campoamor,
barquillero,
yo sería tu cantor
de romería y verbena...

Campoamor está sobre el tapete. Para su gozo o para su daño. Alguien, desengañado, ha dicho: «Lo importante es que hablen de uno, aunque sea bien.» Se ha vuelto a Campoamor, se ha hablado —se habla— de él. Hora es ya de preguntarse el porqué de esta vuelta, de este desolvido. Decíamos al principio: Gira el mundo, giramos, giran los gustos, las modas. He aquí la respuesta. Estamos atravesando un momento crucial, de retorno al realismo. La de Campoamor fué una reacción antirromántica; la de Rubén, Juan Ramón, Machado, antirrealista —anticampoamoriana—. «Hoy —escribe Cano— se vuelve al realismo en poesía por hartazgo quizá de subjetivismo y antirrealismo poético. Los poetas más jóvenes buscan ya lo que también buscó Campoamor: que la poesía descienda al pueblo, deje de ser un alimento demasiado exquisito, para minorías.» En efecto, Campoamor trató —son sus propias palabras— de «bajar el diapasón de la poesía», de «democratizarla», de «sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificioso de la mayor parte de los poetas antiguos». Cuando leemos en Campoamor:

Y sólo por la gloria —«Aquí reposa»—
grabamos en sonoras expresiones:
«Don Fulano de Tal, que fué tal cosa»,

nos parece estar leyendo al Celaya de *Instancia* o de *Hablando en castellano*. Claro que los jóvenes de hoy van al realismo con medio siglo más de excelente poesía sobre sus hombros y tal herencia no puede dejar de notarse. Campoamor, en cambio, lo hizo en un momento más difícil, por sí solo, puesto que sus seguidores fueron pocos y sin importancia; de aquí que cayera muchas veces en lo contrario: en el vulgar prosaísmo, en el verso tan falto de cuidado que devenía ripioso, sin aliento. No siempre, por supuesto. Porque el Campoamor

---

(30) *Azor*, tercer vuelo, núm. 4. Noviembre-diciembre 1961, pág. 10.

de *Cultivando lechugas Diocleciano,* es también el autor de otros muchos endecasílabos, donde éste puede ser hundido y olvidado:

con aquel pie que llenaría apenas
el hueco de la mano de una niña...

Empero, Campoamor ayer y otros muchos poetas hoy, con su inclinación al lenguaje natural, sin galas, están enfrentándose a toda nuestra poesía tradicional, de siempre rica en su expresión y en su forma. Clarividente, Gerardo Diego, en un recientísimo artículo (31), salía al paso de la intransigencia de los jóvenes poetas en su afán de «limitar antiinhumanamente las inmensas posibilidades de la expresión verbal» y de condenar sin remisión «el juego de palabras y el rasgo de ingenio». A nuestro juicio, en esto, como en todo, el mal no está en el uso, sino en el abuso. Dejar a la poesía en mejor juego verbal, en el falso oropel externo, es censurable; mas no lo es menos caer en el extremo opuesto. Cuando Celaya escribe: «Hubo un hombre que llamaban/Pedro Echave Mazarredo./No era ni grande, ni chico./No era ni malo ni bueno.» O bien: «Y éste, yo, Martín Aguirre: /Treinta y seis años, contable,/con demasiados proyectos/y novia para casarme», no lo está haciendo mejor que Adriano del Valle, por ejemplo, en *Los aromas:* «Balidos del jazmín y la azucena,/del lirio recental sin los pastores,/aromas en vaivén balan las flores/y el pétalo su esquila allí resuena.» *In medio, virtus.*

Hay dos cosas que podrían explicarnos en mucho la postura campoamoriana: una, su fidelidad a su tiempo; otra, su fidelidad a sí mismo. Campoamor se da perfecta cuenta de lo que pretende, de lo que puede hacer en el momento poético en que su vida está en su culmen. Ve su camino y por él se lanza. Nadie podrá negarle nunca su sitio en la historia de nuestras letras; tampoco su valentía renovadora, *revolucionadora,* como él mismo gustaba de repetir, aun pidiendo perdón —él, conservador, moderado— por el atrevimiento (32). Fiel a su tiempo, sí. «No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro», escribió. Añadiendo: «La poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas propios de su

(31) «Soneto y Sonata», *A B C,* 8 de febrero de 1962. Escribe GERARDO: «Se diría leyendo las condenaciones fulminantes que disparan los jóvenes escritores y poetas, y hasta los sesudos críticos, que no se puede escribir sino en el estilo ya sublime para decir algo apocalíptico y nunca oído, ya en el rastrero y maloliente, para eructar improperios.»

(32) «Aunque soy tan conservador, ruego que se me perdone si, como digo, he tratado de revolucionar el fondo de la poesía con las *Doloras,* porque desprecio lo insustancial, y la forma de los versos con los *Pequeños poemas...*» *(Poética,* capítulo III, IX). Vid RIVAS CHERIF: *Ob. cit.,* pág. 207. Vid. también nuestra nota número 5.

época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso si no se quiere parecer anacrónico». La visión que de la sociedad española de entonces dejó plasmada en su obra, no pudo ser más exacta. Fiel, también, a sí mismo. La poesía de Campoamor tiene un destinatario: el pueblo; él escribe *por algo* —porque es poeta—, pero también *para* algo: para acercarse a los demás. De aquí parte él para prescindir de la revisión, de la selección de lo escrito; consciente de la poca calidad de sus versos primeros —«Ternezas y flores»—, consiente, sin embargo, en que sean incluídos en la edición que —con *Ayes del alma* y *Fábulas*— hace Victoriano Suárez en 1874, para que el público destinatario pueda con facilidad observar la evolución, el desarrollo de su pensamiento. «Eso de que un autor —escribía en su *Advertencia* a la edición citada— no publique más que una o dos docenas de sus composiciones que crea más superiores, como si él empezase por donde los demás concluyen, tiene un no sé qué de preparado y de teatral que repugna a la franqueza de mi carácter». (Recordemos cómo en otra ocasión escribiría: «declaro que toda mentira me es del todo insoportable.») Errada o no, su postura no deja de ser noble.

En la *Introducción* que Rivas Cherif pone a su edición repetidamente citada de las poesías campoamorianas, hay unas palabras que nos parecen no sólo certeras, sino de la más viva actualidad. Son éstas: «Hoy... resurge el nombre de don Ramón de Campoamor con una significación propiamente histórica, sin el nimbo ofuscado de que le rodeó una admiración tan hiperbólica cuanto irreflexiva, pero reivindicado, esclarecido, justificado ante la posteridad.» Es así como queremos verle, como debemos verle. *Desde* hoy, pero *en su* hoy. Pedro de Lorenzo ha escrito (33) que para la gloria de autor basta un poema; un madrigal a Cetina, unas coplas a Manrique, una oda a Fray Luis. «Se encontraría el poema de Gabriel y Galán», dice. El no lo señala. ¿Se encontraría también el de Campoamor? Creemos que sí. ¿Lo señalamos? Es difícil decidirse, elegir. Lo hacemos, sin embargo: *¡Quién supiera escribir!*, resumen de una manera de hacer y de sentir, de una intención y una postura literarias, poéticas, peculiares.

Decíamos más arriba del Campoamor melancólico, pero ¿desengañado? Su *humorada* final así nos lo muestra, con más dolor que ironía en sus cuatro octosílabos:

---

(33) PEDRO DE LORENZO: *Ob. cit.*, pág. 68. CAMPOAMOR escribió en su *Poética:* «Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo un modo de pensar y de sentir.»

Yo conocí un labrador
que, celebrando mi gloria,
al borrico de la noria
le llamaba Campoamor.

Gloria y dolor, tan unidos. Papini pone en labios del *Coro de los Poetas* de su *Juicio universal* estas palabras: «No mires, ¡oh Dios!, aquel hálito descendido de Ti que nos hizo gloriosos y dolorosos»... Gloriosos y dolorosos, sí, para siempre y sin remedio.—CARLOS MURCIANO.

ESCULTURAS DE ANTONIO MORALES OVIEDO

INSTITUTO DE CULTURA HISPÁNICA

Pocas veces encontramos en una exposición lo que debe exponerse de la obra de un artista. Normalmente los artistas, mal aconsejados por los directores de salas y galerías de arte, suelen presentar al público toda la obra con que cuentan en su estudio, porque «toda puede venderse». Cuando un artista expone, no es lo más importante vender, sino definir su arte con una pequeña muestra, su genio, su obra, y luego vendrá lo de las «ventas» por añadidura.

Hay obras que no dicen nada, o nada bueno de su autor, expuestas en una sala, y, sin embargo, era preciso que el autor las realizara a modo de estudios para dar paso a obras posteriores de definitiva realización que ocupen un punto, un momento en la evolución artística del autor en cuestión.

La exposición del artista Antonio Morales Oviedo, que se presentó el pasado enero en la sala de arte del Instituto de Cultura Hispánica, en Madrid, decía algo de su autor, pese a su juventud y a los pocos años que sus obras llevan difundiéndose. ¿Por qué? Porque se presentaban obras seleccionadas, obras que definen el carácter, la tendencia y la afición del artista en grado profesional hacia determinados temas.

El escultor Morales Oviedo está terminando o acaba de terminar sus estudios académicos en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Tiene aún el marchamo común de todos los estudiantes de San Fernando, cosa nada criticable en contra del artista, porque es lógico que una serie de escultores, trabajando con los mismos modelos, en un período en que aún no se está hecho y bajo unas directrices del profesor y de los escultores de moda o famosos del momento, se parezcan entre sí, tengan un mismo sello. Lejos de ser perjudicial, como se ha dicho más de una vez, es beneficio-

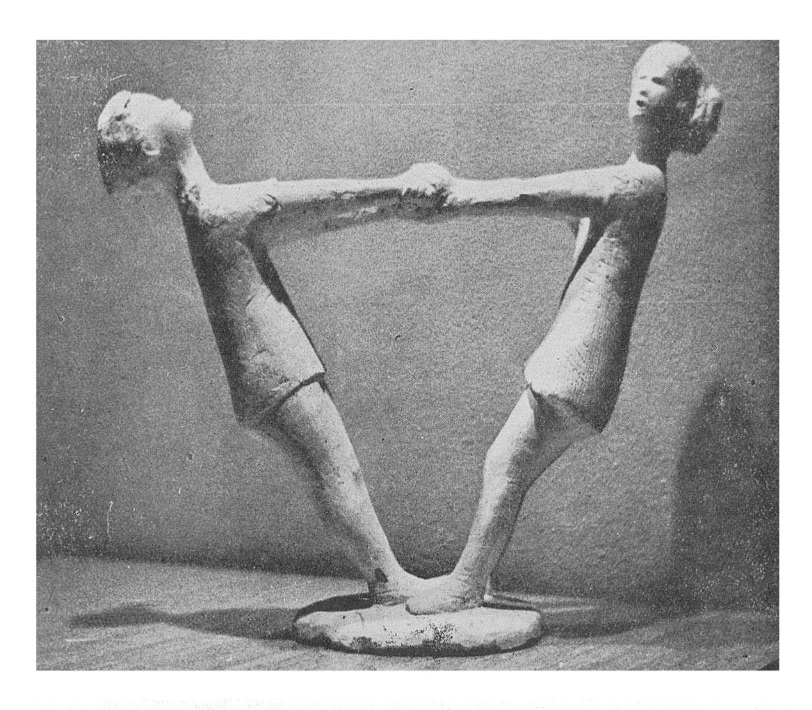
so, y son muchos los ejemplos con que contamos para asegurar que el verdadero artista deja pronto lo malo de ese sello común a todos los estudiantes y encuentra su propio camino. Morales Oviedo ya se ha evadido de ese sello común. Sus esculturas no son como aquellas que construía en barro en las aulas de San Fernando, la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid. Aquellas figuras, ya fuesen sus modelos de escayola o vivos, adoptaban posturas cómodas, en reposo, con un punto de apoyo en cercana verticalidad con la masa corpórea. Morales Oviedo se ha interesado luego por el movimiento, ha escogido difíciles posturas de niños jugando, con los que ha conseguido la sensación de movimiento, una de las cosas más difíciles de conseguir en la escultura. Con frecuencia hemos visto escultores muy buenos, «de mucha fama», en los que con pena hemos observado en algunas de sus obras una quietud que no quería su autor, precisamente, que apareciera porque no iba al tema.

Morales Oviedo, Antonio, lucha con encontrar la escultura suya. Así lo demuestra con las dos clases en que dividimos la muestra expuesta de su obra escultórica en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid: Una es la de los niños en grupos, jugando. La otra es una escultura con menos relieve, más simplificada en su forma, buscando un acercamiento a la redondez. Pero aun en estas muestras, Morales Oviedo es fiel a unos cánones tradicionales.—FRANCISCO PRADOS DE LA PLAZA.

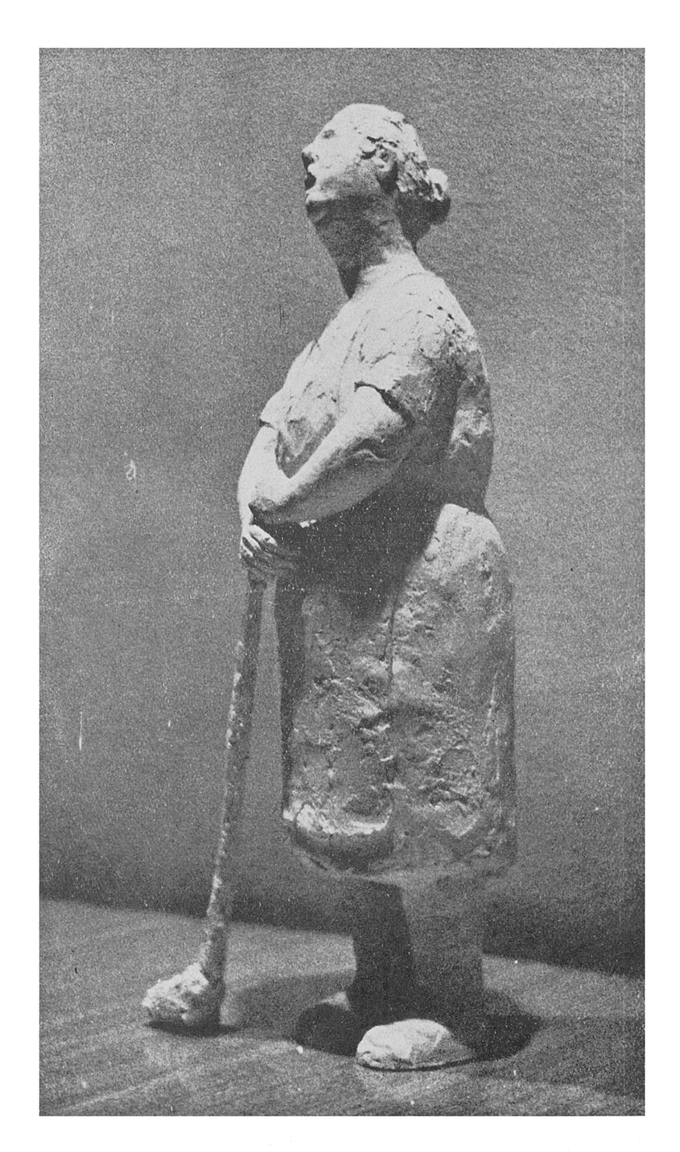
LIBROS DE PORTUGAL

LAS UBÉRRIMAS ARCAS DE AQUILINO RIBEIRO

La publicación que de las obras completas de Aquilino Ribeiro está haciendo la casa Bertrand, de Lisboa, ha dado lugar a la reedición de estas «arcas encoradas», de estos escritos breves y sustanciosos, a los que el gran escritor llamó en su primera edición de 1953—una parva tirada de cuarenta ejemplares—, estudios, opiniones y fantasías, y ahora, nueve años más tarde, califica de *velharias* en la dedicatoria del ejemplar que nos manda. No es *velharia* palabra unívoca, aunque todas sus acepciones giren en torno de los muchos años. Desde *vejez* hasta *impertinencia propia de los viejos,* pasando por *narración de cosas más que sabidas,* a las que tan aficionados son los ancianos, por *vocablo anticuado* o *palabra obsoleta, velharia* nos muestra sus diferentes rostros o las distintas partes de su bulto semántico como esos retratos picassianos proyectados sobre los lienzos al estilo del desarrollo



Obra de ANTONIO MORALES OVIEDO



Obra de ANTONIO MORALES OVIEDO

del cubo y la pirámide en las páginas de las enciclopedias de la escuela. ¿Por qué *valharias*? ¿Qué ha podido hacer que Aquilino Ribeiro, a sus setenta y seis años y en un momento en el que no escribía para el público, llamase así a lo que empezó definiendo con los términos, tradicionales en el vocabulario de la lengua editorial, de estudios, opiniones y fantasías? ¿No será que Aquilino se nos está volviendo más joven y empieza a encontrar un sabor de pasado en la perennidad clásica de su obra ya escrita? ¿Hacía mucho tiempo que había corregido las pruebas de la reedición de *Arcas encoiradas* (1) cuando nos dedicó este ejemplar? En todo caso, los dieciocho escritos de que consta este singular libro gozan, a nuestro entender, de una actualidad que los años irán, valga la aparente paradoja, actualizando más y más. Creemos que este volumen sirve muy bien para que nos expliquemos al hombre Aquilino, que parece haber querido encontrarse —disimulando ante sí mismo— en los temas, cuidadosamente escogidos, de sus digresiones.

Aquilino Ribeiro, nacido en la Beira Alta, en el lugar de Carregal da Tabosa, «nombre que sabe a la castiza España», según su biógrafo Manuel Mendes (¿por qué en el nombre hay algo de tobosino?), habla mucho en este libro de los campos y ciudades de su región natal, la más emparentada, entre las portuguesas, con nuestra Castilla la Vieja. Habla de sus campos y de sus ciudades, pero después de haberse remontado a los orígenes de la humanidad beirense. Aquilino, en efecto, empieza su obra hablando de los monumentos prehistóricos, a los que el pueblo portugués llama *orcas*. «Orca, en romance lusitano, significa dolmen del mismo modo que arca, en latín, significa sepulcro.» Así plantea nuestro autor el problema, que más adelante desarrollará, del destino que los primitivos habitantes de la Península daban a aquellos monumentos increíbles, hechos a fuerza de brazos y —qué duda puede caber— de astucia e ingenio. Ya está Aquilino Ribeiro tratando de explicarse la actitud vital de sus remotos abuelos. Rechaza, en inspirados y documentados capítulos —no temáis el fárrago erudito: esto no es sino literatura de buena ley—, el que los dólmenes fuesen monumentos funerarios. No: si en ellos se encuentran a veces restos humanos debe de ser (debe ser) porque incidentalmente acogieron a las víctimas de una batalla o, por mejor decir, de una de aquellas peleas, riñas o pendencias que, Dios sabe por qué motivos, conmovían la paz laboriosa de los clanes. Los dólmenes no eran sino habitáculos destinados a ser cobijo de los guardadores del fuego. ¿Cómo se explica, si no, la vasija llena de tizones que con tanta frecuencia suelen descubrir los excavadores? Esto, aparte de que su

(1) AQUILINO RIBEIRO: *Arcas encoiradas*. Livraria Bertrand. Lisboa, 1962.

planta es recordada notablemente por la del templo de las vestales, dedicado, como se sabe, a idéntico menester. ¿Poesía y divagación? ¿O, por el contrario, investigación arqueológica? Ni lo uno ni lo contrario. Tal vez sin darse cuenta, este novelista del esfuerzo cotidiano, un nada homérico y un mucho hesiódico, está definiéndose a sí mismo. Nada de culto a los muertos cuando los vivos tienen tanto que resolver, tantas empresas que rematar, tanta tela que cortar todavía.

¿Hay en esta actitud, confesada a medias, un desprecio de los tiempos idos? De ninguna manera. Vamos a ver en seguida que Aquilino Ribeiro es un admirador de quienes dedican su esfuerzo a la salvación de los testimonios del pasado. Pero no lo haremos sin referirnos antes a una de las ideas más originales de este libro, la que rechaza, por miope, la teoría del bestial hombre de las cavernas. Aquilino, que ha debido de leer a Alençar y demás indianistas brasileños con más tierna ironía que al comedido Señor de la Montaña, añade a la tesis del buen salvaje la que podríamos llamar del buen troglodita. No era un bárbaro irreflexivo, amigo del zapatazo y tentetieso, de la violencia por el placer de ejercerla, el hombre que alzó los dólmenes y los menhires. Era más bien pacífico, bienintencionado, aunque despiadadamente realista, amigo de los demás hombres, que no eran tantos en aquellas remotas edades como para entretenerse en eliminarlos para descanso de venados y alimañas. Nada de *homo hominis lupus*. Para Aquilino, el remoto habitante de la Beira debía de parecerse mucho a los actuales beirenses, a quienes más adelante se refiere. Y lo hace sin apasionamiento, ensalzando las virtudes mientras reconoce las faltas, y atacando los tópicos, los lugares comunes. «Triste, de modo general —dice—, no parece que el portugués lo sea. El beirense, mucho menos.» No es sino un hombre en lucha con una naturaleza hostil, que le obliga en muchas ocasiones a emigrar, a explotar sus posibilidades de trabajador en otras regiones portuguesas e incluso en el lejano Brasil. Es, antes que nada, un hombre práctico, lo que demuestra incluso en el aspecto religioso. Su religión es más litúrgica que mística; es decir, ama un orden social que, por tradición, ha ido cristalizando en las ceremonias religiosas. El beirense, al participar de la liturgia, defiende, más bien que una ideología mística, un orden social. Lo que no quiere decir que la Beira sea, ni mucho menos, una región teocrática. La liturgia no pasa de ser, interpretamos, un medio propicio a la ósmosis social.

También el pensamiento español está presente en este libro. Ora son los hermanos Giner de los Ríos, con sus observaciones acerca de la arquitectura —en Portugal, afirmaron, no hay arquitectura civil digna de este nombre—, ora Unamuno en su destierro francés, a un tiro

de ballesta de la frontera, que habla con Aquilino y se extiende en agudas y apasionadas reflexiones, que el portugués acoge con respeto.

Las ciudades de la Beira merecen también espléndidas páginas de nuestro escritor, y sobre todas ellas, Viseo y Lamego. No se trata de historia local, aunque en ellas aparezcan temas de crónica provinciana; lo que ocurre es que la evocación del colegio de esta última ciudad, en el que Aquilino hizo sus estudios secundarios, y de los amigos de la primera, le llevan a tratar de la urbanización, de los incidentes y anécdotas de las mismas. ¡Qué bien podemos comprender a Aquilino leyendo atentamente estos capítulos, cargados de hechos y pensamiento! Aparece en ellos la figura de Francisco Almeida Moreira, fundador y poblador del Museo Grão-Vasco de Viseo. Aquel Almeida Moreira, que cuando no conseguía los objetos que corrían peligro de perdición y él quería aposentar en las salas de su museo, aprovechaba cualquier descuido de los celosos curas y sacristanes y huía con el candelabro, las sacras o la pintura debajo del gabán. Aquilino, hombre práctico como buen beirense que es, lejos de condenar al humanista descuidero, le justifica en honra de las artes. Y es que merecía la pena cuanto se hiciese por dar emplazamiento definitivo a la mayor cantidad posible de obras artísticas de la Beira Alta. Durante el período manuelino, esta región contó con una de las más admirables escuelas pictóricas de la Península. Entre sus maestros sobresale Vasco Fernandes, el Gran-Vasco, al que fué dedicado el museo, seguido en méritos por el originalísimo Gaspar Vaz. Si concedemos un lugar aparte al sin par Nuno Gonçalves, autor del *Políptico de San Vicente,* podemos decir que esta escuela pictórica es la más importante de Portugal.

Lo que Aquilino quiere es comprender a su tierra para comprenderse. No vamos a tocar, uno por uno y tan de ligero, los temas de este libro, sus reflexiones sobre el instinto de los animales sedentarios y migradores, acerca del vino y el pan del norte de Portugal, sobre las carreteras y los ríos. Pero hay dos que no quisiéramos olvidar. Uno es el del sepulcro del rey Don Rodrigo. El otro, el de la aversión de los porteños medievales hacia los nobles, dueñas, abades y demás poderosos de la tierra.

¿Yacen los restos del desgraciado rey en la capilla de San Miguel do Fetal, en Viseo, según reza una desconfiada inscripción? «Aquí yace D. Rodrigo, último rey de los Godos, *si vera est fama*», puede leerse sobre una lápida. Aquilino Ribeiro nos da noticia de la circunstancia, sin poner ni quitar rey debajo de aquélla, lo que no le impide ofrecernos varias versiones tradicionales, una de ellas verdaderamente cruel y despiadada, del fin del libidinoso monarca. Es la que cuenta

cómo el obispo de aquella diócesis, a la que Don Rodrigo fué a dar con sus pecadores huesos para que nunca saliesen, al parecer, de ella, le impuso la penitencia de ser devorado por una serpiente. ¡Brava expiación por la que, de ser cierta, hubiese tenido el prelado que pedir perdón a Dios de por vida! Claro es que si la penitencia le fué inspirada, como quiere la tradición, de poco tenía el pastor que arrepentirse. El caso es que se mandó fabricar una cuba y en ella fué preciso meter al penitente en compañía de una culebra. El reptil era pequeño, pero la revelación había dicho que era preciso tener paciencia, que ya crecería. Y medró, efectivamente, volviéndose «gruesa y terrible». El piadoso obispo visitaba todos los días al monarca encerrado en su enotécnica ergástula, hasta que uno de ellos el bicho se comió salva sea la parte del pecador y por el hueco que quedaba libre se le introdujo en el vientre, mientras su alma era introducida en la mansión de los justos... y los justificados.

La leyenda que refiere Aquilino está inspirada en el romance anónimo castellano, que algunos atribuyen a Lorenzo de Sepúlveda, llamado de la *Penitencia de Don Rodrigo*. Si cambiamos al obispo por un ermitaño y a la cuba (Viseo anda cerca de la tierra del buen vino) por una sepultura, tendremos la leyenda referida por Aquilino. En nuestro romance, el ermitaño pide la revelación de la penitencia que conviene al real pecador.

Fuéle luego revelado,
de parte de Dios, un día,
que le meta en una cueva
con una culebra viva.

El ermitaño, que no era, por lo visto, medroso ni sensiblero, después de recibir la revelación,

muy alegre se volvía:
contóselo todo al rey.

Y éste, muy gozoso también, dió principio a su penitencia. A los tres días le visita el ermitaño.

Dice: ¿Cómo os va, buen rey?
¿Vaos bien con la compañía?

Ni bien ni mal. El bicho no siente aún deseos de devorarle. Pero cuando el santo varón vuelve por segunda vez a visitar al prisionero, éste le cuenta:

...La culebra me comía;
cómeme ya por la parte
que todo lo merecía.

O, como dice otro romance tradicional,

por do más pecado había;

lo que para el caso es lo mismo.

¿Yace en Viseo el seductor de Florinda, la Cava? ¡Qué más da! Aquilino Ribeiro puede sentir en la desconfiada tradición, que ni afirma ni niega, la trascendencia de un iberismo de nuestros pecados del que él mismo sería uno de los contemporáneos más significativos.

Al hablar de la vieja y vitalísima ciudad de Oporto, nos cuenta Aquilino, con hipérbole valleinclanesca, del marido de una célebre belleza, hablando del cual se decía «que estaba tan enramado, que dos cucos cantando en las dos astas más elevadas no se oían el uno al otro». Pero Oporto no es solamente la ciudad del chisme retozón o el intenso tráfico mercantil; es, sobre todo, la ciudad democrática. Para comprender el celo con que los porteños han sabido defender desde siempre las prerrogativas de su sangre popular, que no plebeya, hay que leer las emocionantes páginas dedicadas a historiar el tema. Estos, en efecto, arrancaron del rey, ya en el último cuarto del siglo XIV, una decisión en virtud de la cual «la ciudad de Oporto quedaba vedada a caballero, escudero, hidalgo de cualquier orden, hombre poderoso u otros» para vivir intramuros de ella o en lugar no designado previamente; prohibición que los tesoneros burgueses lograron imponer a las «hijas de algo, priores de monasterios y abades benedictinos, extendiéndose esta prohibición a los maestres de la Orden de Santiago, de Cristo, de Avis y del Hospital, otrosí a los frailes y comendadores de las dichas Ordenes». No admitían aquellos independientes porteños abusos ni imposiciones procedentes del poder o la sangre. Los fueros han caído en desuso, pero los vecinos de Oporto continúan guardándolos *in pectore.* ¿Y Aquilino? ¿O es que los beirenses no son de tan buena condición como sus vecinos?

Libro variado, ameno, escrito en un portugués tan rico que en ocasiones excede al de los diccionarios, nos da *Arcas encoiradas* la medida del gran escritor que es Aquilino Ribeiro, traductor del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares* y autor de otras que no lo son menos y que para siempre han de quedar incorporadas al acervo de la literatura peninsular.—ANGEL CRESPO.

INDICE DE EXPOSICIONES

La arquitectura y escultura en el arte sacro

José Luis Alonso Coomonte es un escultor zamorano que ha obtenido medalla de oro en la II Bienal de Arte Sacro de Salzburgo por una custodia que se exhibe en la nueva Sala Templo y Altar. La custodia, construída en hierro y piedra, constituye un alarde de buen oficio, y tiene como concepto la idea de «dejar en el arte» la sagrada forma..., y junto a la obra del artista se han reunido varios arquitectos para celebrar coloquio. Eran éstos Luis Felipe Vivanco, quien muy acertadamente presentó la obra del escultor; Fernando Cuenca, Fernández del Amo, Carlos de Miguel, Luis Moya, Alejandro de la Sota y Vázquez Molezun, presididos por el Padre Aguilar. Todos coincidieron, aparte de los diversos análisis sobre la obra de Coomonte, en significar el nuevo aliento religioso que se aprecia en las obras de arte y que puede tener características exteriores en el empleo de materiales «nuevos», como la piedra y el hierro, que precisan elementos de nobleza y humildad en las corrientes cristianas de nuestra hora.

Pero para nosotros, lo más destacado del coloquio es la reunión de nombres que pertenecen a una generación de arquitectos a los que debe la comunidad unas aportaciones que hoy es pronto para juzgar. Estos nombres, y algunos otros más —no muchos—, vienen dando ejemplo a través de los años de un interés y una atención por los problemas artísticos que han dejado una excelente influencia en las generaciones que los siguen. Aún es pronto para juzgar no sólo las obras realizadas, sino los entusiasmos gratuitos puestos al servicio general. Desde la gran labor de Carlos de Miguel, organizador de coloquios inolvidables, hasta este último se aprecia un interés, un bien hacer y bien sentir por parte de los arquitectos —de algunos arquitectos—, cuya actitud tanto influye en el pensamiento colectivo, ya que no hay influencia más proyectada que la de la arquitectura para revelar una serie de valores espirituales. Este cambio de la fisonomía española —en la habitación y en la fachada—; este reconstruir, salvar, resucitar y amar las piedras que fueron, es síntoma feliz que cada año se afirma más, y ello se debe a una actitud generosa de quienes saben el peso de sus juicios y de sus realizaciones. Por eso oír en torno a una obra religiosa las voces de los arquitectos, preocupados por la definición católica de la arquitectura, constituye una honda satisfacción, ya que revela que algo íntimo y profundo marcha por buen camino.

La obra de Togores

En la Sala Cisne se ofrece la obra de este artista catalán, tan ligado a una época de la pintura española. Togores desde muy temprana edad —dieciséis años— comenzó una búsqueda que ahora, al término de su vida, no ha cesado todavía. Quien alcanzó la primera fama con la pintura costumbrista en boga a finales y principios de siglo, con tipos como *El borracho* o *El loco de Sardañola,* vivió en París formando parte del grupo que integraban Picasso, Gris, Hugue, y siendo también firma dirigida por Kanweller, Togores ha buscado todos los climas del arte, y siempre en honrada y sincera profesión. Ahora, en su última colección, presenta una pintura «clásica» cuya mejor apetencia es la de querer ser equilibrada, clara, diáfana, con el excelente dibujo que siempre calificó la obra de Togores y con honrada realización clásica. Obra de maestro de ayer.

Publicaciones del Patrimonio Artístico

Muy sinceros elogios merece la labor realizada por el Patrimonio Artístico Nacional, que tan afortunados rescates ha hecho para bien de todos, devolviendo a la nación monumentos restaurados, resucitando otros, creando Museos nuevos, tan originales y fabulosos como el monasterio-convento de las Descalzas Reales, cuya guía viene ahora a aumentar las ya publicadas sobre varios sitios reales. De este recinto hemos hecho ya largas glosas, pero no está de más remarcar su interés y su caso único, ya que el visitante no penetra en un Museo al uso, sino en un lugar de pasados siglos en donde hasta el aire parece haberse quedado quieto entre las paredes. No es un Museo, sino un fanal donde todo está medido para que la vuelta a los siglos que fueron se haga sin esfuerzo alguno. Y haber sabido conservar ambiente, clima y «vida» que fué es el mayor acierto de quienes con buena fe y buen conocimiento han hecho posible esta aportación y buen regalo a la admiración general. Firman la excelente guía Junquera de Vega y María Teresa Ruiz Alcón.

Pintura «naif»

¡Qué bien viene esta pintura para purificar tristes aires, tremendismos, angustias reales o fingidas y otros males! Pérez Bueno es el autor de esta colección de lienzos, que tan bien engarzan con la mejor pintura «naif», desde Henri Rousseau a la abuela Moses, pasando por la

larga lista que llena los Museos de arte moderno. Una visión alegre, riente, ingenua, muy difícilmente ingenua, salida espontánea y naturalmente de una paleta cogida por necesidad imperiosa de pintar, de trasladar un mundo en feria a la tela. Pérez Bueno, pasada la edad de las jubilaciones, brinda una lección de amor a la vida y, a la par, una lección plástica de sinceridad, de buena ordenación del color, de composición y de amor a la pintura. Sus cuadros faltan en nuestros Museos.

La obra de Tseng Hou-Hsih

En la Sala de la Dirección General de Bellas Artes se expuso la obra de un pintor chino: Tseng Hou-Hsih. Esta bella colección de pinturas obedece a un criterio tradicional, tanto en el empleo de las materias: papel de arroz, polvos de perlas, tintas chinas, etc., como por el concepto que inspira al artista, quien somete su pensamiento a los eternos temas de la milenaria China, casi todos ellos inspirados en la Naturaleza y en el contenido poético, en el cual se asienta el principio ordenador de la plástica oriental.

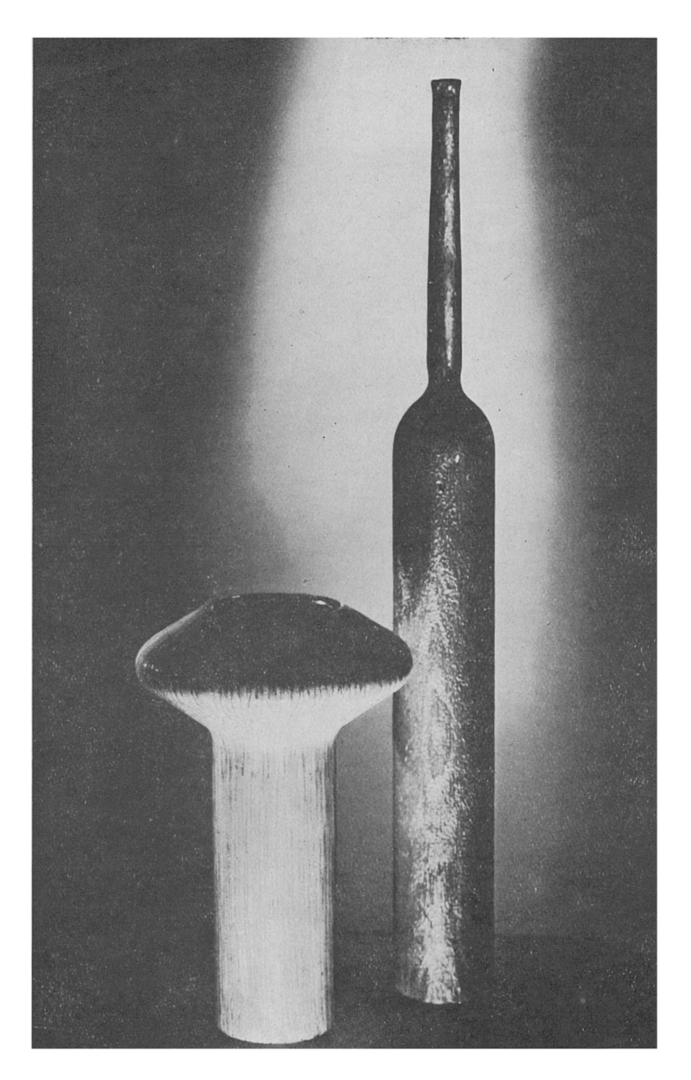
Tseng Hou-Hsih, a través de sus obras, nos conduce a un mundo imaginario, a esos ensueños en los que acaba algún viaje del libro *Las mil y una noches,* en donde los árboles, los ríos y los cielos adquieren una fisonomía distinta. Tseng Hou-Hsih se encuentra dentro de los pensamientos sobre la pintura y la inspiración Zen... Entre los recuerdos surgen éstos, que pueden considerarse cánones estéticos de la pintura china tradicional: El arte no está hecho para el conocimiento vulgar, sino para la inteligencia. El espejo pendiendo del corazón, la luna en lo alto. El pato salvaje atraviesa el espacio; su sombra pasa sin dejar huella tampoco. El árbol, la fuente, la montaña, nos llevan a la meditación profunda. La eternidad y la inmutabilidad del agua y de la montaña sobrepasan el poder humano. El arte, visión de un corazón inteligente, expresa la belleza en la metafísica y va más allá de los sentidos comunes; la belleza encuentra la verdad. En un cuadro, tanto el que lo mira como el que lo ha hecho están limitados por su propia posibilidad. Sólo la obra pictórica ha de ser ilimitada y llena de luz... En la noche serena, en el cielo infinito, al contemplar las nubes que avanzan apacibles, sentiremos de repente o el vacío o la extrema plenitud de vida.

Y sirva de final de estas normas estéticas la siguiente: El punto de partida del arte chino está en situarse fuera de la vida cotidiana y contemplar a este mundo con desinterés.

Tras la referencia de estos pensamientos de la inspiración Zen, consideramos de interés reproducir la glosa que el embajador de la Re-



Pintura naif: *Paisaje,* de VICENTE PÉREZ BUENO



Nueva cerámica: *Botella y vaso*

pública de China en España ha escrito sobre la pintura de Tseng Hou-Hsih:

«Como un vivo ejemplo del arte visual de la China milenaria, los trabajos de Tseng Hou-Hsih merecen la admiración de los interesados en las realizaciones artísticas del Extremo Oriente. Representante de una escuela pictórica que se remonta a los tiempos de la dinastía Tang, busca la aproximación estética más allá del espacio y del tiempo, ciñéndose a las reglas clásicas establecidas por Hsie-ho en el siglo VI y persiguiendo como finalidad reavivar las más nobles cualidades del pasado.

Las obras de Tseng Hou-Hsih están apuntaladas en la brillante tradición del arte chino, que evoca el amor a la naturaleza y produce en el ánimo del espectador una sensación de tranquilidad. Tseng Hou-Hsih es uno de esos raros artistas contemporáneos que, sin tomarse la molestia de hacer un boceto, terminan en pocos minutos un cuadro que cautiva por su ritmo y espontaneidad.

Donde mejor se aprecia el lirismo de sus paisajes es en la factura y el colorido. Basta examinar las líneas trazadas con firme seguridad y exquisita delicadeza para darse cuenta de que el artista se contenta con lo esencial, aunque respetando los detalles, y coloca en primer término la necesidad de captar la vitalidad rítmica.

A través de los trabajos de Tseng Hou-Hsih los enamorados del arte pueden apreciar la sutileza, el refinamiento y la sensibilidad de la pintura china clásica.»

Esta glosa de Huang Shao-Ku, embajador de la República de China en España, resume una exposición en la cual es posible trasladarse a un mundo lejano o poético, en donde las cosas esenciales adquieren un valor nuevo, inventado; una superior categoría que obliga al arte chino a crear un clima alejado de lo vulgar y a seguir una senda filosófica por caminos líricos... Por eso la inspiración de Zen ante un arroyo pintado con leves tintas, sobre leve papel de arroz, dice: «Este agua que corre es para nosotros el son perpetuo de laúd antiguo a través de la eternidad, la música y la pintura.»

Exposición de porcelanas

La exposición, amplia exposición, de la casa Bidasoa recoge variados motivos utilitarios y ornamentales, desde el biscuit a las técnicas orientales, tanto en el procedimiento de fabricación y coloración como en la temática. La técnica empleada, por tierras, cocciones, policromías, puede considerarse perfecta. Los resultados son óptimos y capaces de competir con los ejemplares extraños más valiosos. Pero algo hemos percibido en esta exposición que sería oportuno corregir, y esa algo consiste en que

las piezas expuestas obedecen a criterios miméticos. Si es cierto que existen los más variados estilos, cierto es también que estos estilos se ajustan a modelos pasados. Y así es fácil hacer una historia suntuosa de la porcelana a través de las vitrinas, pues allí nos encontramos modelos eternos de las fábricas de Rouen, Nevers, Sèvres, Marsell, Sajonia, Retiro, etc., piezas logradas con una fidelidad y perfección excepcionales, pero cuya originalidad se resiente. Y al igual sucede—en este caso casi obligadamente—con las ejecuciones de inspiración oriental, que pueden parangonarse con obras inmediatas, sin que exista la posibilidad—como es lógico—de que esas imitaciones lleguen a las «porcelanas azules» o a las de la dinastía Mig; pero las piezas de los bazares de Singapur u Hong-Kong bien pueden ser comparadas sin detrimento para las ahora expuestas.

Claro es que también existe la excepción en algunos objetos y vajillas que han tenido inspiración personal y que se colocan en la buena línea de las creaciones italianas o danesas de nuestro tiempo, pero aquí lo expuesto es escaso y se pierde entre el *mare magnun*—buen *mare magnun*—de las piezas que tanto gustan colocar en las vitrinas los decoradores de hoy, y por las que tanta predilección tiene el público que quiere dotar de un acento «lujoso» a su casa.

Nosotros nos atrevemos a sugerir a los expositores la necesidad de crear un estilo nacional en la categoría alcanzada. Ese estilo bien puede tener inspiración en modelos pasados, desde Paterna y Alcora hasta Sagardelos o Cartagena, pasando por el infinito mapa de nuestra cerámica popular, pues dado el grado de perfección alcanzado esas resurrecciones serían afortunadísimas cuando se consigue la calidad—que es lo importante—que se ha alcanzado con estas muestras de irreprochable ejecución... La historia de la fábrica de Alcora que fundó el buen conde de Aranda en generosa aportación (tan generosa que a los labradores de su señorío, con sólo presentarse en la fábrica, percibían el jornal), sería buen ejemplo. Este consiste en los viajes por las fábricas actuales del extranjero, para con todas las aportaciones crear un estilo propio y no la simple imitación, y si ésta surge, que sean modelos nacionales del pasado, que tanta profusión de motivos brindan y tan excelente acogida tendrían en esta época feliz del amor a las cosas que fueron. Claro es que esta labor de conservar los estilos nacionales y extraños que pudiéramos llamar tradicionales tiene, inexorablemente, que ser acompañada de otra: la de la pura creación. Y ahora que el artista vuelve los ojos al barro—ese primer tema del hombre—, la ocasión no puede ser más propicia. Dejando aparte el nombre de Picasso—buen «descubridor» de los temas de los socarrats de Paterna—, la lista de los pintores que tienen interés por la cerá-

mica, tanto por su volumen como por su ilustración, es larga. Nosotros recordamos haber ido a Toledo en varias ocasiones, y hasta hemos trabajado en el horno de Sanguino, en la compañía de Benjamín Palencia, de Pepe Caballero, de Zabaleta, que allí han dejado rápida huella de creaciones que conservamos celosamente y a las que falta esa continuidad para la que estamos tan negados los españoles.

Si la casa expositora, que demuestra recursos, sabiduría de técnicas, buen gusto y sana orientación, dirige los pasos artísticos de sus porcelanas y cerámicas por la línea de nuestros artistas, tendrá triunfos insospechados en los mercados internacionales, como los han obtenido aquellos que han incorporado a la tarea industrial el diseño artístico, no hechos por artesano al azar, o por hábil, habilísimo copista, sino por artista con fama y refrendo creacional.

La visita, por ser tan beneficiosa y alentadora, brinda los consejos dados que pueden resucitar viejas glorias de nuestras cerámicas y porcelanas, que en este caso y en otros varios tienen causa y razón para legítimo orgullo.

El Salón de Otoño y el último homenaje a Picasso

Buen emplazamiento este del Salón de Otoño, que permite al visitante no sentirse defraudado, ya que el verde primero que anuncia la primavera en víspera de estreno, el guirigay de los pájaros y el alto cielo azul que define a Madrid, son alicientes que no fallan en el parque del Retiro, ese bello parque que conoció versos de Villamediana y artificios para las graves comedias de Calderón.

El salón cumple este año su cincuenta aniversario. Hace el número 33, y su secretario y entusiasta mantenedor, José Prados López, ha logrado una sala, que es buena cita para servir de punto de comparación y de partida. Esa sala está dedicada a los fundadores, y en ella nos encontramos los nombres de Sorolla, Cabrera Canto, Domingo Marqués, Sotomayor, y Chicharro, entre otros. ¿Qué ha pasado en tan escaso plazo de tiempo para que la pintura —documento perenne de la vida del hombre— haya cambiado tanto? Cuando pensamos en las últimas exposiciones vistas, en los «magmas, en las convulsiones volcánicas o estelares que definen a la pintura de hoy y vemos este mundo típico o anecdótico de los que fueron, la diferencia es tan grande, tan profunda, que no acertamos a explicarnos, cómo en tan breve espacio de tiempo ha cambiado el alma y el pensamiento del hombre. Es buen recurso decir que la ciencia nuclear, etc., es la causa de este fenómeno que traslada fielmente la pintura; pero sabemos que no es así; que mucho antes Kandisky abría a la pintura no un horizonte nuevo, sino

todos los horizontes y todas las posibilidades. Y es que algo muy hondo ha transformado conceptos, pensamientos y actitudes.

Pero el salón es un remanso en donde el artista que empieza y el aficionado, para quienes fué fundado, siguen en la parada del tiempo. Abunda una pintura ajena al paso de los años, en la cual hay obras muy estimables, como sucede en todo certamen, abundando los intentos miméticos y la pintura, sin otro accidente que la mayor o menor torpeza del ejecutante.

Nosotros confesamos nuestra simpatía hacia el Salón de Otoño, es un reposo, es un saber que hay muchos artistas repartidos por la geografía que sueñan con sus premios, con sus títulos, y que este reducto sentimental debe continuar para que no creamos que el mundo, de pronto, ha cambiado rumbos, sino que existen muchos artistas serenos e inocentes que gustan de copiar las márgenes de un río o los prados de una montaña, con ingenuidad, sin angustias ni tormentos ni ambiciones, sino en paz y en gracia de Dios, en ocio de domingo y en sueño venturoso de ver colgada su obra en este salón a ellos dedicado en el otoño, que siempre un venturoso azar convierte en primavera.

En la lista de los expositores se hallan nombres bien conocidos en la pintura de actualidad, desde Cruz Herrera o Agustín Segura hasta los paisajistas Merino o Rosa Cervera—esta última autora del envío del mejor paisaje—; pero la lista sería extensa y son nombres ya encasillados por sus exposiciones individuales y nunca deben faltar en cada salón para darles su base y cimiento, aunque nuestra predilección íntima se inclina por esos nombres desconocidos que empiezan el camino de la gloria, desde su tranquilo estar, ajenos a los problemas de la pintura y del hombre o de la pura estética, cumpliendo su deber de llenar telas y telas con ese ingenuo y torpe pincel por el que hoy nos inclinamos casi con la emoción que nos daría oír en casino provinciano unas doloras de Campoamor o unos versos de abanico dedicados a una dama por el poeta de la localidad.

Exposición homenaje a Picasso

No sabemos si el muy figurativista Pablo Picasso daría su visto bueno a esta exposición abstracta e informal—salvo dos o tres obras—en la cual forman el grupo alemán y el grupo Picasso de Málaga. El caso es que el certamen, patrocinado por el alcalde de la ciudad, está bien concebido y bien realizado, y con él la Casa de Málaga se suma al homenaje, que supone el cumplimiento de los ochenta años de Pablo Ruiz. Cuatro obras elegiríamos nosotros entre las expuestas. La firmada por Guevarra, casi retratista de una erupción volcánica de esos *deside-*

ratum siderales, tan abundantes en la pintura actual; de una más sabia composición del alemán Hacker y de otra que firma Hammerschmidt. Una escultura de Ramón, en la que el artista une elementos escultóricos de un orden abstracto y otro figurativo, pone punto final; pero para que la lista no quede cerrada podríamos añadir un óleo de Alberka—a quien hace poco advertimos del pecado de repetición—y otro de Brinkman, a quien hace tiempo advertimos también de que su pensamiento e inspiración necesitan una fuerte raíz figurativa, pues su actual expresionismo-abstractista así lo revela una vez más. Pero el autor sabrá mejor de las razones, de las causas y de lo que persigue en la pintura, que debe ser todo menos seguir una corriente porque sí, ya que cuando se posee personalidad, y Brinkman la anunció desde su primera exposición, debe cultivarse, y sobre ella realizar todas las experiencias en busca de ese latido último de las cosas que pueden encerrar a la belleza.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

NOTAS SOBRE TEATRO

I

PRESENTACIÓN DEL TEATRO
DE LA CIUDAD DE MONTEVIDEO

Para crítica y público ha constituído una sorpresa la presentación en Madrid del Teatro de la Ciudad de Montevideo. Esta compañía, que viene de participar en el Festival del Teatro de las Naciones de París, se ha presentado en el Español con dos obras de Florencio Sánchez: *En familia* y *Mano santa.* La compañía estará con nosotros veinte días y pondrá en escena, además de las piezas citadas, *Porfiar hasta morir,* de Lope de Vega; *Una farsa en el castillo,* de Molnar; y en función única, *La zapatera prodigiosa,* de Federico García Lorca. A la hora de cerrar este número, el teatro de la ciudad de Montevideo no ha presentado más que las obras de Sánchez. En el próximo número nos ocuparemos, pues, de los demás estrenos.

Un teatro joven

Antes de hacer la crítica de *En familia* y *Mano santa* me gustaría ofrecer al lector un panorama sucinto del teatro en Uruguay y una rápida imagen de esta compañía, de sus problemas, de sus objetivos y de sus logros. A tal efecto me he entrevistado con Antonio Larreta

—empresario, director y primer actor—, y de esta entrevista voy a resumir algunos de los puntos que considero de mayor interés para el lector.

Esta compañía —me ha dicho Larreta— está íntimamente ligada a la historia misma del teatro uruguayo. Forma parte de todo un movimiento teatral que se inicia hacia 1945. En el 47 se funda la Comedia Nacional Uruguaya, subvencionada por el Estado, donde Larreta dirigiría *Los gigantes de la montaña,* de Pirandello, y *El diario de Ana Frank,* entre otras obras. Allí trabajaron la mayoría de los actores que constituyen ahora la compañía.

Simultáneamente surgirían los diversos teatros independientes, que hoy han cristalizado en diversos elencos. Por ejemplo, El Galpón, Teatro del Pueblo y Club de Teatro. Este último es el de Larreta.

—¿Qué características singularizan vuestro Club de Teatro? —he preguntado a Larreta.

—Ante todo somos la primera compañía profesional en sentido estricto. Nosotros pagamos a los actores y mantenemos una temporada teatral completa.

La compañía de Teatro de la Ciudad de Montevideo nos ha sorprendido, entre otras cosas, porque aúna el sentido de la profesionalidad con un espíritu joven, *amateur.* Ello se explica fácilmente —me ha dicho el propio Larreta— cuando se tienen en cuenta las condiciones en que se desenvuelve la joven escena uruguaya: una escena en sus comienzos.

—Allí —añade Larreta— no hay «viejas glorias». No existen actores viejos, porque en esa generación no los hubo. Parejamente no existe otro público para el teatro que la juventud, que cada día se apasiona más por la escena.

Dos obras de Sánchez

Este prólogo sobre la compañía de Teatro de la Ciudad de Montevideo nos va a ser muy útil —creo— para mejor enjuiciar la interpretación y puesta en escena de *En familia* y *Mano santa,* de Florencio Sánchez. Antes haremos algunas consideraciones sobre las obras.

Me interesó especialmente *En familia. Mano santa* es un sainete muy gracioso, eso sí, pero de tono menor. *En familia* es, por el contrario, un excelente drama. Florencio Sánchez (1875-1910), uno de los autores más importantes de Hispanoamérica, escribió esta obra en 1905, a continuación de *Barranca abajo,* una grandiosa tragedia rural, acaso la obra más importante de Sánchez y una de las más importantes de todo el teatro hispanoamericano. Sánchez, que dedicaría no pocas de sus piezas al tema rural, retrata y satiriza en esta obra, *En familia,* la

posición de ciertos estamentos sociales, concretamente la de una aristocracia decadente, cuya postura era ya de una absoluta improductividad dentro de la dinámica social. *En familia* es una obra que, por su contenido, nos recuerda mucho a Ibsen, Chejov e incluso a nuestro Galdós. Como todos estos autores, Sánchez sintió la necesidad de retratar el descenso del poderío de una clase —la aristocracia— y el ascenso al poderío de otra —la burguesía—. El mayor acierto de *En familia* es presentar ese choque social dentro de una misma familia, lo que confiere a la obra un alto grado de dramaticidad. A pesar de los muchos años que tiene la obra, asistimos a ella con interés. La problemática planteada por Sánchez nos importa en la medida en que también hoy existe una crisis social que, en ciertos aspectos, recuerda aquella de la que él dió testimonio.

Ya he dicho que *Mano santa* es una pieza de tono menor. No obstante, debemos señalar de ella el acierto cómico de sus situaciones y sus diálogos. El tema argumental es muy leve y, en última instancia, intrascendente. Pero con ese tema mínimo, Sánchez construye un sainete muy gracioso.

Al repertorio presentado por el Teatro de la Ciudad de Montevideo se le puede objetar el que no figure en él ninguna obra uruguaya moderna. ¿Qué teatro se escribe hoy en Uruguay? A esta pregunta debía de haber respondido esta magnífica compañía.

Interpretación y puesta en escena

En familia fué interpretada por —y citamos por orden de aparición en escena— Carmen Avila, Concepción Zorrilla, Graciela Gelós, Martínez Mieres, Enrique Guarnero, Antonio Larreta, Maruja Santullo y Ernesto Bergeret. Dirigió Antonio Larreta. La escenografía fué de Hugo Mazza.

Ante todo debemos señalar la labor de conjunto. *En familia* es un drama muy difícil de representar. Hay momentos especialmente patéticos que, mal interpretados, pueden perder su fuerza magnetizadora sobre el espectador. Los jóvenes actores de esta compañía uruguaya nos tuvieron en todo momento pendientes de la obra. Debemos destacar, ante todo, a Carmen Avila en el personaje de Emilia; a Concepción Zorrilla y Graciela Gelós, que interpretaron a Mercedes y Laura, las hijas de Emilia, dos jóvenes del «quiero y no puedo»; a Enrique Guarnero, que encarnó el personaje de Eduardo, viejo aristócrata arruinado y envilecido; a Martínez Mieres, en el papel de Jorge, un joven abúlico, un parásito de la sociedad; a Antonio Larreta, que interpretó el personaje de Damián, el hombre de negocios empren-

dedor; a Maruja Santullo, que interpretó el personaje de Delfina, esposa de Damián, una mujer de gran corazón, muy comprensiva; a Ernesto Bergeret, magnífico en el personaje de Tomasito, un joven vicioso y decadente. La dirección de Larreta fué buena. Tuvo especial cuidado de las pausas, tan importantes en este tipo de teatro a lo Chejov: esos largos silencios que a veces pueden expresar más que las palabras.

Mano santa fué muy bien interpretada por Concepción Zorrilla, Graciela Gelós, Carmen Avila, Maruja Santullo y Enrique Guarnero. La dirección —excelente— fué de Laura Escalante.

II

«El acero de Madrid», de Lope de Vega, por el TEU

El Teatro Universitario del TEU de Madrid ha presentado en el Lara *El acero de Madrid,* de Lope de Vega. Con este mismo espectáculo, dicho TEU obtuvo el primer premio en el Festival Nacional celebrado, meses atrás, en Murcia. No hemos asistido este año al Festival, pero todas las referencias que tenemos de él coinciden en señalarlo como uno de los de más baja calidad de los celebrados hasta ahora. Buena prueba de ello es este espectáculo que hemos presenciado. No quiero decir con ello que la representación de *El acero de Madrid* fuese mala. Pretendo insinuar que no reunía la suficiente calidad como para ser el primer premio en un certamen de este tipo. Y, sin embargo, obtuvo el primer premio, porque era, con mucho, el mejor espectáculo de los presentados al Festival. Hecho tan significativo nos obliga, una vez más, a plantearnos el problema del teatro universitario, a preguntarnos si queremos o no un teatro universitario digno, que, dentro y fuera de la Universidad, cumpla los objetivos que le son propios. Los que con más ahinco han luchado por un nuevo teatro universitario conocen las múltiples dificultades —escasas subvenciones, limitaciones expresivas, falta de un sistema coherente, etc.— que, como un muro infranqueable, se ha levantado siempre frente a su entusiasmo y su buena fe. Esto nos obliga a concluir que no habrá un teatro universitario digno y competente mientras la circunstancia en que tenga que producirse no le sea más favorable, mientras no le cree soluciones en vez de problemas.

Por lo que a la representación de *El acero de Madrid* respecta, debemos decir, en primer lugar, que no nos ha parecido adecuada la elección de la obra. *El acero de Madrid* es una comedia ágil y graciosa,

ciertamente, pero creemos que en la producción lopesca hay una serie de piezas que debieran interesar mucho más al director de un teatro universitario. Es muy curioso observar que en este IV centenario de El Fénix se vienen representando sus comedias de contenido argumental más ligero. Salvo *Fuenteovejuna,* presentada en el Español, todo el teatro de poderoso contenido social de Lope ha permanecido al margen. *La estrella de Sevilla* o *Peribáñez,* por ejemplo, nos habrían parecido títulos más acordes con un teatro universitario.

Hecha esta puntualización, añadiremos que la interpretación y puesta en escena de *El acero de Madrid* fué, en líneas generales, correcta. Interpretaron Gloria Lafuente, Mary Luz Olier, Carmen León, Mary Sol Jara, Francisco Cecilio, Juan Antonio Gálvez, Luis Lázaro, Eduardo de Vera, Sergio Frutos, José A. González Porres, Pepe Ruiz y Angel Pérez Vales. Dirigió Eugenio García Toledano.

III

«Las criadas», de Genet

Dido, pequeño teatro de Madrid, ha presentado en función única *Las criadas,* de Jean Genet. Dirigió Alvaro Guadaño. Interpretaron Eulalia Soldevilla, María Paz Ballesteros y Esmeralda Adam. La escenografía y ambientación fué de Pablo Runyan, y el montaje musical, de Alberto Blancafort.

Había una gran expectación ante este estreno. (El autor de *Les Nègres* era absolutamente inédito en España.) El teatro Goya, donde se llevó a cabo la representación, estaba, pues, de bote en bote. Debemos consignar que al final de la obra se levantó repetidas veces el telón, aunque en el transcurso de la representación hubiese sus más y sus menos —me refiero a algunas risas intempestivas y a alguna que otra expansión igualmente incorrecta y fuera de lugar.

Las criadas es el drama de la esclavitud, no tanto en la medida en que refleje unas condiciones opresoras, que no las refleja, sino en la medida en que trata de mostrar el resultado de esas condiciones en la psique de la persona humana. De las relaciones entre amo y esclavo —nos viene a decir Genet— sólo puede salir la deformación psíquica y moral del esclavo, su total alienación —en el sentido sociológico del término—, por la forma de vida que le es impuesta. Esas dos criadas patéticas de la obra de Genet son también un vivo símbolo de la frustración, de la represión, de las limitaciones todas.

Las criadas es una obra en la que se entrecruzan muy diversas tendencias estéticas. De un lado ofrece semejanzas con Beckett, Ionesco,

etcétera. De otro, con la línea decididamente expresionista de un Dürrenmatt. En cualquier caso, toda la pieza tiene un carácter burlesco —mejor, grotesco, tragicómico— que no estuvo en absoluto patente en la interpretación y puesta en escena. Tanto al director como a los intépretes, la obra venía un poco grande. Debemos destacar la interpretación de María Paz Ballesteros.

Con todo, Dido se ha apuntado un nuevo tanto, y muy importante. Habrá que ir pensando en ofrecer el merecido homenaje a este gran teatro de Cámara que cada temporada, y desde hace ya mucho tiempo, nos ofrece una gavilla de obras de alto interés, escrupulosamente escogidas.—RICARDO DOMENECH.

LA AUSENCIA Y LA SOLEDAD EN LA POESIA DE RICARDO E. MOLINARI

A Alfonso Fernández de Casadevante.

> ... Así mi espíritu
> mira en su soledad, y en ti descansa
> un momento de pie, posando, leve,
> la mirada en el valle...
>
> LEOPOLDO PANERO.

INTRODUCCION

Al situarnos en un tiempo cualquiera, no debemos olvidar que antes ha habido otros. Por lo cual debemos echar una mirada restrospectiva a la generación que antes de la del 22 lidiaba en el extenso campo de las letras.

Mucho fué lo que antes de esta generación se había hecho y ciertamente con gran provecho; pero nuestro propósito es ceñirnos a la actividad literaria de la generación del 22.

Entendemos por generación aquel conjunto de individuos que agrupados alrededor de ideales comunes luchan por imponer su pensamiento o su manera particular de ver las cosas.

Los componentes de la generación del 22, conscientes de su obligación de renovación, se lanzan por los nuevos caminos aportando conocimientos de positivo valor.

Si nos detenemos ante las características propias de esta generación no podremos dejar de ver que son dos los grupos que la constituyen;

los de «Boedo» por un lado y los de Martín Fierro. No puede decirse sin caer en equivocación que unos y otros constituyan dicha generación; ambos, si bien es cierto, son partícipes; sin embargo, cada cual con su motivo propio, «son partes integrantes de un movimiento literario trascendente en la cultura argentina».

Según Juan Pinto (1) esta generación se sentía con fuerzas para cambiar la faz del mundo y «si el grupo de Boedo se arroga la defensa de los humildes, y quiere liquidar la injusticia social, los del *Martín Fierro* exaltarán las cosas cotidianas».

En líneas generales trataremos de situar a Molinari. Ante todo debemos decir que siempre ha sido un gran admirador y a la vez asiduo lector de los clásicos españoles. Este hecho habremos de tenerlo siempre presente si queremos ahondar en el profundo significado de toda su producción poética.

De este su contacto con los clásicos, Molinari ha sacado cosas un tanto olvidadas de muchos y que en su obra han sido de suma importancia.

Pocos son los datos concretos que sobre este gran poeta tenemos. Solamente sabemos que no es bachiller y que se casó muy joven con una española, no habiendo tenido hijos hasta la fecha; pocos, pues, son los datos, pero que no deben olvidarse si queremos entender mejor su obra.

Mucho es lo que sobre Molinari han influído los clásicos españoles y portugueses. Esto lo notamos a través de toda su obra, y más aún en lo que se refiere al tema concreto que nos proponemos tratar; ausencia y soledad en la poesía de Molinari.

Si leemos estos mismos temas en dichos autores clásicos veremos cómo han influído y se repiten en este poeta.

Digamos que Molinari, por su mismo temperamento, siempre ha sido reservado, que parecía tutearse con el secreto, al decir de Bernárdez (2), cernido por su silencio sonriente y cortés...

Siendo Molinari un poeta de las cosas cotidianas, de la naturaleza, trataremos de analizar cómo la poesía no es más que esto: un simple robar secreto a las cosas que nos rodean.

«Nuestra vida cotidiana, gris, vulgar en sí misma, poética. No debemos adornarla y ni siquiera empañarla demasiado de alma; pero tampoco envilecerla... Lo que ha de hacer el poeta es transcribir humildemente, puntualmente, inventarialmente esa cotidianidad: las cosas (3).

(1) Juan Pinto: *Breviario de Lit. Argent. Contemporánea.* Edit. La Mandrágora. Buenos Aires, 1958.
(2) José Luis Bernárdez: Revista *Criterio.* Buenos Aires, abril 1958.
(3) José Luis Aranguren: *Crítica y Meditación.* Edit. Taurus. Madrid, 1957.

En todo ser se da una alternativa. El hombre, como ser que es, al quedarse solo ante la vida, ante la presencia de las cosas, se convierte en una resultante interrogativa.

Todo cuanto le rodea, su circunstancia, viene a significar la demarcación de su mundo.

Todo hombre al colocarse frente a esta circunstancia de vida propia busca el modo de comprenderla, de asimilarla, de compenetrarse con ella de una manera viva, y de este modo darle un significado propio y un verdadero sentido.

Todo hombre considera ésta su relación con el mundo según una concepción particular y trata de comunicarse con las cosas de distintas maneras. Cada cual tendrá su modo personal de asimilarse con cuanto le rodea y en esta asimilación vivir su existencia con plenitud. Una de las manifestaciones que podemos delimitar fácilmente es la poesía.

La poesía habrá de ser la vivencia íntima, el latido que se reflejará en todas las cosas, que este ser, el poeta, presencia.

Poesía y naturaleza son dos cosas que el poeta habrá de conservar íntimamente unidas. El poeta habrá de recrear las cosas, sacarlas a la vista en su pleno y total sentido real.

La poesía es esa vivencia íntima, «se salir de nuestra casa «sosegada» o sin sosiego, prenderse a la puerta del alma o en el umbral del mundo, y esperar allí, con los ojos muy abiertos o muy cerrados para no dormir, el regreso del viajero inopinado, que es siempre Dios» (4).

Este ponerse a la puerta del alma es la postura necesaria de todo poeta, el escuchar su voz, «esa voz con la que el hombre ante el derrumbamiento de todo puede quedarse a solas (5).

De aquí el que el poeta se sienta a veces solo y ausente de su centro, tan solo que solamente le queda su palabra, «la cual, sobre todo cuando se desnuda a sí misma y se hace poesía, es transubstanciación, fondo y peso de la vida misma, incluso más verdadera que ésta» (6).

La poesía de Ricardo E. Molinari diríamos que es un camino hacia la suprema belleza, que es Dios, a través de las cosas cotidianas. Esta poesía la podemos llamar experiencial, pero no sólo como «experiencia de la vida, sino también experiencia de recogimiento, asunción divina y mística» (7).

Esta situación, si se nos permite la palabra, la encontramos como lazo o seguimiento de aquel poema de Höllderlin, en que dice: «Pero a nosotros nos toca, bajo las tempestades de Dios, ¡oh!, permanecer con la cabeza descubierta, tomar el rayo del Padre, a él mismo, con nuestra

---

(4) José Luis Aranguren: *Crítica y Meditación.* Edit. Taurus. Madrid, 1957.
(5) *Obra cit.,* pág. 68.
(6) *Obra cit.,* pág. 69.
(7) *Obra cit.,* pág. 70.

propia mano y entregar al pueblo, velados en la canción, los dones celestes» (8).

Efectivamente esto es lo que creemos encontrar en la mayor parte de la producción de Molinari; parece se hiciera eco de estas frases, y al colocarse junto a las cosas nos quiere llevar hasta el fondo íntimo de su belleza, belleza que en toda su obra deja trasuntar.

Para Molinari la poesía, sin duda, es algo espiritual, algo que sobrepasa la materia; como dice Fray Luis de León: «La poesía, sin duda, la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y el espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde ella procede, porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino» (9).

Para comprender más íntegramente a los poetas, y por lo mismo al que nos ocupa, no debemos olvidar «que el poeta tiene por misión dar testimonio de lo que es, anunciar y enunciar lo que está ya aquí, aunque los otros hombres no lo veamos todavía, estar siempre en vela ante Dios —prueba decisoria de la existencia humana—, traspasado, transverberado por su verdad» (10).

Afirmamos esto al decir que el poeta crea, o mejor recrea, las cosas; en ésta su particular acción de crear tiene algo de divino.

El poeta, en su vitalidad creadora, saca cosas nuevas «de ese mundo feliz que nos aguarda y cuya imagen llevamos impresa en nosotros mismos» (11).

De aquí es de donde brota la espiritualidad de la poesía. La poesía, que para ella todo es divino, espiritual —«belleza, amor divinizados»—, algo fuera de la matería, se eleva, y en este elevarse llega a la divinidad, y es por eso que tan llena está del sentido de Dios.

Al analizar la poesía de Molinari nos salta a la vista todo esto que acabamos de decir; y en un primer plano podemos colocar como uno de los tantos temas que se pueden descubrir en su obra: el de la ausencia y soledad. Ahora, esta ausencia y soledad debemos analizarla para poder determinar si cabrían en esta o aquella soledad, en la cual se pueden apreciar matices diversos.

Al analizar la soledad nos encontramos con tipos o especies de vivencias de soledad; en primer lugar nos encontramos con «una actitud de huída, una destrucción voluntaria y empecinada de todo aquello que comprometa los sentidos» (12), una soledad de miedo, de

---

(8) Tomado de *Crítica y Meditación*, pág. 74. Citado por José Luis Aranguren.

(9) Citado por Karl Vossler en *La soledad en la poesía española.*

(10) José Luis Aranguren: *Crítica y Meditación*. Edit. Taurus. Madrid, 1957.

(11) Revista *Ideales* del Colegio de San Esteban, de Salamanca, 1952.

(12) Arturo Berenguer Carisomo: *Estilística de la soledad en el Martín Fierro*. Revista de la Universidad de Buenos Aires.

repugnancia, indiferencia; en segundo lugar se encuentra el «afán de soledad por empacho mundano».

El hombre aprisionado entre las redes de una sociedad llegada a su pleno poder inventa en el bosque, en la aldea, en la soledosa paz campesina una especie de ideal isla remota donde cobrar el libre dominio de sí mismo» (13), un deseo de paz. Pero aún nos queda una tercera clase que podríamos llamar «nihilista, aversión o destrucción de un sentimiento natural», el social (14).

Nos sería difícil y hasta creemos imposible encasillar la soledad que advertimos en la poesía de Ricardo E. Molinari en alguno de estos tres grupos o tipos. Si nos viéramos en la obligación de hacerlo, creemos que en el que mejor se hallaría es en el segundo; agregando siempre matices nuevos que se descubren en su obra, los cuales sobrepasan la limitación de este grupo.

Si se nos permitiera, y no fuera arriesgado decirlo, creemos que esta vivencia o palpitación íntima que descubrimos en Molinari es un deseo de llenar una distancia espiritual de lo que se es, a lo que se busca; el deseo de franquear esa barrera imposible que separa al hombre del hombre y elevarlo hasta otro plano superior en que se encuentra en un único punto: Dios.

Ausencia y soledad en la poesía de Ricardo E. Molinari

Comenzaremos por entresacar de la obra de Molinari todo aquello que encontramos en ella referente a la soledad o ausencia íntima.

Dividiremos el trabajo, por una particularidad o razón de orden, en tres partes, que servirán para dar una mirada de conjunto a su obra.

En primer término analizaremos las odas de sus libros *Días donde la tarde es un pájaro* y *Unida noche,* siguiendo con los sonetos, para terminar, por fin, con los demás tipos de sus composiciones.

Ya en la primer página de *Días donde la tarde es un pájaro,* nos encontramos con lo que pudiéramos llamar la clave de toda la obra de este poeta:

¡Oh Dios, mira mi corazón!

En este solo verso tenemos infinidad de datos concretos que creemos se encuentran repetidos en toda su obra. Aquí podemos decir que el poeta está solo; el hombre, en su condición de tal, busca algo que llene todo ese vacío inmenso que tan difícil nos resulta. Lo vemos solo

(13) Arturo Berenguer Carisomo: *Obra cit.*
(14) *Ibídem.*

al poeta, pero no en una soledad que podríamos llamar desesperada o sin nada circunstancial que lo rodee; el poeta no se halla solo, lo que tiene en soledad es su corazón íntimo, su propia alma; siente la viva necesidad de algo trascendente que lo llene, que lo haga distinto de esa vivencia de todos los días, de la monotonía de cosas repetidas, que lo haga ver en estas mismas cosas algo nuevo cada vez; un querer desentrañar el sentido de cuanto le rodea, o sea esa actitud de contemplativo, no como vida, sino como vivencia que lo mantiene en un continuo círculo de acción admirativa.

Como los pájaros que vuelan en inmensas bandadas, el sentimiento del poeta los sigue y oye hasta sus gritos y permanece solo y sonriente con sus manos.

Creemos que como mejor podríamos ubicar a Molinari, al menos en cuanto a las composiciones que analizamos, es diciendo que el poeta es un espejo de la naturaleza, no en el sentido del que se limita a ver o reflejar, sino en el propio del que la vive; de ahí la dualidad que encontramos en su copiosa obra.

El poeta no se contenta con describir detalladamente, sino en vivir los detalles. Su vida es una alternación de vivencias, como lo es la naturaleza en su sucesión de cambio.

Es así que según la naturaleza o seres naturales están tristes o contestos, así, en esta misma realidad, está el poeta.

En la primera poesía de *Días donde la tarde es un pájaro,* el poeta se entristece ante la presencia de los enemigos, y al ver que todo se va; las nubes por el aguanoso cielo de la tarde, y los pájaros que huyen, tan sólo él queda parado, endurecido y desdeñoso. Y sigue su querer ser uno con las cosas, y el no poder serlo, lo hace salir fuera de sí.

El estar vivo y muerto insustituíble,
como la luz y el aire reluciente.
¡De vagar, solo y áspero, imposible!

El poeta quiere identificarse con las cosas, y al darse cuenta que no puede, se dice que debe permanecer en lo que es, y no otra cosa.

En la Oda III dice:

Devuelta y sola, rendida en su resplandor turbado,
mira el alma su desnuda diadema peregrina;
sus días de la tierra injustos y perdidos.

En estos versos el poeta, al mirar en propia intimidad, cuando está solo, sin nada que lo saque de sí mismo, piensa en su posesión, en todo aquello que es o tiene como propiedad, y se da cuenta que es peregrino,

pasajero; en cambio él, su alma, permanecerá, a pesar de ver que sus días vacíos en la tierra podrían ser algo más.

Al quedarse solo, ausente de todo, y ver cómo la noche apurada se llega, siente una atmósfera viva que a su soledad le habla de otro espacio, otra soledad fructífera y permanente.

En toda la obra de Molinari nos encontramos con esa actitud bivalente: la actitud del que deseando quedarse a solas consigo mismo y como impregnado en la naturaleza y compenetrarse con ella, no logra alcanzarlo y parece querer salir de sí, y todos sus miembros tiemblan; de aquí el que en toda su obra juegue un papel importantísimo la naturaleza.

El poeta busca en toda su obra algo que sabe existe y que llenará su ser interior, y su apurarse por no poder alcanzarlo, a veces aparece en alguna expresión un tanto nerviosa de sobresalto.

En la obra de Molinari encontramos más o menos fiel lo que en ciertas canciones de San Juan de la Cruz; «Los valles solitarios (para Molinari serían tal vez más vivo el río, la pampa) son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad, y silencio» (15). Esto es lo que parece ser en Molinari, ese algo superior que él busca y que lo hace decir en la primera Oda de su libro *Días donde la tarde es un pájaro:* «¡Oh, Dios, mira mi corazón!» Su soledad es una «soledad muy sonora para las potencias espirituales» (16).

Esto lo vemos bien en aquellos versos:

Y el aire—adonde a veces canta sólo y memorable—en los campamentos.
... Alegre de estar sola y placentera,
todo el tiempo y la vida...
Al alegre y comenzado romper del alma.
Tempore suo.
¡Y sólo unos pájaros sabrán que he muerto!

Molinari siente alegría en esta soledad, que no solamente es el estar solo, sino el permanecer solo, o lo que es igual, ausente. A pesar de estar entre las cosas, éstas permanecen lejos de sí. Se ensimisma, y este ensimismarse, como no tiene fuertes asideros, a veces lo hace un poco duro consigo mismo.

---

(15) San Juan de la Cruz: *Obras completas.* Edic. crítica del P. Gerardo de San Juan de la Cruz y epílogo de M. Menéndez Pelayo. Toledo, 1912. Tomo II.
(16) *Obra cit.*

Molinari podríase decir que se siente conmovido y como después de una lucha a muerte consigo mismo, se queda ensimismado y meditabundo, como aplastado por ese inmenso cielo de la pampa, de su país, de ese inmenso campo ausente que sólo de cuando en cuando surca y despierta de su melancolía una bandada de pájaros. Cielo y tierra que se tocan en sus interminables extremos y que parecen encerrarlo al poeta con su propio silencio, con su soledad, su ausencia «envuelta en campo ausente».

El poeta se siente un ínfimo ser, en ese mundo suyo de la aprisionada pampa, del Sur, en ese «campo de la eternidad ilimitado donde se sitúa el alma sola, venida, cerca de todo espacio», tanto espacio y tan concentrado que a uno le aplasta; de aquí el que la poesía de Molinari, o lo que podríamos llamar su geografía íntima, su mundo interno, sea cabal expresión de la geografía externa, natural. Su vida se le va, se desparrama, se desborda por la inmensidad de ese campo vacío, «y la vida huye de mí, fuerte y sin remedio»; el poeta se siente inerme, solitario ante esa infinitud de la pampa.

Así lo vemos a Molinari buscar esta soledad, esta quietud, donde pueda sentirse solo, pues en esto consiste en último término la soledad.

Antes hemos dicho que podría darse una semejanza con San Juan de la Cruz y creemos que se da, si bien es cierto que con matices y características propios.

Si hubiéramos de hacer un parangón entre ambos autores tendríamos que situarlos en un mismo campo, pero en distintos polos. En San Juan de la Cruz no se concibe el amor sin soledad; podría decirse que es el caldo de cultivo para ésta. Lo mismo pasa con Molinari, si bien es cierto que con características peculiares. A San Juan podríamos considerarlo como un estático contemplativo, con sus manos metidas en las anchas mangas de su hábito de religioso. Molinari, por el contrario, podría ser tratado como esos seres, caminantes de la llanura argentina que son los «linyeras».

Creemos que la soledad de Molinari podría ser ésta. Quien haya visto a estos hombres cruzar los campos, no respetando la enmarcación geográfica de los caminos, que para ellos no existen, pues su camino es el lugar donde posan sus pies. Quien los haya visto caminar, sin apuro, con sus ojos perdidos en la inmensidad del cielo o cabizbajos, a solas con su mundo íntimo, con su misterio, podrá comprender esta soledad.

Este podría ser el retrato de la personalidad de Molinari, según lo que nos revela su poesía.

En su verso dice:

¡El ánade solitario es como mi corazón rosado en
marzo!

Podría decirse que ese ánade solitario es el «linyera», ese ser que vive a solas con su mundo íntimo de recuerdos y que se dice caminando por las estepas argentinas:

... miro mi pasada suerte en el ocio, en el vagar
por las nubes, como tus pájaros de las planicies.

La poesía de Molinari es la máxima identificación con su vida; vida y poesía son una unidad necesaria, y así se dice: *sola andarás callada/toda la edad es muerte/niebla dilatada* y *Así distraída y sola/ quizá vacía/o radiante en ti misma, te escapas hacia fuera.*

La vida se le escapa y lo deja solo, triste en esa duda desierta como la noche, en ese desierto en que haciéndose el poeta lo hace patria y le dice *y sola tú patria miras/... y oyes el tronar.../y el azotar brillante de tanta soledad/Y nuestros deshechos ojos solitarios os ven en la distracción/abajo de la muerte o en ella. ¡Y cercea el tiempo en las dunas y sobre las ausentes y desalentadas/angustias de repente!*

Patria, antepasados, tropillas; todo un mundo sintetizado en el poeta. El poeta se halla ubicado en el sur, distraído, y canta «igual que un pájaro/solitario, olvidado»:

De ausencias estoy perdido.
¡ay, como el viento!
De ausencias y de nubes
el pelo tengo.

Todo él, el poeta, en este caso Molinari, es un estar fuera de sí, ausente de sí mismo, perdido como el viento; su pelo es ausencia y nubes que pasan, que jamás permanecerán.

¿Quién contemplando una tarde, en víspera de tormenta no se siente solo ante el veloz correr de las nubes?; cuanto más se nota esta huída de todo en la pampa donde tan inmenso se encuentra el cielo.

La vida como las nubes se le van tan aprisa al poeta que no llega a comprender su vida, la vida que con tanta fuerza late en sí:

Cuánto te busco, vida
tan disparada,
que no sabes de mí,
en tu mudanza.

La soledad en la obra de Molinari es impar, o lo que es igual, natural; a veces canta esa soledad, dulce soledad, y a veces la apostrofa; diríamos que expresa una situación contentadiza; según su ánimo, así es para él la soledad; eso sí, no debemos olvidar que el imperativo soledad es como una vivencia de algo superior.

Así vemos como canta a esa dulce soledad perdida. «Dichoso miro mi soledad perdida», esto es lo más solo que puede estar, pues, además de estar solo está perdido, y ¿quién más solo que aquel que está perdido?

También vemos que en otras partes apostrofa a esta soledad, y dice «Amargas soledades». Esta soledad creemos que no es la misma que él canta; queriéndolo interpretar me arriesgaría a decir que Molinari ansía, sueña la soledad; pero esa soledad que él nos indica en estos versos:

Frente al verano, y en la luz despiadada
entró por mí a las suaves ausencias,
al pensamiento,
y por la sed fresca del corazón
a quererte.

Y en estos otros versos:

Y sola llama allá, en las planicies verdes, una alondra
sobre las subidas ramas murmurantes,
viendo llegar la noche.
¡Y comienza el otoño en las llanuras!

Molinari desea quedarse a solas, no solo, ausente en esa vivencia de arrobamiento a que puede llegar al pensamiento, la suya podría ser la vivencia psicológica del distraído que, a pesar de estar rodeado de toda su circunstancia, él, con todo, permanece en sí, diríamos volcado hacia adentro, desasido de todo lo externo.

Nos referiremos ahora a estos mismos temas en sus sonetos.

En los tres primeros sonetos, de *Días donde la tarde es un pájaro,* Molinari fuera de sí por el recuerdo de sus días juveniles en que revive el recuerdo de la adolescencia, de la amada que se le abre, «clara», y lo lleva «ciego y solo», que no ve más que su interior, lo lleva «al alto y suave cielo ausente» a comprenderse más en esa su introspección de «raíz suelta, incomparable y sola»; y como la raíz está enterrada en la tierra, así su alma, su amada está enterrada en su interior.

Y en esta su vivencia de exilado a solas con su recuerdo, dice: «y la aurora contigo de mi cuello/en que el olvido solitario bebe», en que uno por la calma y el sosiego de la naturaleza se encuentra más solo y más concentrado en sí. Aquí vemos que Molinari, a pesar de una

cierta nostalgia por esta soledad que vive, se alegra, y se piensa a sí mismo.

En los tres sonetos que siguen en el mismo libro se repite esta misma vivencia, pero diríamos que con un matiz muy propio y peculiar.

Molinari siente o vive la ausencia como algo superior; adentrarse, es elevarse; pero elevarse hacia un plano superior sería algo espiritual que hace a uno salir de sí, y este salir podríamos llamarlo concretamente ausencia.

Al cielo diáfano —celeste—, huída,
vuela los ojos su hermosura ausente
(Desnuda y llena luce separada
tanta luz quieta, solitaria y pura...)

La soledad, pues, la encontramos en todos los sonetos de Molinari como algo que quiere significar olvido, autoconcentración buscada de propósito:

¿A quién, ¡oh!, tiempo alegre y pasajero,
volveré las abiertas manos solas?

Molinari utiliza mucho las manos, y aun el cabello, para indicar su soledad, su desnuda y persistente soledad:

Volad días, mañanas sin reposo,
guirnaldas melancólicas delgadas;
montes claros y arenas reposadas,
al solo cielo ausente y delicioso.

....

Y los vueltos cabellos en el aire,
tomados y apartados ciegamente.
¡Volar, sí, remontar desentendido!

En estos pocos versos vemos cómo Molinari vive su soledad ausente y deliciosa, en ese remontarse desentendido o en ese «abandono atraído y aparente o suavidad del sueño fugitivo».

Esta su soledad podríamos llamarla de recogimiento distraído y reflexivo puro, de una distración y reflexión que le sacan de sí.

Si nos atenemos a lo que Molinari dice de su obra poética: «ensayar la más intensa posibilidad de recrear la gama de sentimientos y llevarlo hacia su mayor intimidad de belleza», no podemos menos que mirarlo desde este su enfoque, y entonces comprenderemos que el deseo de Molinari a fin de cuentas es un sueño, un «sueño incomparable» que ansiosamente se anhela.

En toda su obra esta vivencia o sentimiento sigue una línea ondulatoria que por momentos se eleva hasta regiones insospechadas: «des-

de el grito de desesperación a la suave caricia de agua de nieve», una vivencia de espejismo y eternidad».

Así son, además de sus odas y sonetos, todas las demás composiciones, ya sean ejercicios, romances o inscripciones; en todos ellos se da esta gama de sentimientos:

La nube coge
a la paloma
solitaria, sola,
¡La nube!

Al aire, al aire,
vuela la paloma.
¡Al aire!
¡Y sola
vuela la paloma
al aire!

En estos ejercicios tanto o más que a través de la restante obra de Molinari vemos la inmensa grandeza y la delicadeza de alma del poeta, y en cierto sentido místico. Pues tan sólo es necesario leer unos versos para verse elevado por esa suavidad, que tan sólo los grandes poetas, en cuanto partícipes de la creación, son capaces de dar.

Para finalizar este trabajo transcribiremos lo que M. López Palomero dice de Molinari en un pequeño trabajo aparecido en la revista *Nosotros*. Dice Palomero: «Molinari tiene un alma exquisita, pero pequeña. (Perdón Molinari.) Su Dios apenas alcanza a ser la sospecha de Dios. Y le invoca, desde su alma exquisita y pequeña, con su fervor y una fe pequeñitos. Y en su predilección por lo bonito, su espíritu se va de lo religioso y su oración se convierte en un balbuceo infantil. Y le pide:

un puerto lleno de veleros
y una escuadra numerosa
para que todo el mar sea nuestro,
y las bahías estén alegres.

Como si pidiera un juguete nuevo. Nuestra alma castellana, amigo Molinari, que hace tiempo se apartó de Dios, pero que conserva en su fondo su recuerdo inmenso, ya no se dirige a El porque carece de la fe inmensa, sin la cual no se debe hablar» (17).

En primer término, en desacuerdo con López Palomero, creemos más bien que esa alma chiquita, y más que chiquita exquisita, de la primera obra de Molinari continúa en toda su obra posterior. Diríamos que su alma es chiquita, no pequeña.

---

(17) M. López Palomero: Revista *Nosotros*, núm. 230. Julio 1928.

En cuanto a lo de su Dios, no creemos que solamente sea una sospecha; arriesgándonos a decir que más que sospecha es una certeza, pero una certeza que él no puede llegar a vivir tal cual es, y en este su desesperarse por llegar a aprehenderlo, a vivirlo, a veces lo invoca con una fe y un fervor que en sus palabras sencillas de incipiente, a pesar de su aparente pequeñez, revelan la vida de un alma en busca de algo de lo cual cree tener necesidad, esa necesidad natural que todo ser humano siente ya de un modo, ya de otro; de ahí esos versos que, encerrados entre dos signos de admiración, son una oración imprecante de un alma grande, necesitada.

En cuanto a lo que López Palomero juzga a este su fervor religioso, a esta su oración de balbuceo infantil, creemos que ésa es en un conjunto toda la poesía del poeta, y por eso es más poesía y más oración.

¿Quién, en la mayoría de las veces, no ha visto más sinceridad en los pequeños y débiles balbuceos de un niño que en todas las palabras del hombre maduro que se expresa con energía?

Breve consideración final

El trabajo está terminado, o mejor, finalizado; pero aún quedan muchas cosas que podríamos decir; conformémonos con lo dicho, pues si es cierto, como dice Azorín, que «el poeta vive entre entelequias», nos será difícil llegar hasta su fondo y «concretar cuáles son las entelequias del poeta». «El poeta, a solas consigo mismo, deja vagar su espíritu, que está más allá de las que el crítico literario imagina ver» (18).

A esto es a lo que se ha limitado nuestro trabajo; a «imaginar ver» a Molinari a través de su poesía sincera y de la ausencia y soledad que en ella se trasunta.

Tendríamos que preguntarnos si no será cierto lo que Azorín dice en su libro *España* acerca de la poesía de Castilla, de sus campos. «¿No está aquí la paz profunda del espíritu? Cuando en estas llanuras, por las noches, se contemplan las estrellas con su parpadear infinito, ¿no estará aquí el alma ardorosa y dúctil de nuestros místicos? (19).

Creemos que la poesía de Molinari, poesía de la pampa, podría, junto con su vivencia interna, encuadrarse dentro de este planteo, pues «sólo la poesía que se evade del yo y del mundo material y emprende una trayectoria de ascenso a la belleza (o absoluto) será duradera y verdadera» (20).—Felipe L. Pérez Pollán.

---

(18) Azorín: *Capricho*. Edic. Espasa Calpe. Colec. Austral. Buenos Aires, 1946.
(19) *Ibidem*.
(20) M. E. Frei: *La poesía de Fray Luis de León*.

CRONICA DE POESIA

Un constante dramatismo interior junto a una cuidada delicadeza expresiva son quizá las más significativas claves del recién aparecido Premio «Adonais» 1961 (1). Según sabemos por la solapa del libro, Luis Feria es ya autor de otros cuatro o cinco volúmenes inéditos, en verso y prosa, y de traducciones de autores norteamericanos y franceses tan arduos y diversos como Truman Capote, Erskine Caldwell, Eluard, Césaire y Senghor. La experiencia de tales trabajos y precedentes no podían por menos que hacerse notar, de un modo u otro, en el nuevo libro del poeta, y es natural que sea así, aunque, desde luego, no existen en *Conciencia* rastros de la obra de aquellos autores extranjeros. El libro galardonado con el «Adonais» del 61 revela, desde sus primeros poemas, la presencia de una sensibilidad avezada y de un sentir y un pensamiento notablemente maduros y dueños de sí mismos. Sobre el trinomio Tiempo-Amor-Dios, con sus dos últimos términos básicamente subsidiarios del primero (cuya dolorosa fluencia parece constituir el eje alrededor del que giran todos los demás elementos de la poesía de Luis Feria), se sienta de modo primordial el mundo lírico de *Conciencia,* término jamás interpretable, en el caso que nos ocupa, en su acepción ética, moral o religiosa, sino en la de percepción, conocimiento o posesión de una certidumbre interior. El patético sentido del libro, su desolada sustancia final, nos llevan al recuerdo de la más caracterizada y tradicional poesía elegíaca española—Quevedo, Unamuno, Hernández—, si bien los procedimientos expresivos de *Conciencia,* salvo en muy escasos y concretos pasajes, aparece asistido de una técnica y una palabra muy desembarazadas de directas influencias formales, clásicas o modernas. Por lo demás, la evidencia de la condición eminentemente elegíaca de la poesía de Luis Feria está patente en todo momento y se ahonda a lo largo del discurrir del libro hasta convertirse no ya en predominante, sino quizá incluso en única. El poema, titulado con un lema de Sartre, «No me alcanza la vida para pensar la muerte» (p. 20), con «El olvido» (p. 21), «Sucesión» (p. 25), «Tiempo de amor» (p. 36), «A una muchacha» (p. 39), «Relevo» (p. 49), «El destinado» (p. 54), «El tiempo» (p. 55), y singularmente excelente «Los recuerdos» (p. 48), son, por decirlo así, los centros vitales de *Conciencia,* los puntos del libro en que más claramente se adensa y manifiesta su esencial condición dramática. Todo son pérdidas. Nada sobrevive. Ha de irse todo. El milagro, el gozo, la luminosa tragedia de vivir se nos van, se están esfumando ya y nada podemos hacer para

(1) Luis Feria: *Conciencia.* Premio «Adonais» 1961. «Adonais», vol. CXCVII. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1962.

evitarlo. También pasan los únicos seres que, en la voz alternativamente esperanzada y defraudada del poeta, parecen poder derrotar al tiempo: los niños. Los temas de la maternidad, del nacimiento y de la infancia, es decir, de la antimuerte, cobran así un relieve muy particular y reiterado en el libro de Feria y aparecen dotados de idéntica significación en «Niño atropellado» (p. 17), «Sucesión» (p. 25), «La madre» (p. 18), el extenso y conmovedor poema «La espera» (p. 43), de justa y muy contemporánea factura, y las bellas «Variaciones para un recién nacido» (p. 26). También el amor («Los amantes», p. 15) parece asumir en el libro este esencial y frustrado papel de arma contra la muerte, y cada una de las alusiones a Dios presentes en *Conciencia* no son sino veladas interrogaciones y meditaciones al respecto. La «conciencia» que da título al volumen es, pues, y, sobre todo, una conciencia del tiempo o, mejor dicho, de su patética fugitividad. En cuanto a la técnica general del libro, bien lograda, es la de repetir, en secciones abiertas y cerradas por cuatro sonetos de perfecto cuño, temas de muy variado enfoque, pero dotados de un sentido muy unitario y sustancialmente apoyados en las principales motivaciones o puntos de partida: los que hemos destacado en esta breve glosa.

* * *

Las bellísimas ediciones malagueñas de los «Cuadernos de María Cristina» acaban de lanzar una hermosa entrega de José María Souvirón (2). La *Málaga personal,* de Souvirón, es, en su brevedad, irreprochable. Los cinco poemas y la nota final en prosa que la componen son un completo acierto de ajuste, calidad y equilibrio. Después de los nueve hermosos versos introductorios, la presencia de la ciudad recordada en la infancia y juventud, la memoria de su ausencia distantísima y su recuperación final, componen un conjunto conseguido con mano maestra y sin pérdida alguna de efusiones íntimas, aunque sujeto en todos sus pasajes a un cernido proceso de depuración. El resultado debía ser, pues, el que es en realidad: una de las más finas y netas entregas que de entre la abundantísima producción souvironiana conocemos. La ciudad natal del poeta, presente en cada uno de los instantes de su vida, ha deparado a José María Souvirón uno de sus mejores libros:

¡Ciudad antigua, para mí tan joven,
oh niña, he vuelto triste pero te amo!

---

(2) José María Souvirón: *Málaga personal en cuatro tiempos.* Ediciones de los «Cuadernos de María Cristina». Málaga, 1961.

En la nota final, muy bella y ceñidamente escrita, Souvirón glosa y desarrolla esta *Málaga personal* en todos y en cada uno de sus fragmentos.

Agraciado con encantadores grabados de la antigua revista malagueña *El Guadalhorce,* el nuevo y cuidadísimo libro de los «Cuadernos de María Cristina», editados por Angel Caffarena Such, constituye un pequeño primor de nuestra biografía poética contemporánea.

* * *

Una lectura por Angel González de su libro *Grado elemental* en la galería de arte madrileña El Arbol, y con motivo de la concesión a dicho volumen del premio «Antonio Machado», que ha fundado en Francia la editorial Ruedo Ibérico, nos descubrió la sustancial diferencia del nuevo y tercer (3) volumen del poeta con este que ahora nos ocupará brevemente (4). Si en el libro premiado la ironía y la intención críticosocial parecen llevárselo todo por delante, incluso a la poesía misma en buena parte y no sin talento, desde luego, la entrega de «Colliure», radicalmente introspectiva, nos revela la presencia de un excelente temperamento poético, con voz y voto más que suficientes para contar entre lo más granado de nuestra poesía joven.

Sin esperanza, con convencimiento, es un libro que presenta ciertas y señaladas analogías internas con el que de Luis Feria acabamos de comentar, si bien las diferencias de voz, más cruda y descarnada la de Angel González, son notabilísimas. Por el contrario, en las básicas motivaciones sensibles, aquellas que definen la personal estructura íntima del poeta, existen claros puntos de contacto en cuanto a la similar y desesperanzada carga de dramatismo y al desolado ventarrón de negaciones que recorren ambos volúmenes sin sombra de gratuita invención o de retóricas al uso. Mas el de Angel González, y aparte de sus también esenciales diversidades temáticas, en ningún caso es un libro elegíaco. Al poner el poeta su vida en juego constante, *si sale nunca la esperanza es muerte,* y avanza la primavera si es amor lo que el destino le señala...

... pero nunca o amor, mi fe segura:
jamás o llanto, pero mi fe fuerte.
(Pág. 72.)

---

(3) El primer libro de Angel González, publicado en «Adonais», fué *Aspero mundo.*

(4) ANGEL GONZÁLEZ: *Sin esperanza, con convencimiento.* Col. «Colliure». Barcelona, 1961.

Los tres notables poemas titulados «Reflexión primera» (p. 27), «El campo de batalla» (p. 16) y «Discurso a los jóvenes» (p. 59), representan con particular claridad sendos aspectos de este libro y de la poesía de Angel González. La «Reflexión primera» es una sincera, valiente y, al tiempo, moderada —es decir, doblemente convincente y eficaz— exposición de la amarga situación interior del poeta y de su conflicto religioso. A su vez, «El campo de batalla», un poema inevitable y felizmente condenatorio, es el cuadro lastimado de una guerra y de una patria en ruinas sobre cuya «dura tierra», «cogidos entre el pánico y la nada», unos sobrevivieron, murieron otros y todos en realidad, a tenor de las leyes que toda guerra dicta, terminaron perdiendo la partida. Por fin, en «Discurso a los jóvenes» —como también muy señaladamente en «Entreacto»— encontramos los primeros indicios de ironía y réplica social, que han cobrado papel definitivo (excesivo quizá) en *Grado elemental.*

Con la publicación de *Sin esperanza, con convencimiento,* «Colliure», la nueva colección barcelonesa de poesía dirigida por José María Castellet, y que ya ha publicado interesantes títulos de Gabriel Celaya y Carlos Barral, incorpora sin duda un nuevo y valioso volumen a su gradual, prometedor quehacer.

* * *

Indudablemente, también hay que ver en Eladio Cabañero a una de las voces más enterizas y plenas de la joven poesía española contemporánea. Confirmado ya claramente por su libro *Una señal de amor,* que publicó «Adonais», en este *Recordatorio* (5) se reiteran una vez más, de modo evidente, las dotes y facultades de su palabra, en estrecha relación con el mundo interior del poeta. En efecto, y como ya se ha escrito, «el verso de Cabañero representa el entronque de la más culta tradición lírica con la entraña del pueblo, vivo en su idioma más ingenuo y expresivo». Es muy frecuente, en la poesía de Eladio Cabañero, la interpolación de expresiones y aun de estrofas populares —en transcripción literal a veces, vagamente alterada otras— entre los versos de providencia literaria y que, no por serlo, están en desacuerdo con la popular sustancia última de los poemas.

El calificar a esta poesía de «bien enraizada» no es en esta ocasión un nuevo manejo de tópico tan asendereado, sino declaración de una realidad palpable, la primera que se nos hace presente en la lectura del *Recordatorio.* Poesía enraizada en las tierras de la llanura, en los

(5) ELADIO CABAÑERO: *Recordatorio.* Vol. II de la Col. «Palabra y Tiempo». Taurus Ediciones. Madrid, 1961.

abandonados campos natales, en el sentir y ser de su gente, intensificados por el recuerdo y la ausencia.

...Las uvas, las espigas, la Glorieta,
la feria, el corralazo de los títeres.
¿Era aquél Tomelloso?
¿Era yo aquél, aquél de por entonces?

(Pág. 19.)

La extensión de *Recordatorio,* muy considerable, agrupa dos primeras partes, de las que sólo la inicial parece corresponder plenamente a la intención del título, mientras que la segunda, armoniosamente concertada con la que la precede, está constituída por poemas de un nuevo grupo que podríamos llamar «urbanos», y en los que Cabañero habla desde su hoy madrileño y no desde su ayer manchego. Una tercera parte, absolutamente independiente de las dos primeras, y cuyo título la define suficientemente, da cuenta del volumen, *Poemas varios,* correspondientes a muy diversas fechas—algunas ya con unos años encima—del crecimiento poético de Eladio Cabañero.

Sin duda alguna, es entre los poemas de las dos primeras partes del libro, plenamente conseguidos en mayoría con respecto a intención, vibración y realización, donde hallamos los mejores pasajes de *Recordatorio,* aquellos en los que más nítidamente se ponen de manifiesto los muchos valores de la poesía de Eladio Cabañero.

* * *

Quizá el más calificado y atento «albacea literario» de la mucha obra inédita y póstuma de Juan Ramón Jiménez, su paisano Francisco Garfias, es también poeta, y poeta acreditado—aparte de su vastísima labor antológica de la poesía hispanoamericana y de su extensa bibliografía juanramoniana—con sus libros *El horizonte recogido* y *Magnificat,* a los que viene a unirse ahora este *Ciudad mía* (6), un minucioso, profuso y apasionado canto a su Moguer natal.

Dados los antecedentes de su honroso «cargo» con respecto a Juan Ramón Jiménez y de su numerosa serie de libros y estudios en torno al poeta de *Animal de fondo,* parece oportuno hacer constar en primer término que en este nuevo volumen de Garfias ocurre lo que, por todas las razones de convivencia en paisaje y obra, parecía muy difícil no ocurriera: sobre *Ciudad mía* no pesa en absoluto la sombra poderosa

(6) Francisco Garfias: *Ciudad mía.* Vol. III de la Col. «Ixbiliah». Sevilla, 1961.

de J. R. J. Garfias ha logrado una considerable independencia expresiva, sólo relacionada acaso, en ciertos matices y pasajes, con la de Pablo García Baena y el núcleo poético que se agrupó en Córdoba en torno a la revista *Cántico*. Un lenguaje sumamente cuidado y detallista en la enumeración de cosas, criaturas, lugares, se expande a lo largo de versos libres, en tiradas generalmente extensas y en las que toman parte, como protagonistas, Moguer mismo y la propia intimidad de Garfias, muy bien relacionados y armonizados ambos términos por el poeta.—FERNANDO QUIÑONES.

Sección Bibliográfica

LA JUVENTUD EUROPEA Y OTROS ENSAYOS (1)

José Luis Aranguren, catedrático de Etica y Sociología en la Universidad de Madrid, nació en Avila en 1909. Pertenece a una generación de grandes ensayistas españoles —de dentro y de fuera—, de hombres universitarios de pensamiento trabajado y serio. (Aunque de pasada, observemos este gran acontecimiento: el paso de la literatura al ensayo, el que es necesario abordar de modo consciente, con responsabilidad, tratando de cuestiones atañederas a los hombres, no a los entes de ficción. Lo literario, lo creador, en muchos casos, no es sino una manera encubierta de vaguear, porque para ello no se *necesita* más que *genio*. Y los grandes pueblos lo han sido, y lo son, por los pensadores, no por los soñadores, que se desfondan al primer empentón. Las fronteras son difíciles de trazar, pero el *Quijote* o la gran lírica española tienen la máxima jerarquía.)

Los nietos del 98 forman un equipo que garantiza la continuidad del pensamiento hispano, a pesar de tanta presión y de acontecimientos tan desgarradores, en los que la ira suplantó al sosegado razonar y entender. En sociología, en arte, en filosofía, en literatura, en investigación histórica, se podrían citar varias docenas de nombres y obras con las que es necesario y justo contar. No voy a realizar esa nómina aquí, porque hoy vamos por otro camino. Es una admirable cohorte de escritores contra mucho viento y mucha marea, difícilmente —todos— débiles en la inteligencia, aunque no siempre condignos en la acción social. Y esto es muy importante a los efectos de no trivializar en técnica y juego lo que debe ser ejemplo y norma. Quizá la falta de ejemplaridad de algunos intelectuales, amaestrados y obedientes a una doma extramental —cuando dejan de ser intelectuales para reducirse a partidarios—, tenga la culpa de su escasa repercusión y rectoría. Ya sé que para ser digno, sobre todo cuando no es negocio, hace falta más valor que para escribir una página bien tocada o para perseguir animosamente, en la comodidad de un despacho soledoso, temas arriscados o crucigramas lógicos. Pero, de momento, quédese aquí la cosa.

(1) JOSÉ LUIS ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*. Biblioteca Breve, núm. 159. Editorial Seix & Barral. Barcelona, 1961.

El panorama intelectual que sugerimos es muy consolador, aunque esté sumergido por la actualidad caediza, la propaganda, los *gustazos* y las cabezonerías coetáneas, reaccionarios por móviles en ocasiones absurdos, de simpatía o antipatía personal y hasta de regionalismos, aldeanerías y resentimientos, incluso físicos. Un rasgo característico, a mi ver, de los ensayistas es que el instrumental de trabajo —y las preocupaciones, la materia real— está más próximo entre ellos que entre los inmediatamente anteriores, aunque a cada cual le distinga el talento. Gracias al sentido de la realidad desliteraturizadora, las distancias mentales y afectivas se achican, y no sería absurdo ver cómo las líneas se juntan en un futuro no lejano, cuando la accesorio de unos y de otros desaparezca y esplenda lo medular. (En el valiente ensayo de Aranguren *Los católicos en tiempos de secularización* se lee: «Parece un hecho que externamente —y al decir externamente doy a este adverbio una acepción muy amplia, quiero decir externamente al acto de fe— los católicos y los no católicos cada día nos iremos pareciendo más, incluso en nuestros comportamientos culturales y, por supuesto, políticos y sociales.»)

Entre los pensadores actuales no hay ya meros propagandistas, dialécticos de la posición inicial indiscriminada o defensores de intereses o urgencias patrimoniales. Incluso los mejores, a quienes desvió la juventud y unas circunstancias excepcionales, han desechado su parcialidad y andan por un ostracismo dignísimo, sospechados y hasta sospechosos para quienes sólo postulan adhesiones, como ha ocurrido siempre que el intelectual ha sido también un hombre, no un mero proveedor de entretenimientos bicarbonatados para la sobremesa de los poderosos. (A la hora de la verdad, los escritores, las ideas o los libros han servido de parapeto para defenderse de las balas o para disparar contra el prójimo sin demasiado remordimiento, lección que siempre se olvida.)

Quizá —el tema merece ser tratado a fondo— el intelectual esté recobrando su puesto de honor, soledad y crítica, de peligro e intemperie, desilusionado de la política, actividad inferior, aunque resonante y para engañar incautos. Muchas políticas triunfantes, ahora mismo, no tienen porvenir, en tanto el futuro —y el presente, aunque no se vea— es de la inteligencia trabajadora y honesta. Ya no impone el político, como ocurría no hace tanto: el político, a lo sumo, embandera el esfuerzo de todos. Y menos aún apabulla el hombre providencial, el que se enroca en subterfugios trascendentales para descartar la responsabilidad personal e histórica en vida. No es que el intelectual empiece a ser un ente marginal, pues si no opera con la realidad manipula con fastasmas. Y Aristóteles nos enseñó en la *Política* que

quien no pertenece a la comunidad o al Estado, es un animal o un dios. Y como las marginalidades humanas no sean divinas, no queda más que el otro término de la opción. Ya dijo alguien que al hombre, *animal político,* si se le quita lo político se le deja en animal a secas. La política de hoy es parte de la Historia de mañana, y no cabe desconocerla ni dejar de tomar posición, mental en el caso del intelectual, no beligerante y con el as de bastos, la quijada cainita o el hacha de sílex de Altamira u otra caverna menos prestigiosa.

El intelectual inteligente—no el mero erudito o el que escribe por escribir o comer— va teniendo conciencia de su puesto en la sociedad, de su misión moral, de su humildad sagrada que no prevarica, en cuanto se le alcanza. Merced a los descubrimientos científicos, a los avances sociológicos y éticos—aún no puestos en práctica—, el político empieza a desmitificarse y a colocarse en el mundo de todos. (No es un hecho baladí la colegiación de la rectoría política y el apeo del culto a la personalidad, sucesos que suponen una entrada en razón y un síntoma del estado espiritual de nuestro tiempo.) El intelectual debe ser más hombre de cruz que de botafumeiro. Al final no se puede pasar la barrera del halago, y se cae en desgracia, pero sucio. ¿Por qué no ir por un sendero menos cómodo en lo físico y más exhibible y compartido en lo moral? Las especulaciones que no sirven al mejoramiento de los hombres «vivos y efectivos» pueden acabar en funambulismo inoperante, en pasto para matar el tiempo.

Respecto a la relación intelectual-Poder, podríamos citar las nobilísimas palabras de Henri Poincaré en *El valor de la ciencia* (II, cap. V, Col. «Austral»), referido al binomio ciencia-riqueza: «Las gentes prácticas reclaman de nosotros solamente el medio de ganar dinero. Esas no merecen que se les responda; más bien convendría preguntarles para qué acumular tantas riquezas, y si para tener tiempo de adquirirlas es necesario despreciar el arte y la ciencia, únicos que nos dotan de almas capaces de gozarlas, *et propter vitam vivendi perdere causa* (Juvenal, *Sátiras,* VIII, 84: *Para vivir, renunciar a lo que es razón del vivir).* Esto es: despojarse del hombre, perjurar de la sagrada condición humana, o lo que es igual: a la libertad en el orden del entendimiento amoroso. Creo que convendría que los intelectuales se hicieran problema de su condición y postura consecuente, sin dejarse llevar por ruegos femeninos, neveras, casas de campo, comodidades tecnológicas e incluso confinamientos, que no hay que buscar, pero tampoco temer: el santo no provoca el martirio—eso es suicidio—, mas no lo rehuye, y menos a un precio que no vale la vida, si se presenta la ocasión. Como el héroe. Y de ambos tiene algo el intelectual, o se queda en máquina pensante o en bufón y cómplice.

Estas consideraciones no creo que sean inoportunas con ocasión de *La juventud europea y otros ensayos.* Algo de lo que les pasa a los jóvenes de hoy, aunque el asunto sea más complejo, es la falta de maestros, el ejemplo moral. Y no se nos olvide que respondemos de las dolencias del prójimo, aunque no queramos: hay una responsabilidad convivente por acción u omisión. El profesor, el intelectual —y los demás estamentos sociales, altos y bajos—, han desertado en los momentos solemnes en los que era preciso revalidar el título hasta el derramamiento de la propia sangre, la vitalidad de las convicciones y de los escritos. Ante la barbarie, lo general ha sido la adulación, o en caso extremo, el cómodo silencio, el refinado exilio del que no quiere mancharse. (Sé que exagero al generalizar, y dejo a salvo muchos casos nobles; tantos, que merced a ellos hay esperanza. Aunque el escándalo sea más notorio, la sociedad actual tiene salvación y desembocadura histórica gracias al decoro anónimo de las verdaderas madres, a pesar del guirigay de las zorras.) Recuerdo que un profesor de la Universidad de Madrid dedicaba un libro a su maestro con las siguientes palabras: «A don Adolfo Posada. Maestro en la doctrina. Maestro en la conducta.» Luego el agradecido discípulo se dedicó a menesteres profesionales mejor retribuídos que la ciencia. Hoy, ya muerto, se va olvidando su presencia terrenal, sin asidero de obras, y no se pudo llevar los relumbres o el oro de por acá.

¿Qué debemos a nuestros educadores, a nuestros padres, a quienes nos han formado? ¿Qué hemos enseñado, que no venga en los libros, a nuestros sucesores? Porque, en principio, la juventud es irresponsable en tanto en cuanto no se ha hecho a sí misma ni decide de la vida de la sociedad. ¿Qué ha visto la juventud actual en sus casas, en las escuelas y en los centros docentes, en la calle, en los espectáculos, en la prensa? ¿Qué se les ha dicho acerca de sus reacciones ante los problemas diarios, ante la convivencia? ¿Qué concordancia o discordia —y anda en medio el corazón— existe entre lo que se les predica y la realidad? Porque de esa conformidad o discrepancia escandalosa nace el asentimiento o el repudio juvenil. Y si el joven se desilusiona, ¿cómo se va a comportar? Don Quijote, cuando despierta, se muere. Almas de menos gálibo, cuando se las engaña se encanallan o se materializan y pasan por todo, activa o pasivamente, desde el sometimiento capón al crimen. ¿No ha visto la juventud europea, en una u otra medida, demasiadas antinomias e inmoralidades, turbadoras contradicciones? La juventud actual sabe que sus padres han sido vejados, hasta muertos, por ser fieles a unos principios vigentes hasta el momento de la violencia, justos hasta ser suplantados por la legalidad de la fuerza. La juventud ve el ascenso del armado o del enri-

quecido al margen de la norma. Y se escandaliza, se desmorona. ¿A quién recurre, para qué, si los padres han sido desacralizados, convertidos en unos pobres guiñapos por una realidad bárbara y falsa, contrahecha, violentada? Y si le aparece el dinero, obtenido como sea, tal la única salvación. ¿Dónde están los maestros, los que no tiemblan, los que no adulan, los que no se aprovechan, los que toman la cicuta, los que saben y lo transmiten? ¿Cómo contestamos a estas preguntas en la soledad amarga de la conciencia? Es cierto que la juventud es un hecho social que está ahí, pero también es justo no olvidar nuestra parte de culpa en esa obra. ¿Podemos sostener la mirada a los jóvenes, confortarles con nuestra presencia y nuestra mano amiga en el hombro? ¿Podemos explicar en público cómo y de qué vivimos, cuál es nuestra tarea?

«Este libro —nos dice su autor—, aun cuando compuesto de nueve artículos diferentes, está interiormente muy trabado. El estudio con que se abre se refiere a los jóvenes de hoy, es decir, a los hombres de mañana. Le siguen tres ensayos concernientes al porvenir inminente del catolicismo y los católicos. Otros tres artículos tratan del tema del nuevo humanismo y de las nuevas humanidades. Y el volumen se cierra con sendos trabajos dedicados a Alemania e Italia.» Temas, como se ve, de importancia. ¿Cómo se cumple el ofrecimiento de Aranguren? Parcialmente, sin más remedio, porque no se nos explica qué sea el hombre español, cómo será cumplidamente hombre el joven de hoy, cuáles son las características de la sociedad que nos acoge o rechaza y los desajustes o encajes del hombre que vive en ella. Incluso, ¿es posible ser hombre de momento? ¿Tiene espera el ser? Claro que Aranguren no se ha propuesto —no es posible en 200 páginas— resolver estas cuestiones, sino exponer hechos, juicios y, sobre todo, creo yo, encarar al hombre maduro con esa ineludible y tremenda realidad de la juventud de hoy, menos libre que la nuestra, que estuvo más politizada que la que nos precedió. Claro que mi juventud, la de los nacidos alrededor de 1915, se desarrolla en un mundo que con la primera guerra mundial del 14 al 18 cierra el período romántico de la política internacional y el feudal de muchas políticas nacionales —el liberalismo teórico en un ambiente medieval—, ve la primera huelga social en España —1917—, la guerra de Africa —y aun las guerras—, en la Península Ibérica, con la dictadura de Primo de Rivera; el fin de una Monarquía multisecular, el advenimiento de la segunda República —tan mal estudiada—, la guerra civil, la segunda guerra mundial, la redistribución de la potencialidad mundial, el fin del colonialismo... Y el cambio radical en la ciencia, la rehumanización del arte... La posibilidad y el terror atómico... Claro que estas enu-

meraciones, tan incompletas, no dan idea cabal del tiempo, entre otras cosas, porque nadie vive en días de nadie. La juventud de entonces estaba en la calle; hizo una guerra con varia fortuna, y todavía buscaba el honor de la investigación, la gloria del nombre, la obra bien hecha. Aún el hombre era algo sagrado para el hombre. Era una generación con autoridad paterna y maestros en las aulas. Todavía el orden y la ley eran acatados y no impuestos o al servicio de parcialidades. La violencia —prueba irrecusable, la guerra civil española— ya andaba suelta y llegaban las pistolas a los claustros universitarios, como el peor libro de texto. Pero no se crea que eran fuerzas azarosas o desatadas: el tiempo estaba cambiando —había cambiado— y los intereses chocaban debajo de la dialéctica. Para detener el tiempo se luchaba, y se contendía por esferas de poder, riqueza o influencia. Y este sector social arrastró a la tragedia a los demás sectores, como probará el futuro con evidente contundencia, cuando ya no podamos hacer nada los unos y los otros para que los que tienen ojos vean. Esta juventud mía, en la que coincidieron varias generaciones —los hombres no se relevan, sino con la muerte—, es la que, en alguna proporción, encabeza la sociedad, llena los huecos o los mantiene contra toda ley permanente. (¿Cuántos actúan, de una generación, en tiempos normales? Esta apreciación puede dar muchas explicaciones. ¿Quiénes mandan, los viejos, los jóvenes, los maduros, las mujeres, los hombres, los de acción, los de pensamiento, los poderosos, los desvalidos, los más, los menos? Contestar a estas preguntas es muy útil y aclaratorio.)

Para Aranguren, la juventud actual es una incógnita respecto al futuro, pues el reaccionarismo paternalista teme que no vaya a ser como desea. Yo aseguraría que ya no lo es: la juventud de hoy, amasada para la conformidad y el amén, educada para que dé unas premisas, se desprendan unas consecuencias, ha resultado disconforme, escéptica, materialista, descreída y sin barreras sociales o continencias sexuales, en general. (Véase, en lo que tenga de real y no de anécdota particular, *El curso,* esquema novelesco de Payno, universitario muy joven. Claro que esto no se puede hacer extensivo sin grave riesgo de equivocarse, pero nadie de mi generación hubiese podido escribir una obra así.)

De este panorama descrito se deriva una confusión de clases, un signo comunitario del tiempo, que no tiene por qué ser amorfo. Otra característica es la rebeldía, manifestada de modo específico por falta de expresión política: el llamado gamberrismo. Y debemos decir que la protesta palmaria juvenil tiene toda la razón: se encuentra todas las puertas cerradas en nombre de unos ideales sagrados, eternos e

inconmovibles, que a ella no se le manifiestan respetables. «La característica de la actual juventud es el desplome de los ideales, la desilusión y, consecuentemente, en mayor o menor grado, el escepticismo.» ¿Qué juventud, la universitaria, la campesina, la industrial de las grandes ciudades? Porque siguen pesando las barreras económico-culturales. Resulta preocupador que no haya posibilidad seria de saber cómo piensan nuestros jóvenes, que mienten por temor, a los que no se les pregunta, a los que únicamente se les manda, como si se tratase de deficientes mentales o de reclutas. Nuestra falta de información —y el exceso tergiversador— es aterradora, y cuanto gana el orden público actual lo pierde la convivencia futura. «Generación —escribe Aranguren al hablar de la europea; yo me refiero más a la española, que no se moldea sobre los mismos supuestos historicosociológicos—, en resumen, escéptica, realista, inclinada a lo concreto, positivo y privado, utilitario, funcional, técnico y, en el sentido que se acaba de explicar, adulta como pretensión de madurez y prudencia, y de ser *sui iuris*.»

Otro rasgo juvenil de hoy es el repliegue a lo privado, por desistimiento del heroísmo bélico en provecho del de todos los días: más familia que nación, más Europa que patria, superación de los nacionalismos, aunque los diversos países estén en distinto grado de evolución. (Aranguren sigue más bien, y lo generaliza, con peligro, a nuestro ver, el *rapport* nacional redactado en 1957 por el Institut Français d'Opinion Publique, de París, acerca de la *nouvelle vague*.) En cuanto a la moral, la tendencia es a jugar limpio, a tener seguridad en las relaciones, a nivelar la conducta, sin excepciones. No lo niego, mas ¿cómo se casa esta *mediocridad* generalizada con el egoísmo, la insolidaridad, el aislamiento, el desfonde de tantos jóvenes que no ven más que lo cómodo, lo seguro? No confundamos la uniformidad —o nivelación o igualamiento— externa de la sociedad actual, en conjunto, y la de la juventud en particular, nacida de las conquistas y de la extensión técnica, con el color del sentimiento. Las gentes se parecen mucho más que nunca a los sentidos, si callan, merced al traje y a las maneras perceptibles, a sus diversiones, pero se diferencian en cuanto hablan y actúan. Y esa distancia nace de una injusticia social, de los monopolios de unos y de las carencias de otros. De momento todo está contenido por la tensión atómica mundial, como si se hubiese estabilizado la vida en el temor. Mas un día se producirá la paz, y esa tensión energética de hoy tendrá que desplazarse, ponerse en movimiento, e impondrá cambios radicales, ya conseguidos en lo teórico y científico, a falta de legalización social.

Creo que el de la juventud es el ensayo capital del libro de Aranguren, aun en ámbito europeo, es decir, mutilando la historia de hoy,

que por primera vez y desde hace pocos años—ése es otro de los factores de inseguridad del tiempo—empieza a ser universal. El problema del catolicismo, paradójicamente a su nombre, es un asunto particular de unos pueblos identificados con formas de vida específica que todavía no ha realizado su universalidad. Lo religioso—quizá todo—se hace más íntimo, no da la tónica social, tal vez por la secularización de la vida, que apela a lo común, a instancias más inmediatas. De todos modos, estos ensayos católicos tienen valor testimonial, en principio, porque no se puede reclamar un trato de favor como católico en cuanto al Poder, la riqueza, la posición social. Ser católico en España, para algunos, es la gran inversión, puesto que se han profesionalizado. Mas para el hombre sincero, el que siente su dimensión y su desgarramiento religioso, comienza a ser heroico, porque supone discrepancias dolorosas con tantos aspectos del vivir como se han desustanciado. El forcejeo es dramático y respetable. He aquí algunas precisiones de Aranguren sobre el asunto: «En el mundo, hasta cierto punto; en España, desde luego, el católico ha vivido durante unos decenios triunfalmente. Es de temer que le aceche un futuro bastante menos confortable. Por si acaso, no será malo irse haciendo a la idea.» («El intelectual católico del futuro.») O estas otras palabras del ensayo «El católico en tiempo de secularización»: «Un sentido positivo y realista tiende a prevalecer en el ámbito religioso, igual que en todos los demás.» Refiriéndose a *cómo* se es católico en España, escribe, después de destacar el carácter bélico, constante, de nuestro catolicismo: «La verdad es que hace unos años todo el pensamiento que se exteriorizaba en España era católico, de una u otra tendencia. [Se refiere a después de la guerra civil.] Hoy ya no puede decirse lo mismo. La catolización huera, meramente retórica, de las grandes palabras, también ciertos compromisos y determinadas alianzas, así como el carácter burgués, sin sentido social, del bloque del catolicismo español, han apartado durante estos últimos años y continúan apartando a muchos jóvenes del catolicismo.» («El porvenir del catolicismo español.» Este ensayo es una felicísima síntesis de la historia de nuestro catolicismo, bélico y nacionalista, más papista que el Papa, realizado con toda valentía y probidad intelectual, digno de meditación y diálogo.)

Las urentes meditaciones desde España sobre el catolicismo se recogen en los ensayos citados, ya de títulos muy cargados de electricidad y polémica, y más en tiempos sin fronteras ni estancamientos, de interinfluencias casi atenidas a la física más que a la ética, cuando la inestabilidad—el cambio en el que vamos instalados—se manifiesta en la cotidiana expresión de «fluidez internacional». O lo que es lo mismo: inseguridad, pues no sabemos si lo de hoy habrá mudado

mañana, entendido como plazo de veinticuatro horas. Estamos cambiando, ¿para bien o para mal? Estas expresiones morales no tienen sentido ante lo inexorable, que no es bueno ni malo en principio: es. Vivimos sobre un fundamento movedizo, y de ahí el sobresalto. Pero vamos a un nuevo lugar, a una nueva estabilidad, si llegamos, que alguien arribará. Los grandes mitos han revelado su oquedad y provisionalidad, y no se puede vivir en falso, aunque lo estemos haciendo en peligro.

Aranguren, con probidad intelectual, cumple en su obra, titulada con el trabajo más urgente, con lo que prometió en sus palabras prologales: «Libro, pues, que desde el presente mira hacia el futuro: futuro del hombre, futuro del católico, futuro de algunos países, de España ante todo. Futuro considerado en todos los trabajos desde un punto de vista predominantemente social.» Partiendo del hombre concreto que es el autor, convivente con otros hombres concretos en una sociedad nacional y universal en un estadio histórico determinado, averigua, atento a sus orígenes —al pasado—, lo que le espera al hombre de hoy en un mundo que se dirige hacia otras formas de vida y comunidad. Aranguren es un pensador —moralista, hombre de quehacer práctico nacido de una previa teoría—, un español católico —pero no a la española tópica—, que se mira a sí, se encara con su contorno vital, somete a prueba sus convicciones y la circunstancia en que vive, y pregunta. Y lo hace desde su irrenunciable personalidad, patria y tiempo. Del libro de Aranguren, muy problemático, muy sugeridor, salimos más aclarados, con más respeto por la vida del semejante que coincide o disiente, pero que no nos fulmina o degrada por ser como somos. Con Aranguren y su pensamiento se puede conversar y aspirar a entenderse. Esto importa muchísimo, y más en tierra de sordos, donde nadie oye, donde la sentencia precede al juicio. Si coincidiésemos totalmente llegaríamos a una *confusión* en la unidad, que haría innecesario al otro, impidiendo toda vida histórica. Discrepamos porque somos. Ahora bien, esa discrepancia, *conciencia situada,* punto de vista, no presupone que sobra el que no asiente con obediencia de cadáver. (Quizá parezca absurdo esto a quien no sepa a cuántos dolores, cerrilismos, cabezonerías e injusticias aludo. Porque de la antinomia propugnada por algún *pensador,* «amigo-enemigo», no se desemboca más que en la destrucción del contrario, en el apeo de la moral y del derecho, en la santificación de la brutalidad o de los intereses de este cochino y maravilloso mundo.)

Aranguren es una cabeza pensante de hoy que contribuye a permitir un futuro a la altura del hombre español, calificación que no se opone a ningún otro tipo humano de hombría, sino que la completa

y se redondea en ella. Sus ensayos de ahora, tan sugerentes, bien arquitecturados, espléndidamente escritos, pueden llevar mucha paz a sus lectores, sobre todo a los jóvenes, su gran preocupación: Aranguren es profesor de juventudes, preparador de mañanas. Y esa responsabilidad del catedrático, del universitario, del buen escritor, del pensador con pensamiento propio e información precisa, se traslucen en estas páginas tan humanizadas, tan valiosas y con aire bondadoso entre líneas. Aranguren escribe desde hoy mirando hacia el acorralado porvenir, como nos dice, sin renunciar al inevitable —¿cómo?— pasado, pero sin aferrarse a él, que ya tuvo su oportunidad; sin caminar de espaldas, sin egoísmo ni vinculación a posturas que no se pueden defender en mitad de la calle y con testigos libres. (O proclamar en el sagrado ámbito de la cátedra, que a tanto obliga a los profesores auténticos, no a los comerciantes de la ciencia o a los castracerebros.) En el fondo, todas las inquisiciones de Aranguren, su variedad meditadora, gira en torno a un tema: responsabilidad del intelectual de hoy. Y más concretamente, en su caso: responsabilidad del intelectual católico de hoy. Y Aranguren no confunde los mandatos de la razón —y de la fe— con las conveniencias particulares que se cotizan en Bolsa o tienen puesto propio en las notas de *sociedad,* que no son la sociedad. (Porque hay gentes que confunde su caso con el de todos, y cuando ellos no «lo pasan a modo», dicen que el país es muy aburrido, y al revés.) El patético problema de Aranguren es: ¿se puede ser católico hoy? Esta es su gran pregunta, que él contesta afirmativamente, pues los deberes son más irrenunciables que los derechos para el noble y el creyente. Ahora, contesta con tal limpieza, que puede hacerse sospechoso o rebelde para los apegados a las formas inviables no ya por desarrollo histórico, sino por doctrina estricta. (Todos conocemos a quiénes, católicos o no, sólo saben *ganar.)* En sus *visiones* sobre Italia escribe en un tenso entre paréntesis: «Tal parece el signo de nosotros, los católicos, en la época moderna: llegar tarde.»

En otro aspecto —véase el precioso ensayo «El ocio y la diversión en la ciudad»—, los giros y temas de Aranguren en este libro se refieren al hombre en peligro de masificación, devaluada su humanidad, tan a pique de corrupción por presiones invencibles: el Estado, el maquinismo, la técnica, la diversión, la falta de ocio, revelador de sí mismo. Pero en Aranguren hay esperanza, razonable esperanza, lógica esperanza si se parte de unas premisas, que no siempre son demasiado reales. Esperanza en la especie humana, sí, pero ¿y el individuo, el incanjeable, tú, él, yo, nosotros, vosotros y ellos, que no tenemos demasiada espera, que no podemos aguardarnos a verlo? Yo también creo —quien trabaja fuera de la animalidad, para algo más que subsis-

tir e ir tirando, tiene fe—, aunque a veces la urgencia o la fatiga se nos suba a la pluma, al grito: ¿estaremos mañana? Ya sé que «hoy es siempre todavía», mas no todas las horas lo son de serenidad y de entendimiento. (¡La lucha por el sosiego para ser uno, la defensa de la intimidad para poder servir al prójimo, el combate con la fatiga del ganapán que somos, sin tiempo para lo principal, secundario ante el decoro!) Y desde situaciones poco o nada cómodas vemos cómo nos quitan el nombre, cómo se viene la leñosidad y la monotonía, petrefactándonos, en palabra de Ortega. Es verdad «que toda cultura de trabajo es siempre ética», y que el arte, si no es necesario—vida de uno—, es una evasión, y más cuando se pone al servicio de lo peor: el dinero, la vanidad, la fórmula que se industrializa. Pero el trabajo más allá de la capacidad embrutece, sólo saca sangre inútil, mecaniza, impide la obra cumplidora. El trabajo material, el que produce cosas que se ven, se tocan, sirven, no es malo para el intelectual—al menos como doma de la estupidez o de la soberbia, el gran peligro—, cuando le descansa, cuando puede pasar de uno a otro libremente. Mas no es así en nuestra sociedad real, de momento. El problema es: el hombre—casi todos los hombres—no es libre debido a una organización social antinatural y esclavista—y sensual—, en una forma u otra. Lo grave es que la esclavitud actual no da filosofía de Platón ni versos de Horacio—tampoco estas obras la justifican, cuidado—, sino dividendos, juergueo, ociosidad encanallada a unos cuantos herederos.—RAMÓN DE GARCIASOL.

J. ROF CARBALLO: *Niño, familia y sociedad.* Madrid, 1960.

Entre los quehaceres médicos, hay uno que se relaciona más con la enfermedad como fenómeno *histórico* que con la enfermedad como hecho *natural.*

Los médicos que desarrollan este quehacer determinado han de tomar contacto con la existencia del enfermo—su postura ante el mundo y ante los demás—, pero, sobre todo, han de fundar su tratamiento sobre una previa teoría, más o menos filosófica, del ser humano. Por eso suelen ser sensibles a la Filosofía, la Literatura, la Música, etcétera; suelen ser escritores además.

Y precisamente por esta cercanía de su quehacer a estas materias, les amenaza continuamente la falsedad y el «camelo».

Rof Carballo nos produce una impresión que le inmuniza contra esos peligros: *seriedad.*

impulso del niño a buscar apoyo para su vida indefensa e inválida; también del impulso de los padres a unirse al niño para compensar ciertas tendencias insatisfechas.

La tendencia fusiva es una tendencia *sexual*—no precisamente *genital*—. La familia debe procurar entonces des-sexualizar al niño: «proporcionar a éste límites netos, permitir su separación de la unión simbiótica o madrepórica».

Porque no hemos de perder de vista que el niño ha de hacerse cargo de la realidad con decisiones, con su libertad. La autonomía del ser incipiente ha de ser objeto de un «cuidado» especial. La madre—digamos, la familia—logra, para el niño: «por un lado, en el cuerpo, un cierto estilo en la estructura neurofisiológica; por el otro, en el mundo de este mismo hombre, una determinada manera o estilo de recortar la realidad, de hacerse cargo de ella».

No sólo eso. El hombre ha de vivir en soledad, en «esa soledad que para el hombre es necesaria: para crecer, para madurar, para crear, para estar con Dios, para morir». Por ello la madre debe proteger al niño para que no se angustie; pero no debe estorbar su autonomía y su soledad radical: debe procurar que se desarrolle progresivamente y al amparo de su protección.—ROMANO GARCÍA.

JULIÁN MARÍAS: *Los españoles.* «Revista de Occidente».—Madrid, 1962; 358 páginas.

Julián Marías vuelve a obsequiarnos ahora con otra publicación. Bien es cierto que se trata de una recopilación de artículos publicados en revistas extranjeras, como el mismo autor confiesa, pero aún así nos complace el ver reunidos en un solo volumen una serie de temas cuyo vínculo común es el tratar de España, de sus problemas y de algunos españoles egregios, como Jovellanos, Moratín, Menéndez Pidal y Gregorio Marañón.

Si queremos plasmar el tono vital de esta obra de Julián Marías podríamos resumirla en las siguientes palabras: optimismo, en lo que respecta al porvenir histórico y cultural de España. Con ello Julián Marías no hace más que recoger la antorcha que le legó su genial maestro Ortega y Gasset, que, a pesar de lo que algunos dicen, fué ante todo un optimista de la realidad histórico-cultural de España y, por tanto, un gran patriota. Julián Marías no cree, en efecto, que podamos hablar con justicia de una decadencia de la cultura española a partir del año 1939. Con ello se opone a los que piensan que el plan vital de la generación del 98 se ha extinguido por completo al subir

el régimen actual al poder. Los que así piensan sufren un error de perspectiva. No se dan cuenta, en primer lugar, del gran número de publicaciones literarias que se están produciendo actualmente en España ni de que hoy contamos con un gran número de valores jóvenes que continúan la labor de los representantes de la generación del 98. De los artículos recopilados en *Los españoles* tenemos, pues, que entresacar, por su mayor actualidad, los siguientes: «España contemporánea en la cultura universal», «Veinte años de vida intelectual española», «El horizonte intelectual de España» y «La situación actual de la inteligencia en España». El *leit motiv* de estos cuatro artículos —lo volvemos a repetir— es la afirmación de que España ha dado frutos importantes al acervo cultural de Occidente, y que sigue dando estos frutos.

Mención especial merecen los artículos dedicados a Hispanoamérica: «Promesa y riesgo de Hispanoamérica» y «Carta abierta a la opinión americana». Dado el carácter de esta revista, vamos a insistir en estos artículos. En el primero de ellos, «Promesa y riesgo de Hispanoamérica», la tesis del autor es la siguiente: Hispanoamérica es una realidad problemática. Julián Marías afirma que es «optimista respecto a las posibilidades; pesimista, respecto a la realidad». Esto quiere decir «que tanto España como Hispanoamérica podrían estar en forma y en condición ampliamente satisfactoria dentro de pocos años, si se hicieran unas cuantas cosas que probablemente no se querrán hacer». Uno de los obstáculos que se oponen a que esta posibilidad pase de la potencia al acto es la táctica, tan querida a los hispanoamericanos, de no enfrentarse valientemente con los problemas. Es una táctica «de avestruz» o, para emplear el lenguaje de Julián Marías, recogido de Ortega, como «los teros de la Pampa, que en un lado pegan los gritos y en otro ponen los huevos», citando el poema de Hernández. Esto se manifiesta como un latinismo de matiz chauvinista, que achaca todos los males de Hispanoamérica a los Estados Unidos, en vez de achacárselos a sus propias deficiencias internas. Otro *handicap* es la falta de solidaridad entre las Repúblicas americanas, que hace que cada una de ellas intente «destacarse» de las demás, en el sentido de «no tener que ver con ellas». Finalmente, el abismo que existe entre la población de origen blanco y la población india o, mejor dicho, «amerindia». Como dice el autor. «Para mí no cabe duda de que una de las grandes empresas de Hispanoamérica, si no la mayor, es la plena incorporación de sus porciones indias al nivel de lo que en la segunda mitad del siglo xx se entiende por *humano*, y, por tanto, a la existencia histórica. Mientras esto no se haga, no sólo pesará una tremenda culpa —aquí sí se trata de culpa— sobre esas sociedades, sino que será imposible que empiecen a navegar por el mar abierto. Las formas de «esclavitud» de esas porciones de

América —esclavitud económica, educativa, lingüística, política— se vengan sin intervención de la voluntad de nadie condenando a servidumbre a las sociedades que la mantienen.»

La panacea de todos estos males es una «solidaridad activa, competitiva, fraternal, polémica, hecha de rivalidad y exigencia mutua... Rigor y no complicidad, ésta debiera ser nuestra consigna común. Sólo así podría organizarse una *orquesta hispánica,* que sería una pieza mayor de este mundo complejo e inseguro que nos ha tocado habitar. Apenas puedo imaginar una contribución mayor y más fecunda al verdadero tema de nuestro tiempo, que es la organización del Occidente».

En conclusión, *Los españoles,* de Julián Marías, apunta más a lo español que a los españoles. Es una obra de Hispanidad, de buena Hispanidad.—ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

BLUNDEN GODFRY: *Australia, pueblo y costumbres.* Ediciones Sayma. Barcelona, 1961; 159 páginas + láminas intercaladas.

Australia representa para la ciencia uno de los países más interesantes del globo. Lo es para la Zoología y para la Botánica, por su riqueza en «fósiles vivientes» (kanguros, ornitorrinco, eucalipto, etc.). Lo es también para la Etnología, por la existencia de los *filiums* más arcaicos de la actual especie humana: las tribus australianas. Australia es, además, un continente rico en contrastes: desde las costas del norte de Queensland, de lujuriante vegetación tropical, se pasa a la Australia occidental, y del norte, árido desierto, sin olvidar Nueva Gales del sur y Victoria, ricas en cereales y pastos. A este cuadro tenemos que añadir la Australia industrial y la minera.

La obra de Godfry Blunden viene a plasmar en unos rápidos brochazos el paisaje de una Australia, al que se pinta desde todas las perspectivas posibles: la geográfica, la política, la botánico-zoológica, la antropológica y la económica. En 157 páginas se completa y se perfila el cuadro que todos teníamos de Australia a través de la Geografía del Bachiller y (¿por qué no reconocerlo?) las lecturas de Emilio Salgari. Y esto lo consigue sin sacrificar a la amenidad la precisión.

Creemos, por otra parte, que la edición de *Australia, pueblo y costumbres* (el subtítulo de la traducción española limita excesivamente el alcance del contenido, e incluso hace pensar en un librito de folklore) es oportuna, dado el interés con que el Gobierno de aquel país acoge la inmigración. El problema de Australia es precisamente éste, y no la

falta de agua, como han pretendido algunos: un exceso de posibilidades para una población que no excede los 10 millones. Australia constituye, pues, un rotundo mentís a Malthus.—ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA: *Mar de fondo*. Biblioteca de Escritores Caldenses. Volumen VIII. Manizales (Colombia), 1961.

Por muy diferentes, pero siempre justas razones, el nombre de Oscar Echeverri Mejía está en continua danza dentro de las páginas de esta revista. Unas veces son sus ensayos; otras, las primacías de su poesía; en ocasiones, el agudo comentario sobre los libros de mayor resonancia hispanoamericana; ahora, aunque no sea él directamente el que hable, es necesario dar resonancia a su nombre por una reciente publicación de algunos de sus más hondos poemas.

Su nuevo libro se titula *Mar de fondo,* y según el prologuista, Adel López Gómez, «está hecho con el misterio indecible, con el maravilloso estremecimiento del mar sentido y presentido». El mar, que antes de llegar a la poesía, «estaba en el poeta, en la magia de una emoción recóndita que venía desde las remotas playas del ancestro».

El mar, para Oscar Echeverri, hombre de tierra adentro, ha sido antes que nada anticipada intuición o quizá sugerencia de esa poderosa marea geológica que se petrificó en la cordillera andina. Un mar con conversación de gigantesco bosque desde la lejanía, como enseña Rafael Alberti, discípulo del Atlántico, de cuyas enseñanzas goza asimismo Oscar Echeverri, según confesión propia, en el incipit del libro que comentamos: «Yo soy, mar, bien lo sabes, tu discípulo.» Del mar de «Arión», el «mar del colegio, mar de los tejados», se engendra este *Mar de fondo* en un sencillo génesis que parte del ritmo y halla el verso, un verso que es tersa expresión de infinitas secuencias, de añoranzas sin límite, como la que se encierra en el poema titulado «Aun hay islas sin nombre»:

Aún hay islas en el mar, sin nombre.
Puertos adonde nadie
se dirige ni llega, orillas sin hollar
donde no ha habido adioses y naufragios,
ni barcas, ni cantar;
les pondría yo nombres como sombra,
o ruiseñor, o azar.

La voz del hombre no las ha nombrado,
no hay gaviotas que anuncien su presencia

ni cartas que las fijen en el mar;
les pondría yo nombres como alondra,
silencio, pleamar.

Las olas las ocultan en su abrazo
haciendo acopio en ellas de luz y soledad;
viven, como los peces, rodeadas
de aguas, rumor y sal;
les pondría yo nombres como insomnio,
perla, alcor, altamar...

La añoranza y una tenue y muy diluída melancolía traspasan los poemas de la primera parte del libro, en los que el tema del mar salta con una concreta referencia; no así en los de la segunda parte, en los que el mar es alusión, imagen circunstancial, pero de continua trasparencia. Son poemas de amor con presencia de mar en muchas ocasiones:

Eres, como una isla imaginaria,
más hermosa a lo lejos y más vaga:
mi cuerpo te desea
con insistencia, igual que el mar, y llega
a tu playa seguro de evadirse
y de volver, en un eterno juego
de búsqueda y de huída.

O como en el titulado «Sonatina»:

... Como el mar
que hace y deshace imágenes, te alzo
en mi memoria y luego te confundo.

En la tercera parte del libro se encierran cinco poemas que llamaré de ensoñación, ante los que Oscar Echeverri coloca una profunda cita unamuniana para delatar más claramente su intención de recrearse sobre ese soberbio sueño de las piedras de España. Segovia, Cuenca, León y Avila desfilan por el numen creador del poeta, arrancando una serena visión de esas venerables piedras centenarias, víctimas inocentes del carnaval turístico, del que en una buena parte redimen la ecuánime atención de los espíritus delicados, como el de Oscar Echeverri. Al leer estos poemas dedicados al Alcázar de Segovia, a la Ciudad Encantada de Cuenca, a la Catedral de León o a las Murallas de Avila, se siente como una especie de liberación; de que por una vez, al menos, son objeto de la consideración para la que fueron erguidos por la mano de los hombres o el afán de las aguas y los vientos de siglos anteriores. Como, por ejemplo, en los versos finales del «Nocturno de Cuenca»:

Todo se ha dado cita en este sitio:
luz que pasa y queda como el río
y descubre la atmósfera, el silencio;
el río que detiene entre sus ondas
la inminente caída de las casas,
y el ruiseñor que un ángel ha traído
para que fije en un lugar del aire
con su voz, el instante para siempre.

Oscar Echeverri nos muestra a lo largo de esta nueva entrega poética, cómo sin exageradas posturas, cómo sin busca de desmedida innovación, cómo con la eterna palabra sencilla, los temas de siempre pueden volver a ganar lozanía, nuevo acento, expresión que llega a ser renovada. El mar no está cansado, ni la luna gastada de posar para los poetas, ni el amor engendra hastío en su repetición; todo ello está en razón directa a la capacidad de bien decir, y de ésta, que estimo es una de las claves de la poética de Oscar Echeverri, su poesía está sobradamente dotada. La esencia de ella puede que se halle contenida en ese verso de su poema «El que busca la muerte», que dice:

Como un río no puedo contenerme
ni siquiera en los sueños...

Río o torrentera de imágenes ampliamente lúcidas son los poemas que vienen a confluir en este nuevo *Mar de fondo*, de tan significativo título.—ANTONIO AMADO.

MANUEL ALCÁNTARA: *Plaza Mayor*. Colección «Palabra y Tiempo». Madrid, 1961.

La primera parte de este libro trae una cita del *Poema de Mío Cid:* «Lengua sin manos, ¿cuémo osas fablar?» Es éste un verso que obliga, un verso que destruye poltronas, un verso que sofoca y subleva al estatismo, que corrige indolencias. Y precisamente Manuel Alcántara, acaso nuestro poeta más indolente—en sus dos libros anteriores—, ha sido quien eligió ese verso, quien lo situó en un lugar de preferencia, quien lo colocó al frente de estos poemas de viaje. A lo largo del libro leemos interpretaciones o transfiguraciones poéticas de gentes, lugares, ciudades de España. El autor ha bebido con esas gentes, recorrido esos lugares, visitado esas ciudades. Si todo hubiera quedado aquí, en un turismo externo, en una serie de viajes bajo el signo de la visita, esa frase del *Poema de Mío Cid* estorbaría a los poemas que le sobrevienen, incluso los avergonzaría—porque esos poemas serían de otra naturaleza—. Pero el viajero no se ha limitado a transitar, pasear y anotar España: la ha sufrido también. Ha escuchado la injuria de sus sequías, ha advertido el abandono casi isleño de algunos de sus parajes, se ha

asombrado ante lo decimonónico de algunas de sus aldeas, ha visto el sudor de sus campesinos ante la impotencia de sus herramientas de trabajo, el estoicismo impuesto a los ancianos regionales, la desolación de largos llanos que el verano estrujaba. Después, el viajero ha regresado a su casa, se ha sentado a la mesa y, sobre la mesa, ha imaginado a España:

Aceitunas y espacio, muerte y muerte,
España,
sobre la mesa estás,
desmantelada.

Retóricos azules,
piedras desmemoriadas,
gentes buscando
los atajos del agua.

En el sitio del pan,
en la hora de comer, aquí sentada
estás, madre de tierra, más morena,
más triste que en las últimas semanas,
con tu pañuelo negro en la cabeza,
pensando en hijos, cátedra de lágrimas,
valiente como siempre y bien dispuesta,
acaso un poco más cansada.

Entonces el viajero mira una vez más su mesa, todo aquello que sobre su mesa ha depositado la memoria de su viaje, mueve un poco la cabeza sin sonreír, se levanta, busca un libro, regresa con él abierto, elige un verso con el que se hiere los dedos y lo sitúa presidiendo las voces de los habitantes de la mesa, voces que ya son algarabía. El verso, escrito hace unos cuantos cientos de años, clama, impugna, educa, dice: «Lengua sin manos, ¿cuémo osas fablar?»

Contra los últimos adoradores del privilegio, contra todos cuantos tienen puestas la viejas, las atávicas e intolerables gafas de celofán, que imprimen al país un hermoso y embustero color, y en general contra todas las lenguas sin manos, es significativa esta forma de citar nuestros viejos textos, forma que ya supone una adopción. Pero aún más significativo (y es lo que presta a esta adopción su veracidad) es que tal adopción sea defendida por el poeta —como dije antes— más indolente de su generación. Manuel Alcántara pudo decir un día: «Tumbarse a ver qué pasa, eso es lo mío»; años después hacía más sustantiva aún esta pereza o este desengaño:

Cuando termine la muerte,
si dicen a levantarse,
a mí que no me despierten (1).

(1) *El desembarcadero.* Madrid, 1958.

Pero (como quizá las corrientes de general apatía, aliadas, claro está, a su apatía personal, conformaran entonces su pereza) las actuales corrientes de efervescencia social conforman ahora unas manos para su lengua e inyectan un líquido revulsivo en su esencial pereza. El antiguo desengaño que mediatizaba las palabras de M. A. se siente ahora un poco más incómodo: se ha medido con el desengaño. En las regiones secas, en las aldeas cuya historia vive cuesta arriba, en los campos duros, en los rostros «craneados de labor», casi sin ojos, casi todo cráneo, el desengaño pesaba demasiado. Frente a él había que releer este verso del *Poema de Mío Cid;* había que releerlo, traerlo con nosotros, mirar a su través desde las ventanillas de los trenes, medir con él la longitud de la vida de muchas gentes, situarlo a la cabeza de esas transfiguraciones que forman el libro; y había que repetirlo al final de tal libro con estas palabras:

Faltan brazos y pueblo. Sobra gente.
Dicen que no hay manera. Pero habría.
Ruedo ibérico. Sangre en romería.
La piel de un toro de cuerpo presente.

En cuanto a la autenticidad de la adopción que este tránsito de la indolencia a la impugnación presupone, desechamos toda desconfianza: la pereza de Manuel Alcántara era demasiado profunda para tomarse la molestia de mentir. Además, acaso la duda sea la antítesis de la acción (me refiero a la duda esencial, total, biológica; porque quizá convenga a la acción un poco de duda), pero no lo es la indolencia. Esta, desde su silla, nunca deja de cumplir su oficio: mirar. Tal vez, en el caso de este poeta, la indolencia, el oficio de mirar, haya posibilitado muchas de las visiones; después, la natural pasión del poeta ha rodeado de amor el contorno de esta visión. Y el amor es, ante todo, una defensa. Veámoslo mirando y amando:

En esta orilla
se acaba España.
¡Qué bien termina!
....
No es infinita
la pobre España
y aquí termina.
¡Qué bien termina!

La mirada y su consecuencia, el amor. En citas anteriores hemos visto la consecuencia del amor: la defensa.—FÉLIX GRANDE.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español Romea.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo • Por su atención a las manifestaciones profundas del sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA

LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos

Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 2440600

Dirección...	Extensión	250
Secretaría...	—	249
Administración...	—	221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Pesetas
Seis meses	100
Un año	190
Dos años	350
Cinco años	800
Ejemplar suelto	20

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar contra reembolso / a la presentación de recibo (1).

Madrid, ... de .... de 196.......

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

8. *Las Constituciones del Uruguay.* Recopilación y estudio preliminar de HÉCTOR GROS ESPIELL.
9. *Las Constituciones de Nicaragua.* Recopilación y estudio preliminar de EMILIO ALVAREZ LEJARZA.
14. *Las Constituciones de El Salvador.* Recopilación y estudio preliminar de RICARDO GALLARDO.
15. *Las Constituciones de Honduras.* Recopilación y estudio preliminar de LUIS MARIÑAS OTERO.

Por los Institutos de Estudios Políticos y de Cultura Hispánica
(Distribución: «Librería Europa». Los Sótanos. Madrid)

10. *Las Constituciones de Centroamérica.* Recopilación y estudio preliminar de RICARDO GALLARDO.
11. *Las Constituciones de Guatemala.* Recopilación y estudio preliminar de LUIS MARIÑAS OTERO.
12. *Las Constituciones de Brasil.* Recopilación y estudio preliminar de TEMÍSTOCLES BRANDAO CAVALCANTI (textos bilingües).
13. *Las Constituciones de Bolivia.* Recopilación y estudio preliminar de CIRO FÉLIX TRIGO.

EN PRENSA:

16. *Las Constituciones de Costa Rica.* Recopilación y estudio preliminar de HERNÁN G. PERALTA.

TITULOS APARECIDOS

La Independencia Hispanoamericana, por JAIME DELGADO.
Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca (hazañas americanas de un caballero andaluz), por CARLOS LACALLE.
Escritores hispanoamericanos de hoy, por GASTÓN BAQUERO.
Bosquejos de Geografía americana (dos tomos), por FELIPE GONZÁLEZ RUIZ.
Pedro de Valdivia, el capitán conquistado, por SANTIAGO DEL CAMPO.

TITULOS DE INMEDIATA APARICION

Bolívar, por JUAN ANTONIO CABEZAS.
Drama y aventura de los españoles en Florida, por DARÍO FERNÁNDEZ-FLÓREZ.
San Martín, por JOSÉ MONTERO ALONSO.
La música y los músicos españoles del siglo XX, por ANTONIO FERNÁNDEZ CID.
Cincuenta poemas hispanoamericanos (hasta Rubén Darío). Selección y prólogo de JOSÉ GARCÍA NIETO y FRANCISCO TOMÁS COMES.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR:

España: 15 pesetas - Resto del mundo: 0,50 dólares

Colección Nuevo Mundo

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ...., calle de

...., núm. ...., desea recibir

............ejemplares de los títulos siguientes (1):

- La Independencia Hispanoamericana.
- Bolívar.
- Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
- Drama y aventura de los españoles en Florida.
- San Martín.
- Escritores hispanoamericanos de hoy.
- Bosquejos de Geografía americana.
- Cincuenta poemas hispanoamericanos.
- La música y los músicos españoles del siglo XX.
- Pedro de Valdivia, el capitán conquistado.

cuyo importe abonará ....
Indicar la forma de pago

.... de .... de 196.........
FIRMA

(1) Táchese lo que no interese.

REMITE

....
....
....

Rellene el presente Boletín y remítalo a: Distribución de Ediciones INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA. Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria). MADRID-3

DOCUMENTOS LATINOAMERICANOS

1. Raúl Cereceda: *Las instituciones políticas en América Latina.*
2. Berta Corredor y Sergio Torres: *Transformación en el mundo rural latinoamericano.* Consecuencias sociales y económicas de las estructuras agrarias.
3. Federico Debuyst: *Las clases sociales en América Latina.*
4. Juan Luis de Lannoy: *La economía latinoamericana.*
5. Rutilio Ramos: *Las estructuras sociales de México.*
6. Renato Poblete: *Las estructuras sociales en Chile.*

ESTUDIOS SOCIO-RELIGIOSOS LATINOAMERICANOS

1. Gustavo Pérez e Isaac Wust: *La Iglesia en Colombia.* Estructuras eclesiásticas.
2. Isidoro Alonso: *La Iglesia en Brasil.* Estructuras eclesiásticas.
3. Isidoro Alonso, José Oriol, Mons. Dammert-Bellido, Medardo Luzardo y Julio Tumiri: *La Iglesia en Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.* Estructuras eclesiásticas.
4. Isidoro Alonso: *La Iglesia en América Central y el Caribe.* Estructuras eclesiásticas.
5. — *La Iglesia en Argentina, Uruguay y Paraguay.* Estructuras eclesiásticas.
6. Renato Poblete: *La Iglesia en Chile.* Estructuras eclesiásticas.
7. Rutilio Ramos: *La Iglesia en México.* Estructuras eclesiásticas.

8 9 y 10. Leandro Tormo: *La Historia de la Iglesia en América Latina.* (Tres volúmenes.)

11. Gustavo Pérez: *Seminarios y seminaristas en Colombia.* Origen y repartición.
12. Prudencio Damboriena: *El protestantismo en América Latina.* Efectivo, métodos, motivaciones.
13. Ginés Garrido: *La ayuda sacerdotal a América Latina.*
14. José Manuel Estepa y Jaime Díaz: *La liturgia y la catequesis en América Latina.*
15. Oscar Domínguez: *El campesino chileno y la Acción Católica Rural.*
16. Gustavo Pérez: *Seminario y seminaristas en América Latina.*

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

(BIMESTRAL)

DIRECTOR: MANUEL FRAGA IRIBARNE, Director del Instituto de Estudios Políticos

SUMARIO DEL NUMERO 123

(Mayo-junio 1962)

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

	Pesetas
España...	175
Portugal, Iberoamérica y Filipinas...	200
Otros países...	225
Número suelto...	45

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

REVISTA DE POLITICA INTERNACIONAL

(BIMESTRAL)

DIRECTOR: MANUEL FRAGA IRIBARNE

SUMARIO DEL NUMERO 61

(Mayo-junio 1962)

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

	Pesetas
España...	160
Portugal, Iberoamérica y Filipinas...	190
Otros países...	210
Número suelto...	45

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
FERNANDO MURILLO RUBIERA

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 2440600
MADRID

☆

EN EL PROXIMO NUMERO 152 - 153 (AGOSTO - SEPTIEMBRE 1962)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

Rafael Osuna: *Sobre cinco cantarcillos españoles del siglo XVI.*

Alfonso Canales: *Tres golpes a Aminadab.*

Juan Gil Albert: *Taurina.*

Carmen Conde: *Con la fe y la razón de Dios en Unamuno.*

Fernando Quiñones: *La voz en el tiempo.*

Mario Norberto Silva: *Canciones.*

Tomás Oguiza: *El apocado.*

Fermín Prieto-Castro y Roumier: *La supranacionalidad hispánica.*

Emilio Harth-terré: *Una escultura de Martínez Montañés en Lima.*

Y las habituales secciones de actualidad y de bibliografía hispanoamericana y europea.

☆

Precio del núm. 151
VEINTE PESETAS



EDICIONES
MUNDO
HISPANICO